

LA HACIENDA PÚBLICA

DE PORTUGAL


EN SUS RELACIONES CON LA DE ESPAÑA

POR

EL EXCMO. SR. D. JOSÉ GARCÍA BARZANALLANA

Senador del Reino y exministro de Hacienda (1)

INTRODUCCIÓN

ON mucho gusto mío cumplo hoy el deber que hace ya algún tiempo me impuso el señor presidente de esta Real Academia, de dar cuenta á ella, emitiendo dictamen acerca de la obra que, con el título de *A Façenda publica de Portugal*, ha dado á la estampa el distinguido escritor de aquel país Miguel Lobo de Bulhoes, funcionario público de reputación y muy dispuesto á ventilar, por medio de la imprenta periódica, cuantos asuntos se relacionan, más ó menos directamente, con las cuestiones rentísticas y con las económicas, así de aquella nación como de otras: por lo cual es numerosa la colección de sus

(1) El presente estudio ha sido leído por su autor en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, en los meses de octubre y noviembre de 1885.

obras que han visto la luz pública, todas ellas de importancia reconocida. Sólo siento que ocupaciones oficiales y de otra índole, pero todas ellas de condición apremiante, hayan sido causa de que, contra mis hábitos, haya podido aparecer ahora menos activo de lo que ardientemente habría deseado.

Debido en gran parte, sin duda, á ser yo el autor de la Memoria titulada *La liga aduanera ibérica*, que nuestra Real Academia, con su bondad siempre inagotable, se dignó premiar en el concurso de 1861, merecí la honra de haber sido encargado, á principios de 1866, por el Gobierno de S. M. entonces, de desempeñar una comisión en el reino de Portugal, que tenía por objeto concertar las bases de un tratado de comercio entre ambas naciones peninsulares, en el caso de que, por resultado de mis investigaciones y trabajos, lo creyera posible; al mismo tiempo que de examinar la legislación de sus aduanas y depósitos, y de inspeccionar, por último, el estado de la producción industrial y fabril portuguesa. Por resultado de mis esfuerzos y prescindiendo ahora de la manera con que cumplí mi cometido, dando de ello cuenta al Gobierno español, entregué á la stampa, como trabajo particular mío y de carácter extraoficial, con el título de *Estudios económicos y administrativos sobre Portugal*, una obrita que tiene muchos puntos de enlace y de contacto con la que, sometida en el momento actual á mi examen, motivará las reflexiones que paso á manifestar, ansioso de haber podido corresponder á la confianza que se abrigó al conferírseme este encargo.

Es el libro que tengo á la vista un estudio completo, si quiera no muy extenso, sobre las contribuciones é impuestos de la nación portuguesa, como también de su producción agrícola y manufacturera y del estado que tenían los ferrocarriles entonces y que, por cierto, han ido adquiriendo de día en día mucho más amplio desarrollo. Baste decir, en comprobación de este aserto, que en mayo del año 1884 la totalidad de las líneas férreas era allí ya de más de 1.500 kilómetros, construídos por el Estado ó por compañías, retribuídas unas veces con un subsidio kilométrico, y otras con la garantía del interés que el Gobierno satisface á los

capitales invertidos; independientemente de unos 500 kilómetros que se hallaban en construcción.

Existen también líneas telegráficas eléctricas en todo el país, que ascendían en el repetido mes á 4.700 kilómetros, son 12.000 de alambre, y además 126 de las líneas en construcción y 420 en proyecto: siendo evidente que las indicadas mejoras y otras que se observan en los diversos ramos de la administración, justifican la manera con que han sido invertidas, si no la totalidad, al menos la mayor parte de las sumas adquiridas por medio del crédito público y que constituyen la deuda del Estado.

El Sr. Bulhoes tiene la buena fe de reconocer que, al plantear tales adelantos, fué preciso, según siempre en todos los países acontece, cualesquiera que sean la índole y las circunstancias de los asuntos, pagar el tributo natural debido al aprendizaje; y que no pueda asegurarse que jamás dejará de seguirse, en cuanto á la ejecución de las obras, un plan regularmente discutido, con la anticipación oportuna y depurado convenientemente, en lo que atañe á la acertada práctica de los métodos, bien para emprender los trabajos, bien para plantear un sistema claro y sencillo de la parte económica en las mejoras materiales que, según las diversas clases de sus múltiples formas y variedad de ramos, pueden comprenderse.

En el año económico de 1853-54 las franquicias postales, una de las manifestaciones de la actividad, en el desarrollo de todas las mejoras sociales que constituyen el progreso general, en el buen sentido de esta palabra, ascendían á 1.368.750 pesetas; mientras que en 1863 llegaron á 3.500.000 pesetas, obteniéndose así un aumento de 195 por 100. Alegan algunas personas que esto es la consecuencia de que en diferentes ocasiones se redujo, de una manera considerable, la cuota exigible por el porte de las cartas: acerca de lo cual habría, sin embargo, no poco que decir, si descendiésemos á practicar un minucioso estudio de las circunstancias que ofrece cada cual de las naciones, y que no permiten establecer reglas generales absolutas, sin que se examinen las condiciones que les sean privativas.

Si nos fijamos en el movimiento comercial del reino y de las islas adyacentes á Portugal, exceptuando la parte que afecta al tabaco, se ve que mientras en 1852-53 los rendimientos de las aduanas fueron de 25.000.000 de pesetas, en 1883 se recaudaron 56.250.000 de pesetas; habiéndose operado en el intermedio de ambas épocas diversas reformas arancelarias que, si no satisficieron entonces por completo el espíritu de una amplia libertad comercial, no dejaron de servir de lenitivo en sentido de atenuar, en ocasiones dadas, la cuota elevada de los derechos arancelarios, que así en Portugal como en España, durante la primera mitad del siglo actual, no llegaron en distintas épocas á ser sino legalmente prohibitivos: pero existía motivo racional bastante para reconocer que de hecho casi lo eran, por los efectos que producían en el consumo.

Imposible sería desconocer que Portugal posee considerables elementos para desarrollar prósperamente su Hacienda pública; y no se presentan graves dificultades, en concepto del Sr. Bulhoes, para aprovechar esos elementos, siempre que haya buena voluntad en la manera de realizarlo. En la exposición de sus teorías manifiéstase partidario de la idea de que es preciso anteponer la *patria* sobre cualquiera otra consideración; ó sea los intereses realmente importantes, á los no siempre atendibles, por pecar de exclusivos y poco prudentes en ocasiones, de las masas del público contribuyente, según lo procura demostrar en la descripción y en los juicios que emite, acerca de los ingresos y de los gastos del Tesoro de su país, sensatos en lo general y propios de un hombre de gobierno.

A su examen voy á dedicar también mis esfuerzos y emitir mi opinión, relativamente á las del escritor que motiva el nada grato, y á veces hasta fatigoso trabajo á que me he dedicado; haciendo una comprobación detenida y un estudio minucioso comparativo, de los datos que resultan en la obra que tengo á la vista.

SECCIÓN PRIMERA

Presupuesto de ingresos

Los recursos del Estado calculados para el año económico de 1884-85 ascienden á 196.479.471 pesetas; mientras que en el de 1867-68 á que se refiere la obra que tengo publicada, acerca de la administración portuguesa y á que antes me he referido, eran sólo de 99 millones de pesetas en cifras redondas. Crecimiento fenomenal es, seguramente, el de 100 por 100 en el corto período de diez y ocho años. Las contribuciones directas están calculadas ahora en 59.559.312 pesetas, incluyendo las llamadas sello y registro: las indirectas en 100.888.500 pesetas; y los bienes nacionales y otros varios impuestos ascienden á 22.540.850 pesetas.

No debo omitir que en los presupuestos de los últimos años figuran como nuevas dos partidas: una con el título de «Impuesto adicional,» establecido en la ley de 27 de abril de 1882, y que asciende á la suma de 6.606.250 pesetas; y otra la que, llevando por nombre «Compensaciones de gastos,» figura por 7.509.669 pesetas.

TÍTULO PRIMERO

CONTRIBUCIONES DIRECTAS

CAPÍTULO PRIMERO

Contribución territorial

Ocupa el lugar más importante, entre las imposiciones directas, la llamada contribución territorial, que asciende á 19.700.000 pesetas: sigue en cuantía la de *registro* por doce

millones en cifras redondas; la del *sello* por 8.272.000 y luego la industrial por 7.031.000 pesetas.

La ley de 17 de mayo de 1880 redujo á una sola las contribuciones que, con diversos nombres, afectaban á la índole de los dueños de la propiedad inmueble; y estableció como principio que el reparto de sumas determinadas con anterioridad, fuera sustituido por un tipo relativamente uniforme, que es lo que en España conocemos con los nombres, según los casos, de *cupo fijo* y de *cuota proporcional*: pero manteníase por base que habría de exigirse siempre una cantidad dada mínima. Era forzoso, para realizarlo, que se procediese á formar matrices nuevas, que es lo que nosotros llamamos amillaramientos; y, sin fijarles un período preciso de duración, se estableció que no podría excusarse jamás, como requisito fundamental, el empleo de la inspección directa de las fincas á fin de depurar las verdaderas condiciones de extensión, calidad y producción, que es sabido forman ó deben formar siempre la base esencial constitutiva por estas tres circunstancias del gravamen sobre la propiedad inmueble de cualquier país regularmente dirigido en asuntos tributarios.

Del estado que el Sr. Bulhoes presenta relativo al importe de las rentas, ó sea de las utilidades naturales á la riqueza inmueble imponible, según los últimos datos, resulta que la cuota que se exige como contribución predial en el año económico actual, puede calcularse en un 9 por 100. No constituye, en verdad, este tipo un gravamen insoportable, ni mucho menos.

El autor da preferencia al sistema de cuota, juzgándolo con razón constitucional; pero el de reparto tampoco deja de serlo intrínsecamente. ¿Cuál es, en efecto, la consecuencia del empleo, en esta parte, de las atribuciones legislativas? La de que, teniéndose en cuenta la entidad de las cargas públicas que deban ser cubiertas con los fondos del Estado, se proceda á fijar la suma exigible durante cada año. Lo accesorio es luego, como aspiración científica y dentro de los límites más equitativos, procurar que la cobranza se haga bien; evitando extorsiones inútiles y llevando siempre por

norte con preferencia recaudar toda la cantidad establecida por quien tiene facultades legales para votarla. Dicha consideración ha de subordinarse, en cuanto sea posible, á otras circunstancias, que proponiéndose no un perfeccionamiento, irrealizable siempre, tendiesen como única aspiración posible á hacer defendible, al par que equitativo por la proporcionalidad, el gravamen; y sin que sea lícito encerrarse tampoco en la consideración de que, no existiendo datos depurados, haya de exigirse, como cupo fijo y constante, una parte arbitraria de la renta de los propietarios. Laudables son seguramente los esfuerzos de los que anhelan un bien absoluto en estas materias; y no porque deje de ser un hecho, habrá de ser permitido rechazar la perecuación del impuesto.

Por eso, como hasta 1852 la contribución sobre la propiedad había sido de cuota uniforme, si bien por el decreto de 31 de diciembre del mismo año se estableció la contribución de repartimiento, las Cámaras portuguesas, á propuesta del Gobierno, volviendo á la antigua legalidad, más científica, resolvieron en el año de 1880, según dejó dicho, que la ley del reparto del impuesto predial se modificase en el sentido de atender, como reforma indispensable, al restablecimiento del impuesto sobre la base de una cuota uniforme en todo el reino.

El Gobierno portugués, en 30 de diciembre de 1869, había expedido ya el oportuno decreto, para obtener la formación de una especie de alistamientos ó notas comprensivas de todas las fincas sujetas al impuesto territorial; lo mismo que de los individuos que hubieran de satisfacer la contribución personal y la industrial. Pero tan plausibles propósitos no llegaron á verse realizados por sus autores. Movimientos políticos, de esos que suelen perturbar, con demasiado lastimosa frecuencia, los actos administrativos en ciertos países, impidieron en el año inmediato de 1870 la ejecución de tan apetecible pensamiento. Tan cierto es que el deseo, muy extendido entre los propietarios, de sustraer sus fincas de las consecuencias de los amillaramientos, viene de muy antiguo, como achaque de la humanidad. Semejante estado, insostenible en realidad, dentro de los buenos principios administra-

tivos, creando una oposición que no ha podido vencer el Gobierno portugués, si bien lucha contra ella para conseguirlo, conforme es su deber, hace allí todavía más difícil de lo que lo es en España—lo cual parecerá increíble á no pocas personas—el que pueda existir un fondo de justicia relativa en la imposición y cobranza del tributo directo territorial. Por eso todos sus hombres de Estado, y las gentes sensatas de aquel país, claman uno y otro día por que el Gobierno lusitano, dando á esta clase de cuestiones la importancia que realmente tienen, prescinda de consideraciones infundadas de cualquiera índole y aparezca, como procede que lo sea, enérgico sostenedor del principio de autoridad y buen régimen administrativo, no menos que del legítimo derecho de los contribuyentes de buena fe; proponiéndose por única aspiración en sus actos no guardar miramientos á los abusos, que aun cuando sean muchos los intereses á que afecten, no dejarán de ser contrarios á la justicia y á la equidad.

CAPÍTULO II

Contribución industrial

Sigue en importancia por su cuantía, relativamente á los impuestos directos, la contribución industrial; pues, reunida á ella la cantidad que satisfacen los establecimientos bancarios y la décima de intereses, se obtiene una suma de 10 millones de pesetas. Vese, con ello, que en Portugal, como acontece en España, la contribución industrial es la segunda por la magnitud de su gravamen, después de la que pesa sobre las fincas, ya sean rústicas ó ya urbanas.

Y bueno es advertir que los reglamentos por que dichos dos tributos se rigen allí, se hallan calcados y hasta podría decirse mejor, copiados, en su parte capital, de los que se dictaron en España hace bastante tiempo. El Gobierno portugués cuidó de enviar una comisión, especialmente encargada de estudiar todos los puntos relativos al sistema tribu-

tario establecido entre nosotros desde 1844, merced á los conocimientos, energía de carácter y dotes administrativas de una persona tan competente cual lo fué el Ministro de Hacienda D. Alejandro Mon, muy digna de ser recordada cuando haya de escribirse la historia relacionada con las materias económicas en España, durante el siglo actual.

La creación de los gremios para el reparto de la contribución industrial data en Portugal de una ley, que lleva la fecha de 30 de julio de 1860; imitando también la institución española análoga. El sistema de gremios pasa con razón como liberal; pues, al facultar al contribuyente agremiado para discutir sobre sus fuerzas contributivas y las ajenas, con sus consocios y los agentes administrativos, se puede obtener naturalmente, de esta especie de debates recíprocos, la prueba en que haya de fundarse con justicia el gremio para establecer la debida proporcionalidad, entre el tributo y los provechos naturales que el adeudante obtenga por el ejercicio de su industria respectiva.

La verdad es que, si todos los contribuyentes estuviesen convencidos de las mutuas ventajas que encierra este sistema de agremiaciones, tomarían—como suele decirse—á pechos la realización de semejante plausible propósito. Pero ¿qué es lo que se observa en la práctica? Nada fructuoso en último resultado, ó poco menos. Se nota desgraciadamente que casi todos los que debieran tener un interés inmediato en formar parte de los gremios, con el apetecible fin de que los repartos se hiciesen con la proporcionalidad debida, por unas ó por otras circunstancias y muy á menudo movidos por temor de disgustar á sus compañeros de profesión, al excusarse de formar parte de aquéllos reusan prestarles un verdadero servicio y hasta prestárselo á sí propios, so pena de ser tenidos por sospechosos, cuando menos al apreciar sus procedimientos.

Las reclamaciones que á los gremios se presentan tienden, naturalmente casi siempre, á que se reduzcan en favor de los quejosos las cantidades á ellos repartidas; y el escritor cuyas opiniones comento hace bien en aplaudir,—pues alabanza merece una conducta que tan pocos imitadores tie-

ne en otros actos de la vida—á sus paisanos; de los cuales afirma, en obsequio suyo, que no son pocos los casos de contribuyentes que piden que se les impongan dos, tres ó más cuotas. Bien es verdad que añade á seguida—lo cual es muy distinto y en realidad lo práctico,—que es más frecuente la costumbre, caballeresca ciertamente después de todo, de no denunciar las ventajas que otros obtienen, para evitar así que se les impongan gravámenes superiores: en lo cual no habría más que justicia y equidad, rigurosas si se quiere, pero en el fondo de indubitable conveniencia.

Que muchos industriales á quienes se impongan las cuotas que la ley les fija, consigan evadir el pago, nada tiene de extraño para cuantos saben lo que en semejantes asuntos suele acontecer, como suceso natural corriente y propio de todos los países; pero esta circunstancia no autoriza para censurar la medida de que aparezcan en los periódicos oficiales con frecuencia largas listas de contribuyentes no encontrados en sus respectivos domicilios, que dejan de satisfacer un gravamen que la constitución política del país les impone, para contribuir al sostenimiento de las cargas públicas; dando lugar con su proceder indebido á que haya necesidad de declarar, como partidas fallidas, muchas que no debieran serlo. ¿Qué más he de manifestar acerca de esto, después de deplorarlo, que se oscurezca á persona alguna, atendida la índole de la naturaleza humana, viendo lo que acontece lo mismo en nuestra nación que en todas las demás?

Existe planteado como sistema en Portugal, no sólo el de exigir cantidades fijas por cada individuo dedicado al ejercicio de una profesión, repartiéndose luego la suma total proporcionalmente por los gremios, después de apreciar la cuantía de las ganancias supuestas á cada cual de los industriales, sino también el medio de patentes, ó sea licencias para el ejercicio de ciertas industrias y profesiones. Método es este que se observa además en Bélgica, en Francia y en otros países extranjeros; siendo sumamente rigurosas acerca del sistema de las llamadas patentes, las leyes que regulan la manera de verificar la cobranza de la contribución industrial.

Adoptándose las medidas que un ilustrado celo no puede

menos de sugerir, para hacer que figuren en las listas de los contribuyentes cuantas personas tienen el deber de estar incluidas en ellas; fijando á todos un cupo, cuyo importe total pueda repartirse luego proporcional y equitativamente, según las respectivas utilidades individuales calculadas con prudencia entre todos los agremiados; y estableciendo una cantidad fija, como licencia uniforme, para el ejercicio de ciertas artes y oficios, se podrá obtener, por medio de esta combinación de planes, según todas las probabilidades que caben en materias tan complejas como lo es la de que se trata, un resultado en extremo plausible y al que debe aspirar cualquier Gobierno que se halle á la altura del puesto que ocupa.

Otro tanto acontecería cuando se lograra que la propiedad inherente al trabajo, en las diferentes manifestaciones con que se presenta ante el público, ó sea, para explicarme con más claridad, toda la producción propiamente dicha, reuniera, según debe reunir, estas dos circunstancias. La primera, la de ser la base de los impuestos directos, como legítima representante de las utilidades que perciban los que satisfacen una parte alícuota de ellas al Tesoro público, en el concepto de remuneración de los servicios de que se utilizan; y la segunda, la de que para su exacción presida la justicia, imponiendo cuotas mayores en la misma medida que lo sea también la facilidad en que se encuentre cada adeudante para verificar su pago; porque acrezcan los beneficios personales que reporte, según el mayor ó menor grado de los adelantos sociales y de las mejoras que cada Estado proporcione á la generalidad de los individuos que constituyan la respectiva agrupación nacional.

CAPÍTULO III

Contribución sobre las rentas

La contribución sobre las rentas fué creada por la ley de 18 de junio de 1880; y debe recaer sobre todas las utilidades

producidas ó disfrutadas, así en el continente como en las islas adyacentes de Portugal. Divídense sus productos en cinco clases, por este orden: empleo de capitales, desempeño de destinos, propiedad inmobiliaria, comercio é industria, y por último, cualquier otro origen de productos ú utilidades, sin distinción de la índole de los servicios en que consistan.

Entrar en el detalle de las exenciones de pago establecidas en favor de algunos contribuyentes, constituiría un trabajo minucioso en extremo, además de no ser propio de la peculiaridad de las observaciones que me propongo hacer, basándolas en principios generales, acerca de los impuestos más lucrativos planteados en el reino vecino.

No omitiré, sin embargo, mencionar que el *empleo ó aplicación de capitales* es el relativo á todas aquellas utilidades que carezcan de nombre fijo y determinado, bajo otro cualquier punto de vista en que pueda ser considerado; siendo de 3 por 100 el tipo exigible. Sobre los *sueldos*, sobre la *propiedad inmobiliaria* y sobre el *comercio é industria*, en sus diversos ramos, es sólo de 2 por 100.

Este impuesto no debe dejar de ser reconocido y clasificado entre los directos; y su primitivo establecimiento cuenta en la legislación portuguesa una historia ya larga, ó sea desde mediados del siglo XVII, pues encuentro fechada en 9 de mayo de 1654 una Cédula que desenvuelve los mismos principios, hasta cierto punto, que los reglamentos hoy en vigor consignan.

Me refiero, al explicarme así, al impuesto *adicional* á las contribuciones directas, establecido juntamente con la tributación nueva sobre las rentas, que puede calificarse de la índole de las llamadas personales, al recaer sobre los intereses capitales, bien procedan de capitales consistentes en deuda consolidada, bien de utilidades de otras clases provenientes del empleo de cantidades metálicas, en los diversos ramos de la industria y del comercio.

A poco que se investigue, se comprenderá no sólo cuántas en número y de cuál importancia habrán de ser las contrariedades que este impuesto ha de ofrecer, sino también que su fiscalización, siempre muy difícil, se hace punto menos de

imposible en algunos de los ramos á que su acción se extiende. Fué calculada la suma perceptible, cuando el impuesto se estableció, en 5.125.000 pesetas; pero nunca ha conseguido el Tesoro recaudar más que la mitad escasa de dicha cantidad, ó sean 2.500.000 pesetas, que es por la que figura en el presupuesto del año económico corriente.

Procede esto de que una ley de 27 de abril de 1882 suspendió, en gran parte, la ejecución del reglamento dictado para el cobro de la contribución sobre las rentas; y como había necesidad imperiosa de atender á saldar el déficit resultante en las arcas públicas, fué forzoso crear otro impuesto que se llamó *adicional*, y que figura en el presupuesto por la cantidad de 6.606.250 pesetas. Consiste el gravamen en la exacción de un 6 por 100 sobre todas las contribuciones, impuestos y utilidades que, bajo cualquier nombre, el Tesoro percibe, exceptuadas algunas, cuyo detalle también omito por no hacer mi trabajo demasiado extenso; pero que pueden acertadamente calificarse, en general, como afectando á los tributos indirectos, de los que constituyen el grupo de los ramos de aduanas y de consumos; ó sean los que afectan al disfrute de las mercancías así del propio país como de los extraños, y que se hallan reconocidos, en la generalidad de las naciones, como de aplicación más inmediata y menos gravosa.

Observación que no debe pasar desapercibida, es la de que, suscitando muchas desigualdades en varias de las contribuciones directas el primitivo gravamen; y siendo indefendibles, por otra parte, como muy crecidos, los tipos de los derechos de aduanas sobre no pocas mercancías, la imposición del 6 por 100 adicional á que voy refiriéndome vino á recargar las referidas desigualdades, y se establecieron además otras nuevas.

Siendo imposible admitir gran número de veces, como un ejemplo que imitar, el régimen de los impuestos establecidos en Portugal, debo manifestar desde luego mi opinión desfavorable á este recurso, en el concepto de darle un carácter definitivo. Sus defensores se limitan, y en ello proceden con acierto, á calificarlo de meramente transitorio y propio de

circunstancias de grandes apuros económicos: casos solemnes en que puede prescindirse, y de hecho se prescinde en todos los pueblos, con fundado motivo, de atender exclusivamente al rigorismo científico en asuntos económicos; pues entonces, si bien no se justifica, se palía al menos el establecimiento de gravámenes semejantes al de que se trata.

Es Portugal una nación donde no hay muchas manifestaciones de la riqueza pública eximidas del pago de algún tributo; y ha llegado á escrupulizarse tanto en este punto, que bien pudieran los más célebres arbitristas acudir allí en demanda de inventos ingeniosos, con que aumentar todavía más los muy abundantes que su imaginación les aconseja. Para tranquilizar los ánimos de las personas que no gustan de transigir, si han de resultar infringidos los principios científicos, debo hacer una declaración. Sólo las costumbres públicas, cuando se basan cuerdamente en un patriotismo acendrado, pueden autorizar su empleo de algunos recursos económicos poco equitativos y aun opuestos en teoría á la plausible idea de igualdad, que debiera siempre existir tratándose de puntos conexiónados con la tributación. Y es preciso además aunarlos con la respetuosa deferencia que ha de ser inseparable, por regla general, de las decisiones de las autoridades legalmente constituídas, que no puedan prescindir de observar esta línea de conducta, por la especialidad de las circunstancias.

CAPÍTULO IV

Renta de las casas y contribuciones suntuaria y personal

No trato de censurar en absoluto la contribución en cuyo examen voy á ocuparme inmediatamente, después de dejar sentado lo que en el capítulo anterior expongo; si bien declaro desde luego no ser defensor entusiasta de gran parte de las que forman el sistema rentístico del reino vecino.

También las *rentas de las casas* están afectas á impuesto, semejante en cierta manera al que constituyó recientemente

una de las tres ramas que comprendía el establecido hace cerca de cinco años entre nosotros con el nombre de *Impuesto en equivalencia de los de la sal*, y fué suprimido para el actual ejercicio económico de 1885-86.

Deseando concretarme en cuanto sea posible, expondré que se acrecienta la lista de las contribuciones directas con otra apellidada *suntuaria*, con acierto tal vez problemática; y sobre cuyas circunstancias España se ha abstenido de imitar hasta ahora, al menos por lo que al Tesoro público corresponde, el ejemplo de nuestros vecinos.

La llamada *renta de las casas* está valorada en 2.431.250 pesetas al año, mucho más de lo que ha producido en España; y antiguamente iba unida con otra que, afectando á la riqueza representada por el número de criados, de caballos y de carruajes, lleva el nombre de *suntuaria*; pero, bien administrada, no ha producido más que 650.000 pesetas.

Ambos tributos son de época relativamente moderna, pues nacieron al comenzar el siglo XIX.

El Príncipe regente D. Juan, después Rey VI de su nombre, confiado en la lealtad y en el amor de sus súbditos, los excitó á hacer un anticipo de 30 millones de pesetas, que habrían de obtenerse por medio de varias tributaciones exigibles, entre otras personas, á los poseedores de caballerías, así para su uso particular como para la agricultura, y á los que dispusieran de un número dado de sirvientes. No se limitaba á esto el gravamen, sino á exigir sobre las rentas de los predios urbanos de Lisboa y de Oporto un 3 por 100, tipo que fué elevándose paulatinamente después, hasta llegar al 13 por 100; si bien desapareció por la ley de 30 de julio de 1860, al establecer bases fijas, tales como las de hacer contribuir en el concepto mencionado, cuando fuesen de 125 pesetas los arrendamientos en las tierras de primer orden, de 93,75 en las de segundo, de 62,50 en las de tercero y cuarto, y de 31,25 en las de quinto y sexto. Hubo más, ó sea la supresión de tipos fijos de imposición; reemplazándolos por una escala progresiva, según el número de los criados, de las caballerías y de los carruajes, que los contribuyentes respectivos poseyeran. Esto es lo que desde 1872 se

entiende con el nombre de *contribución personal*, dividida en dos conceptos: uno el que pesa sobre la renta de las casas, y otro la contribución ó impuesto *suntuario*.

La inventiva para establecer impuestos, que repito cuenta en Portugal numerosos partidarios, llegó á fijarse también en que era preciso gravar el uso de los blasones ó de las armas nobiliarias, en los carruajes de las personas ilustres y de las bien acomodadas. Pero ¡cosa rara! en un país tan aristocrático como aquél lo es, apenas se encuentran 30 personas como contribuyentes por este concepto. La causa de semejante hecho se halla fácilmente, al tener en cuenta que muchos de los antiguos titulares han llegado á ver su fortuna tan mermada, que no pueden aprovecharse de los carruajes, donde colocar esas armas ó blasones, que les habrían de producir una desmembración todavía mayor de la que experimentan ya en su fortuna. Los títulos modernos, que disponen de abundantes bienes de fortuna, no suelen á su vez ser dados á emplear los medios con que ha querido el legislador hacer tributaria la vanidad de los portugueses, que podrían coadyuvar sin grandes quebrantos, de esta suerte, al pago de un impuesto en favor del Tesoro. Los españoles no imitan siempre en este punto el proceder de sus vecinos, ricos improvisados en ocasiones, por la suerte ó por sus laboriosos esfuerzos.

La contribución suntuaria en Portugal demuestra que sería tal vez preferible renunciar á ella, por ser sus utilidades inferiores á lo mucho que asciende el trabajo que proporciona el cobro de sus exiguos rendimientos.

Hay escritores que creen que el impuesto sobre las rentas de las casas donde se halla establecido, podría entrar muy fácilmente dentro de la categoría general de los de consumo; y que lo mismo cabe decir acerca de la tributación basada en los goces representados por los servicios de los criados y el uso de los caballos, sobre todo cuando son de lujo. Prescindiendo de si es ó no esta la ocasión oportuna de formular acerca del asunto un dictamen concreto y motivado, consignaré que no dejan de encontrarse ambos tributos calificados hoy con acierto entre los directos. Debo reconocer también

que el impuesto sobre el alquiler de algunas habitaciones, es en Portugal, como lo era en España, verdaderamente gravosísimo; pues sin haber aumentado, de un modo considerable, los medios de facilitar el bienestar de las clases contribuyentes en algunas poblaciones, según acontece en Madrid, sino encarecido en proporciones enormes á veces, los precios de la mayoría de las mercancías indispensables para la vida, prescindiendo de las calificadas como de lujo, el alquiler de las casas ha triplicado y cuadruplicado. Y si á ello se agregan no pocas circunstancias más, que hacen que la vida sea excesivamente cara, comparada con lo que en otras capitales y grandes pueblos acontece, se evidenciará que no estoy desacertado al sostener la afirmación que hago, de ser muy oneroso este impuesto. Con distintas denominaciones y en diverssas épocas lo hemos conocido en España; pero fué preciso suprimirlo siempre; y hasta de nombre expreso careció últimamente, pues sólo figuró, según he dicho antes, en el concepto de uno de los tres medios escogidos para reunir la cantidad que vino á reemplazar, en el presupuesto de ingresos, á la que figuraba antes cuando el Estado tenía el monopolio de la fabricación y de la venta de la sal.

El Sr. Bulhoes asienta, con este motivo, algunos datos estadísticos curiosos, que no he querido dejar de mencionar aquí. Hace treinta años que se lograba en Lisboa tener alquilada por 187,50 pesetas anuales, una habitación poco menos que palacial; mientras que hoy cuartos mezquinos situados en calles retiradas, no pueden conseguirse por menos de aquella suma: y una familia, por muy pobre que sea, no encuentra medio de acomodarse sin satisfacer al menos 312,50 pesetas al año; debiendo abonar sobre este gasto indispensable el recargo de 9 á 10 por 100, en que consisten el impuesto principal y los adicionales que el fisco percibe.

Sea de esto lo que quiera, debo reconocer que si dentro de una organización sólida y sencilla, al propio tiempo, de los tributos directos, parecerá imprescindible sostener casi siempre el impuesto sobre las rentas de las casas y hasta á veces el llamado suntuario, con todos sus inconvenientes y dificultades para calificarlo de tal, es preciso adoptar medios de

libertar de su rigurosa aplicación á las clases poco favorecidas por la fortuna; infringiendo, en opinión de las personas excesivamente escrupulosas, el principio constitucional de que cada cual satisfaga al Erario pública con arreglo á sus haberes respectivos. ¿Quién es, después de todo, el que puede con razón decir cuáles son las habitaciones que en una capital importante hayan de ser clasificadas entre las que, sin género de duda, representen lujo ó comodidades excepcionales; cuáles las apropiadas á una posición de medianía social y cuáles, por último, las que signifiquen grados más ó menos determinados de la miseria ó siquiera de la desgracia, que imposibiliten del pago de una cantidad, aun cuando sea mínima, para el Tesoro?

Acercas de este punto, muchas y muy importantes consideraciones podrían ocurrírseme; y más todavía á las ilustradas personas que me escuchan; pero las omito, pues me llevarían demasiado lejos, separándome del principal propósito que he tenido en cuenta al escribir estas observaciones, sobre el curiosísimo libro del Sr. Bulhoes.

CAPÍTULO V

Contribución sobre los Bancos y la de 10 por 100 de intereses

En la nomenclatura de las contribuciones directas de Portugal aparecen otras dos: la exigible sobre los *Bancos* y el *10 por 100 de intereses*. Acerca de ambas he de emitir algunas ideas, pues se encuentran entre las que producen allí mayores rendimientos al Tesoro público; pero habré de limitarme á manifestar, en cuanto á la contribución bancaria, que los resultados obtenidos, durante los tres años económicos anteriores, demuestran que Lisboa figura satisfaciendo cerca de cuatro tantos más que Oporto, importante pueblo comercial. Es de admirar, en verdad, considerado el gran número de establecimientos que debieran hallarse sujetos á la contribución referida, el escaso resultado que obtiene el Tesoro na-

cional; pues no pasa en su totalidad de 1.062.500 pesetas: de modo que, afectando el gravamen en un 10 por 100 al importe de los dividendos y de las utilidades que reporten los establecimientos de crédito sujetos á su pago, estos beneficios habrían de ser calculados escasamente, tomando aquel tipo de exacción, por un valor de 11.000.000 pesetas en todo el reino. Resultado por demás mezquino sería éste.

La *décima parte de intereses* es una contribución de mayor cuantía, pues se halla calculada en 1.900.000 pesetas próximamente. Digno de mencionarse es que, mientras en Oporto produce, por término medio, 318.750 pesetas, en Lisboa no excede de 256.250 pesetas; sobrepujando en importancia á la capital de la monarquía hasta la ciudad de Braga, que satisface 262.500 pesetas. Esta *décima parte de intereses* viene figurando, en los anales rentísticos de Portugal, hace 243 años; y constituye una especie de recomendación, dada la antigüedad de su fecha, á falta de otras buenas circunstancias que la abonen. El principio fundamental de esta contribución son las ventajas ó utilidades obtenidas por el préstamo de capitales; debiendo afectar á cualquiera clase de ganancias, que se consigan en tal sentido. La ley exige la presencia del dinero dado á interés, como condición especial para que los tribunales puedan conocer y decidir en los pleitos entablados entre los acreedores y los deudores; pero en este punto sucede lo que no puede menos de suceder, atendidas las condiciones inherentes á la humanidad: y es que para que el gravamen resultante no sea muy crecido, los interesados prefieren evitar, tal vez en perjuicio suyo, las eventualidades inherentes al pago del impuesto, negándose hasta á consignar su compromiso formal en un documento autorizado por notario público.

Cuando existía el llamado interés legal, se disfrazaba la cuantía del sacrificio del deudor, con el fin de que apareciese como menor el gravamen del impuesto; acreciendo, sin embargo, el importe de la cantidad prestada. ¡Vana ilusión, después de todo! ¿Para qué le valía al deudor que no se aumentase el tipo asignado como precio debido como interés, por el dinero entregado en mutuo, si él había de desembolsar

en realidad, á beneficio de su acreedor, mucho más de lo que había recibido de él?

Ahora las cosas han variado mucho de aspecto: el que, en último análisis, paga siempre el recargo, ó sea el premio del dinero que se le presta, tenga ó no asignada tasa legal, de la que no haya de excederse, es el que al recibir el préstamo demuestra desde luego convenirle adquirir el dinero por el que paga interés, aun cuando éste sea muy crecido. La excepción sólo aparece cuando los tribunales intervienen, como sucede en la administración de las herencias, pues entonces se atiende al pensamiento calculado del legislador; frase aplicable así en pro como en contra, tratándose de asuntos litigiosos.

El lucro del dinero entregado en mutuo, puede y aun debe aparecer muy bien como uno de los aspectos por los que procede exigir la contribución industrial; y el impuesto especial sobre las cantidades prestadas tendrá defensa lógica y hasta si se quiere justa, cuando se exhiba como un título del registro ó comprobación de los contratos y en concepto de garantía recíproca, ó sea para los acreedores y para los deudores, en una palabra.





LEYENDAS SALMANTINAS

EL PADRE CADETE

I

CORRÍA el año de 1783. El sol encendía las ásperas crestas de la «Sierra de Francia» en una tarde sofocante de verano, cuando en la celda prioral del «Monasterio de Batuecas» penetraba, conducido por un lego hasta la puerta, un joven capitán de Guardias españolas.

El P. Prior, sentado al pie de la estrecha ventana de la celda, se levantó pausadamente, y dejando sobre la mesa un grueso volumen, forrado en pergamino, señaló con la mano al recién llegado una silla de nogal, que ocupó el joven, tras un afectuoso saludo.

El carmelita introdujo ambas manos en las anchas mangas de su raído hábito, y dirigiendo una dulce mirada al capitán, le dijo:

—Los fundadores de esta santa casa, señor capitán, buscaron esta hoyada, perdida entre los riscos de los montes, para retiro de las almas prendadas del sacrificio; pero

nuestros trabajos incesantes, bendecidos por Dios, transformaron en verjeles las peñas áridas, y la agreste naturaleza en jardín que recorren á toda hora muchos viajeros, á quienes es ley de la fundación el agasajar en lo posible. Decidme vuestros deseos y serán del todo satisfechos, y si queréis mirar detenidamente estos contornos y deleitaros ante los panoramas que se atalayan desde las cercanas cimas, todo lo podréis lograr, porque en el convento hay guías hábiles. Si amáis el saber, podréis gustar los tesoros de nuestra librería, rica en curiosos códices, en raros manuscritos y en hermosos trabajos caligráficos, y si os entretienen las faenas manuales, taller tiene el convento, donde algunos mañosos hermanos trabajan el corcho que arrancan de los árboles del valle. Si os agradan las flores, jardines cercan esta casa de oración y frondosas arboledas sombrean las márgenes del río, en las cuales ni el sol penetra ni el calor se siente. Si os entretiene la pesca, cañas y redes se guardan en la hospedería y tencas bullen en los remansos, y si, como buen soldado, la caza fuera vuestra diversión favorita, cabras monteses saltan por los picachos de estas montañas, corzas trasponen esas laderas, y no pocos jabalíes fijan sus madrigueras entre las bardas del monte.

—No me trae á este santo retiro un sentimiento de curiosidad, ni busco en él esparcimiento y recreo—contestó el capitán visiblemente turbado por una profunda emoción. Deseo abandonar la vida bulliciosa de mi primera juventud, y contemplo, como mi única esperanza, el cambiar este traje de soldado por el áspero sayal de carmelita del yermo.

El Prior abrió desmesuradamente sus hermosos ojos negros y los fijó en el capitán, asombrado por una inesperada revelación.

—¡Cómo! Vos, en la flor de la vida, cuando todo, al parecer, os sonríe, cuando aún un niño, adornan vuestros hombros dos charreteras y luce vuestro pecho cruces que atestiguan el valor y el mérito, ¿intentáis emprender una vida de sacrificios y pensáis en arrojaros al fondo de estas breñas solitarias, renunciando á los encantos del mundo y á los halagos de la fortuna que, sin duda, os prepara en breve plazo

alta posición é ilustre nombre? Reflexionad, hijo mío, y si una contrariedad ó un pesar os hirió en el alma, arrastrando vuestra imaginación á sombríos pensamientos, desechadlos con firme empeño y proseguid vuestra carrera, que en ella podéis también servir á Dios y de veras amarle.

El joven, tras unos instantes de silencio, durante los cuales parecía ocupado en sondear el fondo mismo del alma, dijo humildemente al carmelita, conteniendo visiblemente un deseo que habían avivado y fortalecido, lejos de disiparlo, las discretas advertencias del religioso:

—No es un pasajero capricho ni una alucinación del momento lo que me ha movido á llegar á este apartado sitio. Es una verdadera vocación; un impulso decidido de mi voluntad. Si algún interés os inspiro, si queréis hacerme un bien inestimable, abridme las puertas de esta santa casa y dejad que un cenobita más aumente el caudal de vuestros sacrificios y oraciones.

La campana del Monasterio de Batuecas vibró con un sonido agudo y penetrante, haciendo rechinar los vidrios de la ventana de la celda prioral, y el fraile, alzándose maquinalmente de su asiento y colocando con amor la mano en el hombro del capitán, le dijo con frase dulce y cariñosa:

—Es la hora del rezo. Pasad á la hospedería, donde os asistirán cumplidamente. Dormid tranquilo y como vuestra propia casa. Mañana hablaremos largamente, Dios mediante, y yo mismo seré vuestro guía por estos contornos. Confiad en Dios y pedidle de veras, que si de veras y con amor le pedís, Él os dirigirá con el acierto de la Suprema sabiduría.

El joven quiso besar la mano del Prior; pero éste, deteniéndolo amorosamente, lo abrazó, diciendo:

—Adiós, hijo mío. Hasta mañana.

Y alzando su capucha y cruzando sus brazos sobre el pecho, dejó la celda y siguió con pausado andar á lo largo de un estrecho pasillo, que conducía á la iglesia del Monasterio.

Ya en la puerta de la hospedería, el capitán de Guardias se detuvo. El viento, que movía suavemente las hojas plateadas de los álamos y las partidas de los plátanos, traía has-

ta la puerta del Monasterio el rumor del río, el encantador gorjeo de los ruiseñores, el chirrido de los grillos y cigarras y el lúgubre eco de los buhos y lechuzas; los murciélagos, con entrecortados vuelos, agitaban sus sombrías alas alrededor de las cercas de la huerta y de las paredes de la iglesia, llegando en sus aturridos giros hasta los huecos de las ventanas, y las águilas, trazando en lo alto extensos círculos, posábanse sobre sus nidos, sujetos en los crestones de las cumbres.

El joven lanzó un hondo suspiro, miró al cielo, y después de limpiar con el pañuelo sus ojos llorosos, subió por la estrecha escalera de la hospedería.

II

Al pie de la fuente del Abanico, copioso caudal de agua cristalina, que brotando entre dos peñascos de la estrecha vega de Batuecas, fecundizaba en su extenso y bullicioso curso la amena huerta del Monasterio, prestando alegre verdor á los árboles y frescura á las lechugas y fréjoles, estaban sentados muy de mañana, en un asiento de pizarra, el Padre Prior y el joven capitán de Guardias.

Un aire fresco oreaba la huerta y mecía sobre la majestuosa «Peña de Francia» dos penachos de blancas nubes que el sol naciente orlaba con lujosas franjas de púrpura y oro, y un agradable ambiente se disfrutaba en el valle de Batuecas, que caldea el sol abrasador de julio cuando se derrama al medio día por las angostas gargantas de la sierra, rebrillando en los guijos de las pedrizas y chispeando en las hojuelas de los granitos.

—¿De modo—decía el Prior—que nacisteis en Vigo?

—Sí, en Vigo, el año 1763. Mi padre fué el General don Manuel Jacinto de Acevedo, y mi madre D.^a Josefa Pola y Navia, oriunda de las casas de Miraflores en el Principado de Asturias. Fué mi padrino de bautismo el P. Isla, grande

amigo de mi padre, y yo entré á los quince años de cadete en Guardias españolas, donde ya era capitán mi hermano Vicente.

—Y vamos, hijo mío, hoy que ya el reposo ha podido haceros meditar sobre vuestra resolución, ¿insistís en ella?

—Sí, P. Prior. Hoy me siento igualmente inclinado, y, si cabe, más que ayer á abrazar vuestra estrecha vida de gustosos sacrificios.

—¡Gustosos!—repitió el fraile.—Sí, ciertamente; pero ¡ay! para eso, capitán, es preciso que arda una viva fe en el corazón y que sonría siempre el pensamiento con celestiales esperanzas. Sólo así se ama la muerte y se huye de la flaqueza y de la vanidad.

El joven guardó silencio. Parecía abismado en medir la extensión y el alcance de las palabras del anciano carmelita, alma robusta y templada al embate de las tentaciones y al rigor de la penitencia.

—Pero, ¿qué causas—prosiguió el Prior—han podido arrastraros á esa determinación, joven de brillante porvenir, de ilustre familia y tan alejado por vuestro género de vida de la nuestra, oscura y despojada de toda vanidad? ¿Habéis sufrido algún pesar, alguna contrariedad de esas que agitan fuertemente el alma? Hablad con entera confianza, que nada más grato para mí que poder auxiliaros en esa crisis de vuestro espíritu que asoma á los ojos y que envuelve vuestras palabras. Figuraos que estáis solo y que contáis en alta voz á vuestra propia conciencia cuanto habéis sentido. Recordad ideas y emociones, coordinad recuerdos y decidme cómo nació en vos un deseo tan extraño á vuestras costumbres. ¡Ah! ¡qué feliz fuera este pobre religioso si lograra veros un día trasponer esos cerros lleno otra vez el corazón de esperanzas y de ilusiones y el pecho de fortaleza y de brío para proseguir la carrera en que habéis alcanzado honra y nombre.

El capitán, paseando una mirada incierta por los tablares de la huerta y por los remansos de las regueras, ceñidos de espuma y orlados de flores, la clavó al fin en el suelo arenoso de la ancha calle que desembocaba en la Fuente del Abanico, diciendo con palabra vacilante:

—Realmente que un suceso tristísimo é inesperado fué el germen, sin duda, de mi vocación y el que determinó mi voluntad á llegar á este Monasterio, después de tres largos años de luchas interiores. Mi buen padre, después de la campaña de Italia, recogió una niña de un compañero suyo, muerto desgraciadamente en la toma de Velletri. Ana, así se llamaba, vivió en mi casa considerada y mimada por mi padre, como hija propia. Tenía casi la misma edad que mi hermana Concepción; pero era aún más esbelta y agraciada, aunque de análoga bondad y recogimiento. Yo amaba á Ana tiernamente, y en aquella alma pura y sencilla había cimentado mi imaginación un mundo de hermosísimas ilusiones. Mas ¡ay! un día el cielo quiso ahogar mi vida en un mar de amargura. Ana enfermó gravemente, cuando ya mi edad y mi posición me permitían hacerla mi esposa, y murió en pocas horas. Aquel tristísimo suceso desplomó mi existencia en una sima de dolor y sumió mi alma en una postración invencible. Mi genio, franco y alegre, se trocó en reservado y sombrío. Únicamente en la soledad vivía menos apenado, porque en ella evocaba sin estorbo hermosos recuerdos y lloraba con libertad. Una noche, cansado de sufrir, ví dibujarse ante mi vista una idea: la del suicidio, que el infierno me pintaba con las tintas de un seductor remedio. Fascinado y loco por aquella infernal tentación y ya en mis manos el arma que iba á precipitarme en el más cobarde de los crímenes, fijé mis ojos en un crucifijo colocado sobre la mesa de mi alcoba, que mi madre me había dado y cuyos enclavados pies había cubierto tantas veces de besos y de flores en los venturosos días de mi infancia. La frente ensangrentada del Mártir parecía latir con un soplo de vida al través de las negras espinas que la envolvían; sus labios cárdenos parecían entreabrirse, y en sus apagados ojos miraba fugaces chispas de luz vivísima. Caí de rodillas y oré y lloré largo rato. Había contado al crucifijo de mi madre mis penas y le había pedido con fervor. Jesús me había escuchado. En la noche de mi alma, había amanecido. ¡Oh! ¡Sí! Los resplandores de un amor infinito habían secado mis lágrimas y habían trocado mis recuerdos en notas de una dulcísima escala que se perdía en el

cielo. Mi pensamiento había dejado de vagar por la inmensa soledad de la desesperación, frío campo sin flores, sin aves, sin contrastes y sin ecos. Desde aquel día, en la oración hallaba soberanos consuelos; y en ella huíanse las horas tan brevemente, que me parecían instantes. Mi alma muerta amaba nuevamente y, purificada por Dios, alentaba y revivía al soplo de la esperanza.

Y el capitán calló después de este relato y limpió su frente bañada en sudor. Sus recuerdos le habían fatigado como una marcha al través de las malezas y guijarrales de la sierra.

El Prior, que le había escuchado en silencio y como adormecido, alzó la vista, y mirando fijamente al capitán, exclamó:

—Así levanta casi siempre al hombre la Providencia y le sostiene y ayuda cuando la llama al borde del abismo, y el esplendor de Dios es tan hermoso, que una vez percibido, la vista no se alegra con las hermosuras del mundo ni con las miserables ilusiones de la tierra.

III

Cuando en 1856 visitábamos el abandonado y derruido convento del desierto de Batuecas, el guarda de aquel solitario valle nos enseñaba el estrecho hueco del árbol donde vivió un austero carmelita y la dura piedra donde apoyaba durante el sueño su fatigada cabeza.

En la iglesia del Monasterio una estrecha tarima mostraba dos anchos huecos en la dura tabla, abiertos en ella por la constante presión de las rodillas de aquel ermitaño sin igual, y en una losa del pavimento del templo, ya abandonado y desnudo de imágenes, se leía la siguiente inscripción:

Aquí yace Fr. Francisco de Borja Acevedo

—¡Un santo!—añadía el guarda, con palabra convencida.—Muerto á los setenta y cinco años de edad y más de

cincuenta y tres de penitencia, á quien denominaban en estos pueblos el Padre Cadete. Había sido militar; pero no sé qué desgraciados sucesos le movieron á tomar el hábito.

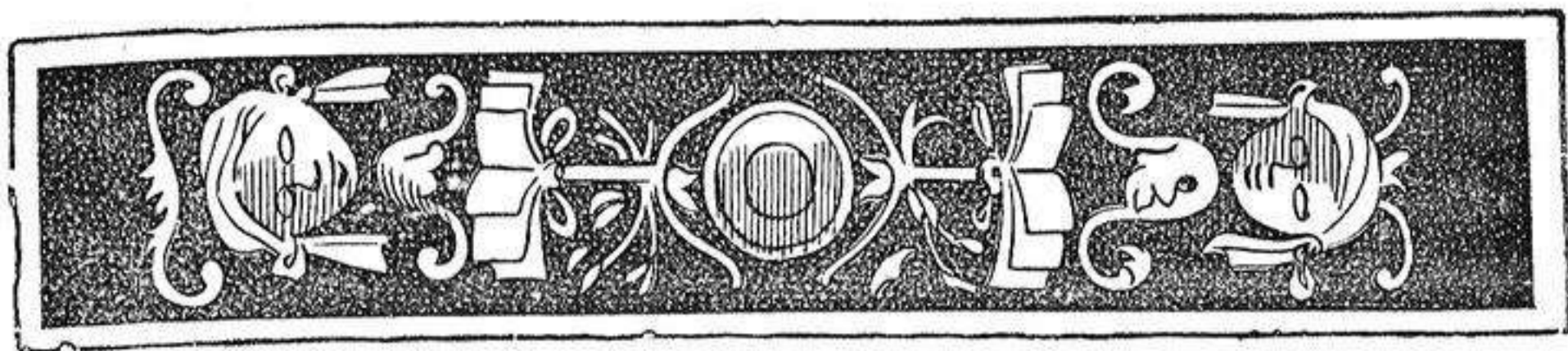
—¿Y decís que era santo?

—Santo, sí. Muchas tardes, de las grietas y junturas de esa piedra que cierra su sepulcro, se levanta un aroma mil veces más fragante que el de las rosas y jazmines, que se esparce por las naves de la iglesia. Cuando se aspira, el corazón recobra más juventud y más vida, y se cree, se ama, se reza y se llora.

A. G. MACEIRA.

Salamanca, 12 de noviembre de 1885.





LA ODA

ESBOZO HISTÓRICO-CRÍTICO

CONTINUACIÓN (I)

XLI

EL CANTO DE ROLDÁN



No sólo en las provincias vascas, no sólo en España y en las tierras habitadas por españoles, sino también en toda Europa, se conoce la canción heroica de la célebre rota de Roncesvalles. Suele llamarse el canto de Roldán, y pasa entre los conocedores de las letras euskaras como poesía de venerable antigüedad, por lo menos la parte aquella en que se cuentan, uno por uno, los guerreros que llegan á turbar la paz de las montañas.

El autor de la novela histórica *Amaya* inserta una traducción libre, ó imitación, del *Altobiscaren cantua*, en romance octosílabo, afirmando que al incluir en su libro, «centón de antiguas tradiciones euskaras,» esta famosa canción, lo hace creyendo ser el primero que la vierte en rima castellana. Esto

(I) Véase la pág. 443 del tomo LIX.

no es exacto. Recordamos una traducción de esta oda, que leímos años hace en cierta «Historia general de España,» traducción que prometemos dar como apéndice de este capítulo, ó del presente estudio, si tenemos la suerte de encontrarla.

El canto de Roldán es oda, aunque el elemento narrativo no escasea en sus bélicas estrofas, pero dominado por el entusiasmo lírico. Tratándose aquí de la lira marcial, los concetos belicosos y patrióticos de esta valiente canción, que retumbó en las gargantas de las libres montañas del indómito vasco, merecen trasladarse de todas maneras, en verso y prosa, ya que en España no abunda este linaje de cantos.

Primero va la poesía sin rima, pero cortada la prosa por líneas que indican los cortes rítmicos del original; después, la traducción en verso asonantado.

El canto de Roldán:

Un grito se alza / en el centro de los montes vascongados, / y el amo de pie en la puerta / escucha y dice:—¿Qué es eso? ¿Qué me quieren? / Y el perro que dormía á los pies de su amo, / se levanta y atruena con sus ladridos las cercanías. / En el collado de Altabiscar se oye ruido / que se acercan, repitiéndole á derecha é izquierda las rocas. / Es el sordo murmullo de un ejército que viene. / Los nuestros responden desde la cima de las montañas / dando la señal de alarma con sus cuernos, / y el amo afila sus dardos. / ¡Ya vienen! ¡ya vienen! ¡qué bosque de lanzas! / ¡Cómo flotan entre ellas las banderas de todos colores! / ¡Qué relámpagos destellan sus armas! / ¿Cuántos son? Muchacho, cuéntalos bien. / Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce, trece, catorce, quince, diez y seis, diez y siete, diez y ocho, diez y nueve, veinte y millares más. / Es perder el tiempo contarlos.

Unamos nuestros brazos nervudos y fuertes, arranquemos estas rocas; / lancémoslas desde lo alto de la montaña / sobre sus cabezas, / aplastémoslos, hirámoslos de muerte. / ¿Qué quieren esos hombres del Norte en nuestras montañas? / ¿Por qué vienen á turbar nuestra paz? / Cuando Dios hizo

estas montañas, fué para que los hombres no las traspasen.
 / Las rocas descienden rodando, y aplastan á las tropas; / la
 sangre corre, los restos de carne palpitan. / ¡Oh, qué de huesos despedazados! ¡qué mar de sangre! / ¡Huid! huid cuantos conservéis fuerzas y un caballo. / Huye, Rey Carlo-Magno, el de las plumas negras y manto rojo. / Tu amado sobrino el fuerte Roldán, está tendido y muerto allá abajo. / De nada le ha servido su valor. / Ahora, vascongados, dejemos estas rocas, / bajemos pronto, lancemos nuestros dardos á los fugitivos. / ¡Ya huyen! ¡ya huyen! ¿dónde está el bosque de lanzas? / ¿Dónde están las banderas de todos colores que flotaban entre ellos? / Sus armas manchadas de sangre, no relampaguean ya. / ¿Cuántos son? Muchacho, cuéntalos bien. / Veinte, diez y nueve, diez y ocho, diez y siete, diez y seis, quince, catorce, trece, doce, once, diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno. ¡Ni uno se ve! / Todo concluyó. Amo, puedes volver á tu casa con tu perro, besar á tu mujer y tus hijos, / limpiar tus dardos, guardarlos con tu cuerno, y acostarte y dormir sobre ellos. / Por la noche, las águilas vendrán á comer de estas carnes aplastadas, y todos estos huesos blanquearán ahí eternamente.

Se alza un grito, allá en el fondo
 de la sierra vascongada,
 y el amo acude á la puerta,
 y escucha y dice: ¿quién llama?

El perro, que á sus pies duerme,
 se despierta y se levanta,
 y sus ladridos resuenan
 en torno rocas cercanas.

Retumba sordo rumor
 del Burunda en la garganta,
 y por izquierda y derecha
 rompe los ecos y avanza.

Es el lejano murmullo
 de una hueste que apretada
 en numerosas falanges
 serpea por la barranca.

De la cumbre de los montes
 los nuestros gritan: ¡al arma!
 y suena el cuerno de guerra
 y el amo aguza la *espata*.

¡Ya vienen! Ya vienen! Mira:
 ¡parece un bosque de lanzas!
 ¡Cómo al pie de cien banderas
 relampaguean sus armas!

¿Cuántos son?—Cuéntalos bien,
 muchacho.—Allá voy... aguarda:
 uno, dos, tres, cuatro, veinte...
 tres docenas van pasadas...

Cincuenta, ciento... ¡Imposible!
 ¡Centenares! ¡Millaradas!
 Y otras más... perder el tiempo
 fuera empeñarse en contarlas.

Todos á una arranquemos
 peñascos de la montaña,
 y de la cumbre lanzados
 al hondo rodando caigan.

Venzamos al extranjero,
 ni uno quede de su raza.
 ¿Por qué los hijos del Norte
 nuestros hogares asaltan?

¿Qué tienen que hacer aquí?
 ¿Por qué turban nuestra calma?
 Dios hizo la sierra, y quiso
 que el hombre la respetara.

Ruedan peñas al barranco,
 la hueste enemiga aplastan,
 la sangre corre, y la carne
 palpita despedazada.

¡Qué de huesos triturados!
 ¡Qué de miembros! ¡Qué de entrañas!
 Huid, huid; el valor
 sólo es cebo á la matanza.

Huye ¡oh rey de plumas negras
 y de capa colorada!

¡Quien fuerzas tenga y caballo,
huya, y torne á tierra llana!

Ya se van.—Y ahora, ¡oh vascos,
todos presto á la hondonada!

¡Flechas contra el fugitivo!

Ni uno del barranco salga.

¡Ya huyen! ¿Dónde la hueste?

¿Dónde está el bosque de lanzas?

¿Dónde las ricas banderas

á los vientos desplegadas?

Teñidas en sangre y lodo,
ya no deslumbran sus armas.

Muchacho, cuéntalos bien:

¿cuántos son? Espera, calla.

Veinte, diez y nueve, quince,

doce, diez, de seis no pasan...

cinco, cuatro, tres, dos, uno.

Ni uno sólo á ver se alcanza.

¡Todo se acabó! Ya puedes

volver con tu perro á casa,

y dar un beso á tus hijos

y á tu mujer, que te aguardan;

limpiar dardos y bocina,

tender encima la cama,

y dormir tranquilamente

sobre el polvo de tus armas.

De noche vendrán los cuervos

al festín de la batalla,

y blanquearán para siempre

los huesos en la montaña.

Pálida imitación—de M. G.—es la que sigue:

Un grito se oye. El montañés escucha

delante de la puerta

de su cabaña; el perro se despierta,

y, augurando la lucha,

ladra y sus roncos ecos

de las peñas retumban en los huecos.

Y sigue á su ladrido
 sordo, creciente ruido
 que cada vez más próximo se |canza:
 ¡murmullos de un ejército queavanza!
 Es fuerza que se afronte
 y se ataje la fiera muchedumb.
 Ya el valiente en la cumbre
 tocó el cuerno, que fué de mcte en monte
 repitiendo su cóncavo sonido,
 al compás del ladrido;
 probó el arco, y la flecha
 dió en el blanco derecha.
 Muchos vienen. ¡Qué vivos rplandores
 producen apiñadas
 las desnudas espadas!
 ¡Cuál flotan las insignias de olores!
 ¿Cuántos son? En contarlos pn ahinco.
 ¿Que cuántos? Uno, dos, trescuatro, cinco...
 Más... Seis, siete, ocho, nuee,
 y luego diez y cientos y mill'es.....
 ¿Por qué esa tumba aleve
 asalta los sagrados valladare!
 Las aras defended y los hog'es.
 Arrancad con los brazos
 las piedras y las rocas;
 si las armas son pocas,
 arrancad estos montes á peczos.
 ¡Ved! Ya se precipitan
 peñascos cien y mil por las rrtientes;
 ya los contrarios trémulos sagitan;
 destrozadas palpitan
 sus carnes y á torrentes
 va su sangre llenando las crrientes...
 Y comienzan á huir. Corredras ellos;
 arrancad sus espadas;
 las espaldas marcad, herid ls cuellos
 de esas gentes que corren arradas.
 ¿Dónde están sus enseñas coradas?

¿Y sus cascos brillantes?
Centellas deslumbrantes
quedaron entre nubes apagadas.
Cuéntalos ya. Son veinte, diez y nueve,
quince, diez, ocho, cuatro, tres, dos, uno...
menos aún... ¡ninguno!
Fueron cual humo leve.
Descansemos. Ya puedes con tus canes,
buen montañés, volver á tu morada,
abrazar á tu esposa sin afanes,
limpiar las flechas y tener colgada
la hueca trompa de sonoros cuernos:
los buitres gozarán de la victoria,
y blanquearán eternos
los huesos del festín para memoria.

Los franceses tienen muchos libros sobre la canción de Rolando, que no es la vasco-española, sino una reunión de poesías de carácter popular, referentes á esas épicas luchas entre las huestes de Carlo-Magno y los bravos españoles guardadores de las rocas del Pirineo, valladar de nuestra independencia.

El canto de Roldán es una brillante reminiscencia de los himnos lírico-heroicos que son el alma de una raza primitiva, vigorosa y libre, rebelde á todo yugo, creyente en Dios y fiel á sus viejas tradiciones de autonomía indestructible.

M. GUTIÉRREZ.

(Continuará.)





LOS CIRCOS ECUESTRES

Continuación (I)



USTO nos parece dejar sentado, antes de terminar este asunto, que las fieras y animales que se exponen en nuestros circos, se prestan por sus condiciones naturales á la domesticidad, tanto el león como el elefante, el perro y aun el cerdo y el asno—que también hemos visto hacer habilidades en la pista—son susceptibles de dominio y reúnen cualidades de inteligencia, á más de un muy refinado instinto que le coloca en buen terreno para dejarse reducir, y muchos de ellos, más que por el temor al castigo, por las dotes antes indicadas, y si no temiéramos por otra parte prolongar mucho este estudio y no lo creyéramos además ajeno á nuestro propósito, nos extenderíamos en atinadas consideraciones que probarían terminantemente la verdad y exactitud de nuestro juicio.

*
* *

Después de este juego admiraban los romanos y los griegos el llamado de Troya, que vamos á referir sucintamente con el auxilio de los datos que ponen al alcance de nuestra

(I) Véase la pág. 187 de este tomo.

pluma los autores antes citados, y además Aulo Gelio, Virgilio y Frontino.

Consistía este ejercicio en combates á pie y á caballo que ejecutaban sesenta jóvenes armados de espadas y de escudos; los *velites* de á pie ofrecían desde luego el vistoso espectáculo de un simulacro de batalla; agrupábanse en medio del circo de modo que hallándose la primera fila con una rodilla en tierra, la segunda algo encorvada, la tercera un poco menos y la cuarta naturalmente en pie y colocando los escudos encima de la cabeza, formaban una verdadera tortuga, proporcionándoles este improvisado tejado de hierro los aplausos de los espectadores. A continuación los *velites* de á caballo ejecutaban brillantes evoluciones y maniobras, observando la táctica de los escuadrones romanos, ó combatían divididos en dos bandos contrarios, ya á caballo, ya encima de elefantes armados de torres.

Este juego era peculiar y propio de las adolescentes nobles y patrimonio de la nobleza. El altivo patriciado romano—dicen los autores de aquella época—que había ocultado su origen en la noche de las tradiciones fabulosas y que pretendía descender de los héroes y de los dioses de Ilión, tenían extraordinaria complacencia en ostentar á sus hijos delante de la plebe en aquella especie de baile militar, cuyo asunto halagaba su vanidad y le daba ocasión para desplegar gran lujo.

Entraban aquellos mancebos en el circo sobre briosos corceles, ceñidos todos de una corona, conforme al uso antiguo. En la mano llevaban dos javalinas de cornejo, conforme á la antigua usanza; otros llevaban aljaba; pero todos adornaban sus pechos con una cadena de oro. Repartidos en tres turnos ó escuadrones, obedecían á tres jefes de la misma edad. Cedudieurión—nombre del jefe—mandaba doce caballos.

«Dábales la señal el ruidoso látigo de uno de los guardas del circo, lo cual apenas oído, partían los guerreros en igual número, rompían las filas, volvían á formarlas sin abandonar los caballos el galope, y luego, dando una carga á la voz de sus jefes, representaban por medio de una multitud de rápidas y complicadas evoluciones los combates de caballería.»

Este juego troyano que describe Virgilio en el libro IV de la *Eneida* diciendo:

«Incidunt puii pariterque ante ora parentum
Frænatis lucent in equis,»

no sólo fué muy estimado de César, que le apreciaba como descendiente de Venus y de Eneas, sino también de todos los Emperadores. Tiberio, cuando adolescente, fué uno de los jefes de combate. Calígula le hizo representar alrededor del sepulcro de Drusila, y Nerón en su mocedad atrajo sobre sí por primera vez, vistiendo el traje de vencedor, los aplausos y coronas que el público debía prodigarle hasta en el sepulcro.

«Mientras que los collares de oro y las relucientes lanzas de los jóvenes patricios brillaban á los rayos del sol, en la arena el prefecto del circo daba sus órdenes para que terminado el juego, el *eurepo* ó canal que daba vuelta á la plaza llenase de agua la cávea ó liza, aumentando de repente su caudal, y una ancha sangría, hecha en el mismo, hacía que se derramase como un torrente por la puerta del circo, llevando cinco ó seis triremos para los juegos de la neumaquia.»

Entonces se presentaba el espectáculo de un combate naval, del que nosotros hacemos caso omiso por estar fuera de las condiciones y límites de este trabajo.

Sin que nosotros pretendamos buscar semejanza donde realmente no exista, ni pequemos tampoco de ilusorios en lo que se refiere á encontrar el origen de los ejercicios acrobáticos y ecuestres de la actualidad en los de la época romana y griega que hemos venido estudiando, creemos que el Juego de Troya que hemos descrito, bien puede decirse que es el germen de los asaltos de armas que no sólo en esta última temporada, sino en otras más anteriores, hemos aplaudido en los Circos de Price, Paul y Príncipe Alfonso; en el primero lo hemos visto hace pocos meses, verificado por una familia que producía el entusiasmo del público como florentista.

En lo que toca á las evoluciones á caballo, semejantes á las descritas, no ha de ser muy viejo el que pueda decir que ha presenciado el reflejo de las mismas en unos ejercicios ecuestres que se verificaban dirigidos por Cinisselli, en el derruido Circo de Paul, en el antiguo de Price, por monsieur Tampé, y en los buenos tiempos del de Mr. Paul, por los años de 1847 y 1848 dirigidos por Mr. Madni y Monfroid.

Se nos objetará que el tal ejercicio no era otra cosa sino un rigodón bailado á caballo, en el que los artistas lucían trajes propios ó parecidos á los de la Edad Media, argumento oportuno que nosotros aceptaríamos si no tuviésemos el pleno convencimiento de que todos los ejercicios, juegos, luchas, evoluciones y cuantas diversiones de ese género hemos descrito ya, concretándonos á la esfera del gimnasio y de las neumaquias, ya extendiéndonos por los espaciosos ámbitos del circo, no hubieran venido reflejándose en las épocas posteriores hasta llegar á las nuestras más ó menos desfigurados, ó si se quiere, perfeccionados, como ya hemos dicho anteriormente, por la influencia de la cultura, civilización, progreso y adelantos modernos, opinión que vamos á fundamentar con hechos tan concisos como terminantes y claros.

Sin remontarnos á los tiempos místicos, bueno será repetir una vez más, para probar nuestro aserto, que de Grecia tomaron los romanos cuanto se refiere á ciencias, artes, comercio, industria y espectáculos públicos, y éstos á su vez, los trasmisieron á los países conquistados por la fuerza de sus armas, y así lo confirma Moratín, cuando en las notas que aclaran el texto del prólogo de sus obras dice que la paz dada á la Iglesia por Constantino en el siglo IV, no hizo cesar los acostumbrados espectáculos, y apenas pudo contener la sangrienta ferocidad del anfiteatro, y apesar de haber prohibido los gladiadores, se obedeció tan mal su decreto, que al cabo de muchos años tuvieron que volver á prohibirlos Arcadio y Honorio, lamentándose también el Papa Gesilao de que á fines del siglo V durasen aún las fiestas lupercales, que su celo y su autoridad no fueron suficientes á extinguir, terminando con declarar que durante la dinastía de los visogodos

las naciones bárbaras del Norte que invadieron á Europa disfrutaron en España, como en todas las demás provincias del Imperio romano, de los espectáculos del anfiteatro, del circo y de la escena que hallaron establecidas.

Los árabes al enseñorearse de nuestro suelo, trajeron sin duda sus espectáculos y diversiones públicas, las que ya originarias de sus usos y costumbres, ya modificadas con las de la tierra que conquistaban, tenían alguna similitud con las ya descritas y la formación de la Tortuga, que hemos visto en juego troyano, ya los grandes saltos y el colocarse unos hombres sobre otros formando grupos originales y vistosos, ya mover y arrojar grandes piedras y bolas de hierro, que no hace muchos años ejecutó en Madrid una compañía árabe, que alternando con otra de zarzuela funcionó en el ya derruido Teatro del Circo, que estuvo en la plaza del Rey; el arte de la jineta con la escuela del mismo nombre y la de la brida, son reflejos de los que hoy vemos en los circos ecuestres, y así como los bohordos, las cañas, los toros y otros mil espectáculos, que sin ser propios del circo nos los legaron y fueron tema de muchos romances caballerescos y moriscos de aquella tan decantada época.

La reconquista conservó los restos de estas diversiones, y así los refiere el *Romancero histórico*, cuando en el tan conocido desafío de Zaide dice:

«Si tienes el corazón,
Zaide, como la arrogancia,
y á medida de las manos
dejas volar las palabras;
si en la vega escaramuzas
como entre las damas hablas,
y en el caballo revuelves
el cuerpo como en las *zahambras*;
si el aire de los *bohordos*
tienes en jugar la lanza,
y como *danzas la Toca*
con la cimitarra danzas,

.....

si como en el regocijo
 tiras gallardo *las cañas*,
 en el campo al enemigo
 le atropellas y maltratas,» etc.

Los caballeros de entonces cifraban su orgullo en acometer temerarias empresas, imprimiendo un carácter de imponderable arrojo y temerario heroísmo á todos sus actos, que se encerraban, ó bien en el círculo de los combates ó en el de sus diversiones y espectáculos, entre los que los torneos tuvieron un lugar preferente, como lo prueba D. Nicolás Fernández Moratín en aquel famoso romance que empieza:

«Madrid, castillo famoso,
 do el Rey moro alivia el miedo,
 arde en fiestas en su coso
 por ser el natal dichoso
 de Alimenón de Toledo.» etc.

Y las luchas del hombre son los toros y las fieras, según lo describe el mismo *Romancero histórico* antes citado, y ensalzando el valor del Cid se expresa de esta manera:

.....

«Cuando unas voces se oyeron
 que atronaban el palacio
 diciendo: «Guarda el león,
 mal muerto quien le ha soltado.»

.....

Y el león entró bramando,
 á quien Bermudo atendió
 con el estoque en la mano
 á que dió una voz el Cid.

A quien como por milagro,
se humilló la bestia fiera
humildosa y coleando. »

De uno y otro espectáculo se ocupa también—especialmente de los torneos—D. Melchor Gaspar de Jovellanos cuando en su *Memoria para el arreglo de la policía de los espectáculos y diversiones públicas y sobre su origen en España*, dice:

«Pero el valor de nuestros caballeros antiguos, no contento con ejercitarse en los montes, buscó en los poblados y ciudades una escena de lucimiento más público y solemne, y la halló en las justas y torneos, *bofordar, alanzar y romper tablados*, y la *Crónica de Alfonso XI* añade, que aunque algún tiempo estudiese sin guerra, siempre estaba en como se trabajase en oficio de caballería haciendo torneos, et poniendo tablas redondas et fustando; y á tal altura llegaron estas justas, y á tal riesgo se exponían los combatientes, que los cánones los prohibieron, limitándose, si hemos de decir verdad, la prohibición á los torneos y justas que los franceses llamaban *à fer emolu* y nosotros *á casquillo quitado*, porque en ellos el riesgo de perder la vida era inminente.

La pompa y fastuosidad con que se verificaban traía á la memoria el recuerdo de la pompa circense de los romanos que ya hemos descrito con anterioridad, y de ello se ocupa, no sólo Jovellanos, sino posteriormente el *Solitario* en sus *Escenas andaluzas* describiendo también la suerte del *rejón*, la de *alancear toros*, el *romper cañas*, que tiene alguna semejanza con las luchas de fieras del circo romano, no estando tampoco desprovistas de sanguinaria fiereza, como lo demostraba un poeta de aquellos tiempos, digno émulo de Jorge Manrique, exclamando:

«Aún dura en la comarca
la memoria de tanta lid
y la cortante reja
descubre aún por los vecinos campos
pedazos de las picas y morriones,

petos, caparazones y corazas
en los tremendos choques quebrantados.»

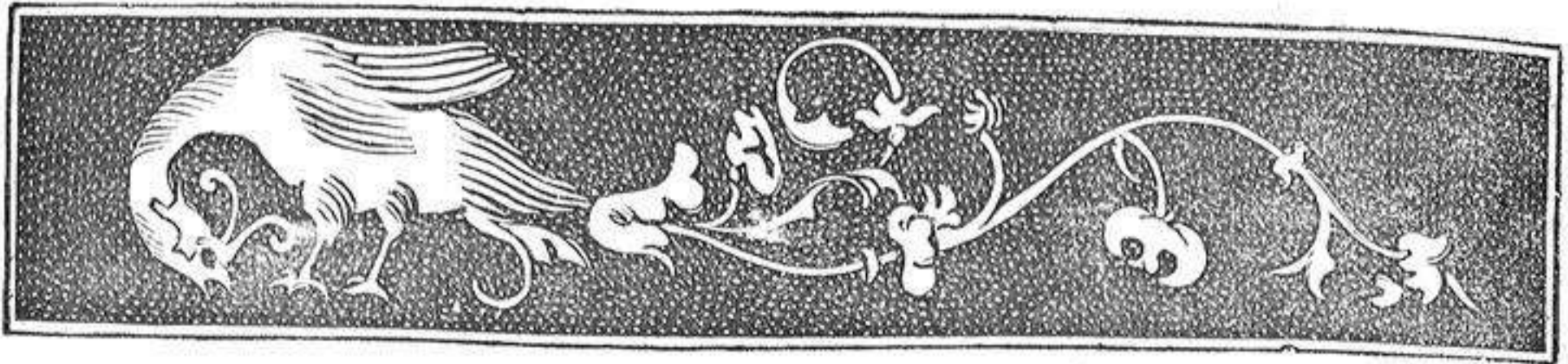
Los caballeros en plaza que hemos visto en recientes fiestas reales son fiel trasunto á la par que pálido reflejo de lo que estas diversiones fueron en la época que vamos reseñando.

También las cacerías se extendieron durante la Edad Media, si bien como entonces se verificaban disentían mucho de las de Roma, por una parte, y se asimilaban evidentemente mucho, por la otra.

La de cetrería y montería cobró gran auge y tuvo gran importancia, no sólo por cifrar en ella los monarcas nobles y prelados su diversión favorita, sino por el lujo y magnificencia que en ellas se advertía. Tal y como en los tiempos modernos se ejercitaba, no la conocieron los romanos y—según refiere un pasaje de Plinio—sólo se conocía la caza practicada con aves de rapiña en el lugar de Trasea, junto Amphipolis, pero se conocían los juegos públicos muy semejantes á la caza de fieras de los romanos, á sus carreras, sus fracciones, á sus luchas y á sus ejercicios de fuerzas, de los que son testigos los Parques de Milán; en Verona, el Campo Fiori; en Viena, el Campo Marzo, en Padua, el Prado; en Pisa, el juego de Puente, que terminaba siempre en una lucha sangrienta, lo mismo que en Baziena; en Siena se festejaba á San Jorge luchando un caballero con un dragón, y la muerte del uno ó del otro terminaba el espectáculo.

Los lieneses sobresalían en el pugilato; los de Prado y los florentinos se ejercitaban en el juego del balón y de la pelota, y en Nápoles se verificaban combates á muerte, hasta el tiempo de Petrarca, del que dice César Cantú quiso dar fuerza con su autorizada voz á las desoídas prohibiciones de los Papas.

• RAMIRO.



RECREACIONES DE GEOGRAFÍA BOTÁNICA

Si al primer pronto parece que las plantas están distribuídas al acaso sobre la tierra, nótase después, examinando la variada vegetación, que obedecen aquéllas á leyes fijas, porque para su desarrollo han menester de condiciones especiales, exclusivas no sólo á los individuos, sino á las especies, géneros y familias. Exige cada vegetal determinado calor; luz, humedad y suelo en circunstancias también determinadas, de tal suerte que cuando no se aunan todas en la proporción debida, crece la planta con más lentitud, alcanza menores dimensiones, quizás no llega á florecer, y aun, á las veces, no germina la simiente.

La botánica que hoy es ciencia, y ciencia de indudable importancia, fué en sus comienzos un simple conjunto de hechos no siempre explicados, de observaciones no todas bien relacionadas. Mas el espíritu investigador del hombre, encaminándole al estudio de las múltiples ramas del saber humano, le inclinó á examinar los fenómenos que en nuestra atmósfera se producen, relacionarlos, depurarlos y conseguir de ese modo la fundación de una ciencia moderna que ofrece amplios horizontes y anuncia ópimos frutos, la *meteorología*; á la par también se iba adelantando en el interesante conocimiento de la constitución de la costra sólida del globo, que tanta

luz había de arrojar sobre la geogenia—el oscuro origen del mundo que habitamos—y he aquí que nace la *geología*: de ella forman parte la petrografía, que inquiere la formación de las rocas y su descomposición, y la geonomía, tan necesaria al agricultor, pues la enseña á distinguir y clasificar los suelos; la orografía, donde se determinan los sistemas de montañas, su dirección y pendientes. Pues bien; todas estas ciencias, la Botánica, la Física del globo, la Meteorología y la Geología, son indispensables para construir la *Geografía botánica*.

A Linneo, insigne naturalista sueco, padre de la botánica moderna—según la feliz expresión del ingeniero Sr. Castel—puede atribuirse la gloria de haber sentado los fundamentos de la Geografía botánica. Al hablar en una de sus disertaciones de la formación de los continentes, dice que surgieron del seno de los mares, extendiéndose las plantas merced á las semillas que esparcían el aire, las corrientes de agua, las aves y el hombre. En otro discurso observa que muchas plantas viven en sitios determinados, cuáles en el mar ó en sus orillas, cuáles en los pantanos ó ríos; quiénes fijan sus raíces por entre las grietas de las rocas, quiénes acompañan constantemente á las ruinas aumentando la poesía de los recuerdos que su contemplación evoca con la belleza que las prestan engalanándolas. Y en su viaje á Laponia, sorprendido ante los cambios que en la vegetación advierte, escribe, al concretar sus impresiones en la *Flora lapónica*:

«La dinastía de las palmeras reina en las comarcas más cálidas del globo; las zonas tropicales están pobladas de multitud de arbolillos y arbustos; espléndida corona de plantas ciñe las playas de la Europa meridional; porción de verdes gramíneas ocupa la Holanda y Dinamarca; numerosas tribus de musgos se hallan en Suecia; pero las algas incoloras y los blancos líquenes sólo vegetan en la fría Laponia, el más septentrional de los países habitables. Los últimos vegetales viven en las últimas tierras.

Tournefort durante su viaje por Armenia hizo análogas observaciones á las del ilustre hijo de Upsala: en su ascensión al histórico monte Ararat, vió á su pie las plantas pro-

pias de aquella región del Asia; algo más arriba, las características de la flora italiana, después las de Francia, y, por último, las de Suecia y Laponia en las cercanías de las nieves perpetuas.

Buffón decía: «Las plantas que cubren la tierra, más dependientes de ella que los mismos animales, dependen también en mayor grado de la acción del clima. Cada país, cada temperatura tiene sus plantas particulares. Al pie de los Alpes se encuentran las de Italia y Francia, y en su cima las de los países del Norte. Hállanse estas mismas plantas en las cúspides heladas de los montes africanos. En las montañas que separan el imperio del Mogol del reino de Cachemira, se ven al mediodía todas las plantas de la India, y causa sorpresa que al otro lado no se encuentren más que las que son propias de Europa. De los climas extremos es de donde se extraen las drogas, perfumes, venenos y todas las plantas de cualidades extremas. El clima templado, por el contrario, sólo produce cosas templadas: las hierbas más agradables, las legumbres más sanas, las frutas más suaves, los animales más pacíficos y los hombres más civilizados pertenecen á esos hermosos climas.»

Imposible al tratar de ciencias naturales que no se cite á su inmortal representante en el presente siglo, el baron Alejandro de Humboldt. De regreso de su excursión por las regiones equinoxiales de América, expuso sus impresiones en elocuentísima Memoria, afirmando que ciertas y determinadas especies vegetales servían, en cada caso, para caracterizar y distinguir unas comarcas de otras pronta y fácilmente. Así, los pinos y pinabetes nos llevan al Norte ó á las altas montañas de Europa, los robles y hayas á la zona templada, los olivos al Mediodía, las palmeras á los países intertropicales. El cabo de Buena Esperanza es la patria de los helechos y Méjico la de las orquídeas. En dicho opúsculo—observa Martins—descubre Humboldt las afinidades secretas que unen la botánica con la pintura y la poesía, porque el suelo, los terrenos y las rocas son en todas partes los mismos, pero la vegetación es el variable ropaje de la tierra.

Humboldt sienta en otra Memoria los verdaderos principios

de la Geografía botánica y estudia primeramente los grupos de plantas propias de las regiones cálidas, tratando de calcular el número de especies vegetales que hay en nuestro globo y la influencia del clima en su distribución. Afirma que puntos equidistantes del ecuador y de igual altitud pueden, no obstante, tener climas distintos, mientras que acaso otros situados en paralelos muy lejanos gozan de climas análogos. Así, Boston, que se halla en la costa oriental de América, y en el mismo paralelo que Perpignan, tiene una temperatura media anual de $8^{\circ},9$ en tanto que la de éste es de $15^{\circ},0$. Baltimore, con igual latitud que Cagliari en Cerdeña, tiene $11^{\circ},6$ de temperatura media anual y Cagliari $16^{\circ},3$. Humboldt fué el creador de las líneas que denominó *isotermas*, líneas que, como es sabido, pasan por los puntos que al nivel del mar tienen la misma temperatura media anual. Dichas curvas no coinciden con los paralelos; así, por ejemplo, la isoterma de París, que está á $48^{\circ},50$ de latitud, pasa en Inglaterra por Portsmouth, cuya latitud es de $50^{\circ},48$ y en los Estados Unidos por Erasmus-Hall, situado en el paralelo de $40^{\circ},38$.

Más tarde se han construído las curvas isotermas mensuales, que son también muy sinuosas, á causa de lo desigualmente que se distribuye el calor. De ahí que el mes de julio sea tan caluroso en Halifax (América) á los $49^{\circ},39$ de latitud, como en Londres $51^{\circ},31$, Berlín $52^{\circ},31$, San Petersburgo $50^{\circ},56$ y en la costa oriental de Asia en el paralelo de 40° ; esto es, que en julio tienen la misma temperatura lugares cuyas distancias al ecuador se diferencian en dos mil kilómetros. El mes de enero es tan frío en Halifax como en el Cabo Norte, $71^{\circ},10$, en Cristiania $59^{\circ},55$ y en Pekin $39^{\circ},54$. Esta diversidad de climas, en unión de muchas otras circunstancias, produce la varia distribución de los vegetales.

*
* *

Posteriormente han allegado elementos para constituir la geografía botánica muchos naturalistas. Grecia ha sido ex-

plorada por Sibthorp y Bory de Saint-Vincent; la Arabia, por Forskal; la Siria, por Labillardiere; Persia, por Michaud; el Asia Menor, por Tchihatchef y Jaubert; la India, por Roxburgh, Wight, Blume, Royle, Perrottet y Hooker.

Desfontaines, Ehrenberg, Lefevre, Adanson, Leprieur, Buch y Berthelot, han explorado el África sin arredrarse ante los peligros y sufrimientos que ocasionaran la muerte á tantos viajeros, no titubeando en exponer su vida por el adelanto de la ciencia.

América fué estudiada por la Condamine, J. de Jussieur, Augusto de Saint-Hilaire, Gardner, D. Ramón de la Sagra—que describió detalladamente la Isla de Cuba,—Swartz, Turpin y Gaudichaud.

«Mientras estos infatigables campeones de la ciencia—dice C. Martins—desafiaban todo género de peligros por explorar regiones apartadas y desconocidas, efectuábanse en Europa otros trabajos, que, si no tan brillantes, eran igualmente provechosos para la ciencia. Los botánicos procuraban conocer á fondo la vegetación de un país, de una isla, de una provincia y hasta de los alrededores de una población. Esforzábanse por recoger todas las plantas espontáneas, anotando sus localidades y su extensión hacia el Norte, Sur, Este ú Oeste; distinguían las plantas indígenas de las procedentes de fuera; las especies propias del país de las comunes á otras regiones lejanas ó limítrofes. Las zonas de vegetación que se presentan en las laderas de los montes de Escandinavia y Escocia, de los Alpes, Pirineos, Apeninos, Etna y Sierra Nevada, determinábanse cuidadosamente con auxilio del barómetro. Seguía-se hasta más allá de las nieves perpetuas á los últimos representantes del reino vegetal. Por otra parte, Franklin, Ross y Parry traían de las tierras polares humildes flores que un verano de dos meses, tan frío como el invierno de París, hace que se desarrollen en los últimos islotes del Spitzberg y en el fondo de la bahía de Baffin. Los botánicos veían con admiración que otras especies igualmente enemigas del calor vegetaban á orillas del Mar Glacial, y en el límite de las nieves perpetuas, en los Alpes y Pirineos, en el Cáucaso y Sierra Nevada.

La influencia del suelo en la vegetación, asunto de grandísima importancia para la agricultura, lo abordaban á un tiempo, químicos, botánicos y geólogos: unos cuidaban de aclarar en qué grado influye el suelo por sus propiedades físicas, tales como su agregación, dureza y permeabilidad, y otros atendían á su composición química, considerándola como dominante. Por último, los filólogos y eruditos descifrando las antiguas obras de los chinos y de otros pueblos primitivos, y encontrando los nombres y descripciones de las plantas que en aquellas remotas edades eran conocidas, han contribuído también al adelanto de la geografía botánica.»

Alfonso de Candolle resume sabiamente en su *Géographie botanique raisonnée* cuanto de más notable se conoce hasta el día respecto á las leyes que rigen á la distribución de las plantas sobre la superficie de nuestro planeta. A este eximio maestro, á Martins, Duchartre y Müller seguiremos en cuanto brevemente y con toda llaneza nos proponemos exponer.

*
* *

Ocurre ante todo preguntar: ¿Cuántas son las especies de plantas que existen en la tierra? No es posible dar una respuesta exacta, porque son todavía muchos los países desconocidos ó no bastantemente estudiados, y no es fácil, en ocasiones, señalar con toda claridad los caracteres de la especie. Se comprende, en su consecuencia, que hayan variado las apreciaciones de los naturalistas respecto al número de especies. Linneo conocía 6.000 por los años de 1753; Persoon, en 1807, contaba hasta 26.000; Stendel, en 1824, elevaba su número hasta 50.000 y en 1844 á 95.000. Puede asegurarse que actualmente describen los libros y contienen los herbarios unas 120.000 especies.

Por el número de especies conocidas han deducido los botánicos el total de las existentes. Alfonso de Candolle, mediante un cálculo ingenioso, fundado en la superficie que ocupa una especie vegetal, infiere que el número de éstas debe hallarse comprendido entre 400.000 y 500.000.

De las 95.000 especies que se conocían en el año de 1844, 80.000 eran fanerógamas ó cotiledonares, y 15.000 criptógamas ó acotiledonares. Entre las primeras, 65.000 son dicotiledóneas y las restantes 15.000 monocotiledóneas. Humboldt ha observado que avanzando hacia el Norte aumentan los criptógamas y disminuyen las fanerógamas, ocurriendo lo contrario cuando se camina hacia el Ecuador. Las criptógamas que en las zonas frías y templadas son pequeños vegetales, presentan en los trópicos formas arborescentes, cual sucede con los helechos, tan altos como las mismas palmeras.

Cada especie—ya lo hemos dicho—necesita una temperatura determinada para vegetar. Las diferencias que se advierten son grandes; pues mientras el abedul y el alerce resisten fríos de -40° , muchos helechos arborescentes, orquídeas y palmeras mueren cuando el termómetro baja á $+40$ grados. Importa también conocer en qué punto termométrico empiezan á germinar las plantas, el cual es muy variable; pues al paso que las *soldanelas* de las montañas elevadas germinan y florecen á 0° , los cocoteros necesitan, como mínimo, de 15 á 20.

Ahora se presenta la cuestión siguiente: desde que germina la semilla, ¿qué calor es necesario para que la planta produzca flores y maduren los frutos? Se creyó por algún tiempo que debían compararse entre sí las temperaturas medias estacionales, y, tomando por ejemplo la cebada—cereal que más avanza al Norte,—imaginábase que se hacía imposible su cultivo allí donde el calor del verano era insuficiente para que el grano madurase, pero con posterioridad se ha visto que madura en sitios de veranos muy diversos. Kupffer señala la influencia de las temperaturas y lluvias de primavera y otoño, que retardan ó adelantan la germinación, favorecen ó impiden la madurez del grano. Martins hace notar que la constante permanencia del sol sobre el horizonte á los 70 grados de latitud compensa el menor calor del verano. Para encontrar explicación al hecho de que la cebada madure en Laponia y en Siberia no, Reaumur indicó el método de las *sumas de calor*, método seguido más tarde por

Boussingault, Gasparín y A. de Candolle. Consiste en lo siguiente: sábese que la cebada, v. gr., necesita una temperatura de 5 grados para germinar; pues bien: se prescinde de los días en que el termómetro marque menor temperatura que aquélla, y se suman las medias de todos los demás, obteniéndose así la suma de calor necesaria para que la cebada recorra las fases de su desarrollo hasta la maduración del grano.

Procediendo de este modo, prueba A. de Candolle que la cebada ha menester en las altas latitudes una suma de calor de 1.500 grados, cualesquiera que sean las medias de primavera, verano y otoño. El trigo exige una acumulación de 2.000 grados; el maíz, 2.500; la vid, 2.900 (á partir de 10 grados como límite inferior), y aun cuando se carece de observaciones directas, créese que la palmera exige 6.000 grados de calor para que maduren los dátiles. Se comprende ahora lo que antes indicamos; es decir, por qué algunas plantas no florecen en ciertos países y otras no fructifican: débese á que la suma de calor necesaria para la producción foliácea no basta para que las flores se desarrollen, y menos todavía, para que fructifiquen.

Tan grande es la influencia del calor en la vegetación, que hay muy pocas especies cosmopolitas: cada planta tiene su zona correspondiente. Fuera de ella, hacia el Norte, le impide avanzar el frío, y hacia el Sur el calor.

Schouw ha trazado en un mapa de Europa los límites polares de las plantas forestales, en cuyo mapa se ve que, caminando hacia el Norte, desaparece primero el alcornoque, luego el laurel, mirtos y cipreces, después el castaño, haya, robles y pinabetes, y por último, el pino silvestre, el alerce y el abedul, que en la Europa occidental llega hasta el cabo Norte.

El exceso de temperatura también detiene la vegetación, acaso por la sequedad que determina; pero más ciertamente por su influencia en las propiedades vitales de los tejidos, puesto que hace que los órganos susceptibles de moverse queden rígidos é inmóviles. De ahí que en las regiones intertropicales las plantas se aletarguen y estén desprovistas de

hoja durante el estío á la manera que en nuestras latitudes por el invierno.

Hasta época relativamente moderna no se ha dado á la luz toda la importancia que tiene en la vegetación. Su influencia es indudable, por más que sea difícil separar su acción de la del calor y no pueda medirse con la facilidad que éste. Nos concretaremos á indicar, muy de pasada, que por lo general las corolas de las especies que viven á grandes alturas son más vistosas y de colores más brillantes, debido á que siendo menos densa la atmósfera y más pura, los rayos solares hieren á dichas plantas con mayor poder lumínico. Así se nota que, á medida que nos elevamos, las flores de la *Anthyllis vulneraria*, que vegeta á todas las alturas, varían desde el rosa pálido al rojo púrpura intenso.

El agua es también agente de marcadísima influencia en la vegetación, bajo sus diferentes manifestaciones de lluvia, nieve, granizo, escarcha, rocío, etc. Sirve de vehículo para el transporte de las sustancias que asimila la planta en su desarrollo; pues constituye el principal elemento de la savia; mantiene la humedad de la atmósfera, beneficiosa para la vegetación, y en casos determinados, forma por sí sola el suelo. Como nieve protege á los vegetales de los fríos rigurosos, tanto que en las comarcas septentrionales la falta ó escasez de nieve asegura con triste realidad la pérdida de las cosechas, y además sirve de abono á la tierra. El agua, como los otros factores principales de la vegetación, influye en grado sumamente variable, según las especies: desde las plantas acuáticas, como por ejemplo, algunos *ranúnculos*, pasando por las que Thurmann denomina *hidrófilas*—amigas ó amantes de la humedad—hasta las *xerófilas* que resisten y aun les conviene la sequedad, son en gran número las gradaciones. Bajo este punto de vista se hace necesario conocer la cantidad de lluvia que cae en cada sitio y su distribución en las diferentes épocas del año.

Por lo que toca al suelo, es innegable su acción en la Geografía botánica. Influye desde luego por su temperatura, la cual depende del sol—pues no se hace sensible el calor central—porque las plantas no despiertan de su letargo hasta

que el suelo donde tienen sus raíces alcanza la temperatura que aquéllas necesitan.

Unos suelos se calientan con rapidez y en alto grado y se enfrían también prontamente; otros se calientan poco; pero en cambio se enfrían con lentitud.

Nótase que al elevarse la temperatura del suelo, aumenta con relación á la del aire, fenómeno fácilmente comprensible fijándose en que los rayos del sol al atravesar las capas atmosféricas pierden una parte de calor; por consiguiente, donde menos densa sea la atmósfera menos calor absorberá el aire y más calientes estarán los rayos que lleguen al suelo. Por tal motivo, se ha observado en lugares de gran altitud que la temperatura media del suelo á 20 centímetros de profundidad, era igual á la máxima del aire.

Que el suelo influye por su composición química y propiedades físicas es evidente. Ahora ¿á cuál dar la primacía? La opinión más antigua fué la de que, puesto que cada planta tiene necesidad de sustancias particulares para su buen desarrollo, cada suelo también es adecuado, según su composición química, para determinadas especies vegetales; opinión que si limitándose á una comarca reducida parece ser exacta, claudica al aplicar la observación á regiones más extensas.

Formáronse, con sujeción á ella, catálogos de plantas características de los suelos calizos, arcillosos y silíceos; pero más tarde se ha demostrado la falta de fundamento de tales listas. A. P. de Candolle dice haber comprobado que casi todas las plantas son espontáneas en casi todos los terrenos mineralógicos. Alfonso de Candolle, comparando las indicaciones relativas á 755 especies de Austria ó Suiza con las de la flora de otras naciones europeas, concluye que de 383 especies que se citan como propias de un suelo determinado ó, por lo menos, como prefiriéndole marcadamente, tan sólo 26 no se han encontrado hasta el día más que en terrenos primitivos y 31 en suelos calizos. «Con algunos años más de observación—añade,—disminuirá esa cifra, ya tan reducida.»

Deduciéndose de lo expuesto la escasa importancia de la composición química del suelo en los vegetales, era natural

que se dirigiera la atención á estudiar las propiedades físicas de aquél.

Thurmann, sabio hijo de Suiza, es quien con su obra maestra, resumen de sus concienzudas observaciones en la cadena de montañas del Jura y en el pequeño grupo volcánico del Kaiserstuhl, ha demostrado de manera clara é incontrovertible la importancia del suelo por su naturaleza física, principalmente por sus propiedades de absorber el agua y de retenerla. Así, conforme con su teoría, dice que las arenas, sean calizas ó silíceas, tienen la misma flora. Y como cuando se investiga un hecho y sus causas es tan amplio el campo de las conjeturas, no ha faltado quien en absoluto negara toda influencia al suelo, asegurando que únicamente sirve de sostén á las raíces y que todos sus elementos los toman las plantas de la atmósfera.

Lo que en ningún caso conviene olvidar es la mutua dependencia que existe entre la composición química del suelo y sus propiedades físicas. Según Contejean, dos son las sustancias que, relativamente á la acción química del suelo, ejercen la mayor influencia: el cloruro sódico ó sal común y el carbonato de cal ó caliza. Después de una detenida discusión y á consecuencia de ella, expone el mencionado naturalista las conclusiones siguientes: «La acción del suelo se debe á su composición química y estado físico, cualquiera que sea, por otra parte, su naturaleza geológica. La influencia química sobrepuja á la física. Hay una *flora marítima* determinada por el cloruro de sodio y una *flora terrestre* que rechaza dicha sal. Esta última flora se compone de plantas *calcícolas*, que fija el carbonato de cal; *calcífugas*, rechazadas por esta sustancia, é *indiferentes*, que ni buscan ni huyen de la caliza y vegetan en todo medio no salado. Nada demuestra que la sílice ejerza la menor influencia química; hasta que otra cosa se pruebe debe considerársela como un medio neutro é inerte que sirve de refugio á las plantas expulsadas por la cal. Aun cuando la potasa es indispensable á las plantas, no parece que ejerza ninguna influencia en su dispersión espontánea. La magnesia parece que tampoco influye por sí misma; los óxidos de hierro son también inertes; la arcilla

no ejerce ninguna acción química: su influencia es puramente física.»

Antes de terminar las consideraciones referentes á las causas principales que presiden á la distribución de las plantas, séanos permitido transcribir lo que dice Schouw: La parte meridional de Europa es montañosa y carece de extensas llanuras; el Norte del continente presenta dos grandes depresiones, las de Alemania y Rusia. De aquí la gran uniformidad en el paisaje y en las costumbres; de aquí el considerable comercio por tierra. Los habitantes de dichas llanuras no ven nunca el mar y permanecen extraños á toda ocupación marítima. La meseta más extensa y elevada de Europa se halla en el Mediodía, en España; en el Norte la más notable es la de Baviera. Los Alpes constituyen la cadena más elevada de montañas. En el Sur son más altas que en el Norte; así Sierra Nevada, el Etna, los Apeninos y las cimas de Córcega sobrepujan á las de Escandinavia y los Cárpatos.

Al subir por sus montañas encuentra el habitante del Mediodía de Europa los climas y vegetales del Norte, en tanto que la índole de los países meridionales es desconocida de los pueblos del septentrión del continente. El italiano y el español ven á la mitad de sus montañas los nogales y hayedos, los campos de centeno y los prados del Norte; más arriba, la flora laponica y las nieves perpetuas. Pero el alemán, el sueco y el ruso no conocen el laurel y el mirto, ni los olivares y naranjales, ni los templados inviernos y diafanidad atmosférica de las regiones meridionales.

Como las llanuras del norte de Europa se hallan muy distantes del mar, en tanto que éste circunscribe la región Sur, desaparece el contraste entre los climas orientales y occidentales á medida que se avanza hacia el Mediodía. En el Norte, las costas é islas del Océano son las que disfrutan de clima más templado; en el Sur, por el contrario, las costas oceánicas están menos calientes que las mediterráneas. La diferencia de temperatura entre el Norte y el Mediodía, es mayor en invierno que en verano: así el invierno es en Viena, por término medio, 11 grados más frío que en Palermo, en tanto que el verano sólo le es inferior en 3

grados. La alternativa de inviernos fríos seguidos de veranos calurosos que se observa en el Norte; influye muy favorablemente en la vegetación; ésta se paraliza por completo durante algunos meses para despertar con vigor nuevo y actividad grande favorecida por la duración de los días, que aumenta aproximándose al polo. Dicha diferencia entre las estaciones da á la primavera en el Norte encantos que no tiene la del Mediodía. En el Norte sucede de pronto un aire tibio á los crudos vientos del invierno, los ríos y lagos se deshuelan, la sábana de nieve que cubría la tierra se derrite, y aparece un hermoso tapiz verde; los árboles y arbustos se engalanan con hojas; llegan los pájaros y zumban los insectos. Nada hay parecido en el Mediodía: la transición es insensible; las faenas del agricultor no se interrumpen, porque en el invierno labra las viñas y olivares como en las demás estaciones del año.

En el Norte se distribuye la lluvia casi por igual en las diversas estaciones; en el Mediodía los veranos son secos y llueve principalmente en otoño y primavera.

Estas diferencias se patentizan en la vegetación. En el Mediodía mayor variedad de especies, sobre todo de árboles y arbustos; formas tropicales; plantas trepadoras, bulbosas ó aromáticas; montes compuestos de especies de hojas persistentes. El Norte luce sus aterciopeladas praderas y la fresca verdura de sus montes, que se conserva hasta en el centro del estío, cuando el calor agosta los campos meridionales, coloreándolos el sol de tintes amarillentos, cuyo brillo fatiga la vista, acostumbrada á reposar en el verde tapiz de los países del septentrión.

El centeno es el cereal característico del Norte; el trigo lo es del Mediodía, y en unión del arroz y el maíz constituye la base de alimentación de sus pobladores. La patata y el alforfón se cultivan menos en el Mediodía. La cerveza es la bebida del habitante del Norte, el vino la del que vive en el Sur. El límite de la vid pasa más allá de los Alpes; pero la línea que separa los países productores de manteca de los que hacen aceite, coincide con esa barrera natural. Las legumbres y frutas abundan en la Europa meridional, dismi-

nuyendo hacia el polo, lo cual origina marcadas diferencias en la alimentación. El hombre del Norte come pan negro, manteca, mucha carne y pocas legumbres; el habitante del Sur dispone de pan blanco ó borona, aceite, muchas legumbres y frutas, y consume menos carne; bebe habitualmente vino y rara vez se embriaga.»

Abandonemos la Europa con Schouw, quien nos hará ver que cada país tiene una planta base de su existencia.

«Bajo el hermoso cielo de las islas del Océano Pacífico—dice—entre los trópicos, el árbol del pan (*Artocarpus incisa*) constituye el alimento principal de los habitantes de la Oceanía.

Dicho árbol produce un gran número de frutos farináceos, que cocidos saben lo mismo exactamente que el pan de trigo candéal. Tres árboles bastan para alimento de un hombre durante ocho meses, porque sus frutos se renuevan sin cesar. Para nutrirse en los cuatro meses que no da fruto, los pobladores de aquella región conservan los recogidos antes, debajo de tierra, en donde experimentan una especie de fermentación. La vida, dice Cook, es fácil en estas afortunadas islas: diez árboles son suficientes para una familia, sirviendo la madera para la construcción de canoas y la corteza para tejer vestidos. El cocotero desempeña igualmente un gran papel en las islas formadas por corales. El tronco proporciona la madera; el fruto, de sabor de almendra, aceite y leche; la cubierta leñosa sirve de vaso; los filamentos que la rodean pueden trenzarse; las hojas son útiles para cubrir las cabañas; la yema terminal se come y el tronco da el vino de palma.

El lino de Nueva-Zelanda (*Phormium tenax*) es la planta característica de este archipiélago; sus largas hojas proporcionan una fibra resistente, á la cual dan los habitantes diversas aplicaciones. El maíz, originario de América, se cultivaba principalmente en el Perú; maduraba á grandes alturas, hasta cerca del templo del sol, construído sobre una isla del lago de Titicacu á 3.915 metros de altitud. Sus granos eran considerados como preciosísimo tesoro. También debemos á América la patata, que servía de alimento á las tribus aborígenes.

Antes de la llegada de los europeos cultivábase el *Agave potatorum* en las mesetas de Méjico, planta que tarda de ocho á diez años en florecer. En el momento en que va á desarrollarse el brote, lo cortan y recogen tres veces al día un jugo que se deja fermentar, obteniéndose la bebida denominada *pulque*, que prefieren los mejicanos al vino más excelente. Los campos de *agaves* no suelen ser productivos hasta los quince años. Las fibras de otra especie—*Agave americana*—se emplean en la fabricación de telas.

Más arriba de la zona en que vive el *agave*, á mayor altura que las zonas de la cebada y centeno, se alimentan los mejicanos con las semillas feculentas del *Chenopodium quinea*, con las cuales hacen caldo y *chocolate de monte*.

La existencia de algunos pueblos salvajes está íntimamente unida con plantas tan incultas como aquellos. Durante la estación lluviosa se inundan las regiones inferiores del Orinoco, habitadas por los guaraunos, en cuya época viven sobre los árboles como los monos. Varias especies de palmeras del género *Mauritia* bastan para satisfacer todas sus necesidades. Con los peciolo de las hojas construyen hamacas que suspenden de dos árboles; comen los frutos, preparan un vino con la savia y una especie de pan con la médula, que es feculenta y análoga al sagú.

Dirijamos nuestras miradas al Africa. Su parte septentrional nos presenta una ancha zona desprovista de plantas, salvo la palmera datilífera, que se da perfectamente. En el Mediodía de la península arábica, el café es el arbusto característico del país.

Para los chinos la planta característica es el thé. Los pueblos que ocupan la Europa y el Asia occidental pertenecen á la raza indocaucásica; el trigo, la cebada y la avena son la base de su alimentación; toda la agricultura de esas extensas comarcas descansa en dichas tres gramíneas. El olivo es el emblema de la Europa mediterránea: proporciona á la vez la materia grasa sin la cual es insuficiente toda alimentación, y un líquido combustible para el alumbrado. La vid es propia también de esta zona privilegiada. El lapón, de raza mongola, no tiene planta alguna característica, á no consi-

derar como tal el liquen (*Cenomyce rangiferina*), que sirve de nutrición á los renos durante el invierno.

Acabamos de trazar un bosquejo de la distribución originaria de las plantas características; pero el europeo ha modificado profundamente este orden inicial; se ha apropiado todas las plantas capaces de naturalizarse, y de las que no trae el comercio sus productos.

Procura contribuir poderosamente á la difusión de las especies útiles, importándolas á donde quiera hallan sus condiciones de existencia. El europeo del Norte, particularmente, ha necesitado adquirirlo todo. Coles, zanahorias, rábanos y espárragos eran los únicos vegetales alimenticios de su país, y todavía ha tenido que perfeccionarlos por el cultivo para aumentar su volumen y hacerlos comestibles. Esto prueba la superior inteligencia y energía moral de aquellos moradores; han hecho lo que á toda hora se ve en el mundo: la persona inteligente, hija de padres pobres, elevarse á fuerza de trabajo y sobrepujar al rico heredero que le llevaba una considerable ventaja.»

Respecto al cambio que se advierte en la vegetación al subir una montaña, Aimé Massot ha hecho observaciones muy curiosas. Con la altura, aumenta la humedad, se hacen más frecuentes las nieblas; desciende la temperatura, rápidamente en el verano, con mayor lentitud en el invierno, siendo la disminución, por término medio, de un grado por cada 180 metros de elevación en sentido vertical. Igual efecto produce subir 180 metros que avanzar horizontalmente hacia el Norte 220 kilómetros. Al pie del Canigon, por ejemplo, madura el naranjo dentro de jardines cercados; después encuentra el viajero olivares, maíz, encinas y viñedos, célebres por los vinos que producen; á 420 metros de altura falta el olivo; á los 550 cesa la vid; á los 800 el castaño; á 1.320 metros aparecen los primeros rododendrons. Los últimos campos de cebada y patatas que cultiva el laborioso catalán allí donde puede obtener cosecha, no pasan de los 1.640 metros, altura á la que si los pinos, el haya y el abedul dan sombra al suelo, su tamaño se reduce poco á poco por la acción combinada del frío, el viento y el peso de la nieve. El pinabete des-

aparece á los 1.950 metros, el abedul á los 2.000 y el pino alcanza hasta los 2.430.

Después se hallan pequeñas plantas alpinas ó polares desconocidas en las regiones templadas. El rododendron no pasa de los 2.540 metros. Solamente el enebro, achaparrado y tendido por el suelo, llega hasta la cúspide, á 2.785 metros, en donde las plantas dormitan durante nueve meses cubiertas por la nieve, y en los tres restantes crecen, se cubren de flores y fructifican.

Preséntase un problema de alta importancia científica: ¿Cómo se ha producido la vegetación actual? En su origen, ¿estuvo cada especie representada por un solo individuo, que fué multiplicándose, ó por varios? ¿Existieron verdaderos centros de creación? Al aparecer las plantas, ¿tenía la misma disposición que ahora la costra sólida del globo?

Linneo supuso que en un principio aparecieron todos los vegetales sobre una alta montaña situada en el ecuador, de donde fueron extendiéndose merced á medios desconocidos; hipótesis poco verosímil porque si es fácil comprender que dichas plantas se extendiesen por los países templados, no puede explicarse cómo llegaron á las regiones frías.

Buffon supone que el centro general de creación estuvo en las regiones polares. No deja de ser extraño que se atribuya el origen de los vegetales á sitios en que son muy escasos y rudimentarios, cuando no faltan por completo.

Cuestiones son estas que se hallan todavía envueltas en densa oscuridad, si bien, justo es decirlo, los Unger, Brogniart, Schimper, Braun, Lindley y otros sabios empiezan á arrojar alguna luz con sus trabajos relativos á la paleontología vegetal. Resumiremos con Martins lo más notable de cuanto hasta el día se conoce en este asunto.

Al pronunciar el Creador su poderoso *Fiat* comenzaron las vibraciones del éter, que prosiguen perpetuamente porque la vida es movimiento. Desprendióse de la masa etérea total una porción que, incandescente, comenzó á girar con rapidez suma alrededor del sol y sobre sí misma, produciéndose un aplanamiento hacia los polos que la dió la forma elipsoidal que conserva. Entonces ningún sér orgánico había en ella.

Mas transcurre tiempo, mucho tiempo, y radiando continuamente calor en el espacio, fué enfriándose la masa, condensándose los vapores y formándose los mares, en donde aparecen los primeros seres orgánicos (¿los *bathybios*?) y las sencillas algas. Surgieron islas y archipiélagos en los que se desarrollaron grandes criptógamas arbóreas. En el período siguiente se muestra una vegetación exuberante; extensos bosques, formados principalmente por *Sphagnum*, se convierten en hulla, ora en el mismo lugar, ora, después de arrastres, en la embocadura de los ríos caudalosos. Al período hullero sigue el cretáceo y empiezan á aparecer los géneros de la flora actual en combinación con las formas primitivas, géneros cuyo número aumenta en la época terciaria.

Tan pronto como surgía del fondo de los mares una isla, iniciábase el proceso de descomposición que incesantemente continúa efectuándose: primero, diminutos líquenes que con sus raicillas disgregaban la roca; en la capa de tierra así producida desarrollábanse los musgos; más tarde algunas fanerógamas herbáceas, anuales y vivaces; á seguida los arbustos, y, por último, los árboles. Así se cubren de plantas las que en un principio fueron descarnadas rocas, arrecifes de coral ó muros de viejos torreones, transformación que exige el transcurso de muchos siglos.

Gran enseñanza suministra el atento estudio de los aluviones que el Mississipí ha acumulado en su embocadura; aquellos aluviones de 200 metros de espesor envuelven capas distintas de vegetales que viven en la actualidad. Encuéntrase primero un lecho de gramíneas y plantas herbáceas, que denotan la antigua existencia de praderas, análogas á las que aún se extienden á orillas de los grandes lagos americanos y del golfo de Méjico. Encima se acumulan los cipreses separados por capas de arena; después encuéntranse robles, cuyos anillos leñosos ha sido posible contar. Como hay diez capas superpuestas de robles, sumando la edad de todas resulta para el tiempo que media entre las primitivas praderas del Mississipí y la época presente, la respetable cifra de 1.580 siglos.

Hay motivos sobrados para creer que los accidentes geoló-

gicos han alterado mucho la disposición de las distintas partes del globo. Examinando la flora de Inglaterra se encuentran indicios de que ha siglos debió de estar unida al continente. Alfonso de Candolle cita numerosos ejemplos de especies cuya extraña distribución no es dable explicar por ninguna circunstancia geológica ó meteorológica. Elegiremos uno: el elegantísimo arbusto denominado ojaranzo (*Rhododendron ponticum*, L.) es originario del litoral del Mar Negro y de las cercanías del monte Olimpo. Deconocido en todo el archipiélago griego, en Italia, Sicilia, la Morea, Baleares y Argelia, forma una colonia en las cañadas de las sierras de Algeciras y Tarifa, y en los Algarves de Portugal. Tanto éste como los demás ejemplos que aduce de Candolle son suficientes para hacer meditar á los naturalistas.

Las plantas ¿tienen uno ó más centros de creación? Cada especie ¿ha aparecido primero en un sitio único propagándose después á las demás regiones en que se la encuentra ahora, ó han sido múltiples los centros de creación? Discutiendo estas preguntas, todavía no contestadas categóricamente, dice Martins: «Tan sólo tres especies (1) hay que no se hayan observado hasta el día más que en Irlanda y los Estados Unidos; un gran número existen únicamente en Asia y África ó en América y Asia. Otras habitan las zonas templadas de ambos hemisferios, hallándose separadas por el inmenso intervalo de las zonas tropicales é intertropicales del globo. De éstas cítanse algunas, que, en el hemisferio Norte, sólo se han encontrado en la Laponia, y, en el hemisferio Sur, en Nueva Zelanda; otras no se ven más que en los Estados Unidos y costas del Mediterráneo, por una parte, y en la Patagonia, por la otra. Como son plantas de los países fríos ó templados, no podrían vivir en el ecuador; su propagación sucesiva es, pues, absolutamente imposible, y el transporte de las semillas de un extremo á otro del mundo lo es también, porque no hay corriente aérea ni de agua capaz de hacerlas andar ese inmenso trayecto.

(1) *Eriocaulum septangulare*, *Sisyrinchium oniceps* y *Spiranthes cernua*.

Los mismos hechos se producen si se consideran dos puntos muy distantes entre sí en dirección de E. á O. No es posible explicarlos razonablemente con auxilio de las conexiones geológicas que se adviertan entre comarcas separadas hoy por mares dilatados. Con efecto, en la época de la dispersión de las especies, cuando la constitución del globo era distinta, también lo eran los climas, porque son consecuencia inmediata de esta constitución. Ahora bien: en las extremidades polares de ambos hemisferios se encuentran plantas á las que el calor más moderado ocasiona la muerte repentina; luego en la época de su aparición era el clima tan frío como lo es hoy; la distribución de las tierras y mares y el relieve del suelo, causas determinantes del clima, no se diferenciaban de su estado actual, de donde resulta inadmisibile la hipótesis de una antigua conexión entre grandes continentes separados hoy por la inmensidad de los mares. Edward Forbes considera que en la época glacial se dispersaron las plantas alpinas, opinión que si es sostenible para un hemisferio considerado aisladamente, no lo es cuando se trata de explicar el transporte de las especies polares al través del ecuador, que parece haber tenido siempre la misma elevada temperatura que en la actualidad. Del estudio de los animales y plantas fósiles resulta asimismo que durante los períodos geológicos los climas eran mucho más uniformes que hoy. Por consiguiente, si las citadas conexiones pueden explicar la presencia de plantas en puntos relativamente cercanos, creo que su existencia en la extremidad de ambos hemisferios terrestres no se debe á otra causa que á la multiplicidad de los centros de creacion.»

*
* *

Siendo nuestro propósito el de hacer no más que algunas indicaciones generales respecto á las plantas, consideradas desde el punto de vista de su distribución geográfica, prescindiremos de seguir el orden que demandan las zonas de vegetación establecidas, que suelen ser tres principales; la *zona polar*, constituída en cada hemisferio por un casquete que tiene

por centro el polo y por base el círculo polar, y abarca las regiones polares que se extienden entre los 60 y 80 grados de latitud Norte; la *zona templada*, comprendida entre los trópicos y el círculo polar, que ofrece gran variedad de climas y especies vegetales; y la *zona tórrida*, comprendida entre los 24 grados de latitud Norte y Sur, donde la vegetación se muestra con extraordinaria esplendidez, pues el calor, la luz y la humedad se acuerdan de tal suerte y con tanta armonía, que las plantas crecen rápidamente y alcanzan gigantescas dimensiones. Prescindiendo, como hemos dicho, de las mencionadas zonas, examinaremos á la ligera las cinco partes del mundo.

EUROPA

Atendiendo á la preponderancia de ciertos tipos, puede dividirse la flora europea en tres regiones: la de los musgos y saxifragas, que comprende la porción más extrema del Norte y los altos Alpes; la de las umbelíferas y crucíferas, correspondientes á la zona templada-fría, y, por último, la de las labiadas y cariofileas, es decir, la de la zona templada-caliente. Tres son también las grandes regiones que pueden distinguirse en Europa, si se atiende á la coexistencia de todas las formas vegetales, á saber:

- 1.^a La septentrional;
- 2.^a La media, y
- 3.^a La meridional ó mediterránea.

Región septentrional.—Comprende esta región la Islandia, Laponia y provincias septentrionales de Rusia, Suecia y Noruega. En estas comarcas predominan las criptógamas, y los árboles pertenecen en su mayoría á las coníferas y amentáceas. El roble y el nogal tienen su límite á los 60 grados de latitud, el fresno á los 61°, el tilo á los 63°, las coníferas á los 67° y la avena se cultiva hasta los 70° de latitud Norte. El archipiélago más avanzado hacia el polo es el de Spitzberg,

que está entre los paralelos de $76^{\circ},30$ y $80^{\circ},50$, y en el cual se descubren las últimas manifestaciones de seres orgánicos; más allá reina la muerte en los campos, eternamente cubiertos de hielo, pudiendo asegurarse que aquellas tres islas constituyen el límite extremo de la flora y fauna europeas. El Spitzberg tiene un clima sumamente frío, como se infiere de sus temperaturas medias mensuales, que, para que se aprecien en su justo valor, ponemos frente á las de Madrid (1) en el cuadro que sigue:

	Spitzberg	Madrid
Enero.....	— $18^{\circ},2$	$4^{\circ},6$
Febrero.....	— $17,1$	$6,6$
Marzo.....	— $15,6$	$8,8$
Abril.....	— $9,9$	$12,7$
Mayo.....	— $5,3$	$16,6$
Junio.....	— $0,3$	$21,1$
Julio.....	+ $2,8$	$25,3$
Agosto.....	+ $1,4$	$25,1$
Setiembre.....	— $2,5$	$19,6$
Octubre.....	— $8,5$	$13,2$
Noviembre.....	— $14,5$	$8,1$
Diciembre.....	— $15,0$	$4,5$
Media anual.....	— $8^{\circ},6$	$13,8$

Los días no alternan con las noches tan uniformemente como en nuestras latitudes. Durante cuatro meses del año permanece el sol sobre el horizonte sin ocultarse un solo momento; á ese inmenso día sucede, después de algunas semanas, una noche igualmente inmensa; pero no es todo oscuridad, porque suelen prestarle su luz las auroras boreales. He aquí cómo las describe el sabio profesor de Montpellier, tantas veces citado: «Ya son simples luces difusas ó manchas

(1) Las hemos deducido de los datos insertos en los *Anuarios* del Observatorio Astronómico, correspondientes á los diez años de 1871 á 1880.

luminosas; ya rayos de brillante blancura que se estremecen y recorren todo el firmamento á partir del horizonte, cual si se deslizara invisible pincel por la bóveda celeste; alguna vez se detiene; los inconclusos rayos no llegan al cenit, pero la aurora se continúa en otro punto; los rayos parten como las varillas de un abanico, palidecen y se extinguen.

Otras veces flotan sobre la cabeza del espectador largos pabellones dorados, que se repliegan de mil caprichosas maneras y ondulan como si el viento los agitara. Al parecer, están poco elevados y sorprende no oír el crugido de los pliegues al frotarse unos con otros. Con frecuencia se dibuja hacia el Norte un arco luminoso; el segmento negro que le separa del horizonte contrasta por su color oscuro con el blanco ó rojo brillante del arco, que lanza rayos, se extiende, se divide y representa un abanico luminoso que ocupa el cielo boreal, y elevándose lentamente hacia el cenit, tornan á reunirse los rayos, formando una corona que, á su vez, lanza dardos luminosos en todos sentidos. Entonces se asemeja el cielo á una cúpula de fuego; el azul, el verde, el rojo, el amarillo y el blanco aparecen en los palpitantes rayos de la aurora. Pero este hermoso espectáculo dura breves instantes: la corona cesa de lanzar dardos luminosos y se debilita poco á poco; una luz difusa llena el cielo; en distintos puntos aparecen manchas luminosas semejantes á ligeras nubes que se dilatan y contraen con increíble rapidez, cual un corazón que palpita. Pronto palidecen también; todo se confunde y borra; la aurora boreal termina. Las estrellas, oscurecidas por su luz, brillan con nueva intensidad, y la larga noche polar oscura y profunda reina otra vez como soberana sobre las heladas soledades del Océano y la tierra. Ante tal fenómeno, el poeta y el pintor se inclinan, declarándose impotentes; mas el sabio nunca desespera: después de haber admirado el espectáculo, lo estudia, analiza, compara y discute y logra demostrar que esas auroras son causadas por las radiaciones eléctricas de los polos de la tierra, inmenso imán cuyo polo boreal se halla al Norte de la América septentrional, y el austral, en el mar, al Sur de Australia, cerca de la tierra que descubrió James Ross.»

Algunas indicaciones bastarán para probar la naturaleza electro-magnética de la aurora boreal. En el Spitzberg una aguja imantada, suspendida horizontalmente de una seda sin torcer, se dirige hacia el Oeste: tan pronto como empieza la aurora, advierte el observador que en vez de permanecer aquélla sensiblemente inmóvil, parece presa de insólita inquietud y oscila rápida de izquierda á derecha y de derecha á izquierda. A medida que se abrillanta la aurora, aumenta la agitación de la aguja, y sin salir del observatorio se puede apreciar la intensidad de la aurora boreal por la amplitud de las oscilaciones de la aguja. Por último, al formarse la corona boreal, su centro se halla precisamente en la prolongación de otra aguja magnética, suspendida libremente de un estilete y orientada en sentido del meridiano magnético: no está horizontal, inclinándose algo hacia el polo magnético, y se llama *aguja de inclinación*. En consecuencia, las auroras boreales están íntimamente unidas con los fenómenos magnéticos del globo.

Como se desprende de las condiciones climatológicas de Spitzberg, su flora es muy escasa: no se han descubierto en él más que 152 criptógamas—musgos y líquenes principalmente—y 93 fanerógamas, entre las cuales no hay un solo árbol y únicamente un arbustillo, el *Empetrum nigrum*.

Martins, describiendo uno de sus viajes por Noruega, de Drontheim al cabo Norte, dice: «Me encaminé por el Norte hasta el cabo Ladehamer, poblado de abedules, y por el Este hasta la cascada de Leerfes, en donde las espumosas aguas del Nidelven se precipitan en medio de un oscuro bosque de pinabetes. Llegué á media noche. La aurora y el crepúsculo, que se confundían en el horizonte, proyectaban sobre el paisaje una luz dudosa: porque en esta época del año—junio—y á esta latitud el sol apenas se oculta bajo el horizonte, y la claridad que en dirección al Norte se ve en el cielo, anuncia que no tardará en reaparecer el astro para recorrer de nuevo una trayectoria, apenas interrumpida las breves horas que está detrás de las montañas próximas. Aunque en los campos y á orilla de los caminos encontré muchas plantas de Francia y habitando la misma estación, había otras que

caracterizan la flora de los países boreales de los Alpes ó de las inmediaciones del mar.»

Continuando su excursión llega á Hildringen á primeros de julio, y en Bodve, á los 67°, 16 de latitud, ve por primera vez los edificios cubiertos con turba sobre la cual se desarrolla abundante hierba. Las plantas que encontró en los prados, al nivel del mar, le demuestran que el clima de aquel país se parece bastante al de las más altas regiones alpinas. En Hammerfest desaparece todo cultivo, la actividad del hombre se dirige al comercio, y tan sólo se cultivan algunas legumbres.

«Cerca de la población—dice Martins—encontré hermosos prados que se siegan una vez al año y multitud de renos semi-salvajes que viven libremente en la isla. Se equivocaría quien creyese que Hammerfest tiene aspecto triste y sombrío. La calle principal está formada con preciosas casas de madera, nuevas y muy limpias: son las habitaciones de los ricos. Las de los pobres, de menos altura y más viejas, presentan aspecto agradable á causa del florido césped que las cubre. El techo lo constituyen cepellones de tierra en los que germinan y se desarrollan vigorosamente gran número de plantas. Al ver aquellos jardines aéreos fué cuando comprendí bien por primera vez la indicación de localidad *in tectis* que se encuentra á menudo en los escritos de Linneo. Efectivamente, en Hammerfest hay que herborizar en los techos, y con frecuencia he pedido una escalera al dueño de la casa en que habitaba para encaramarme á coger las plantas que vegetaban alrededor de la chimenea. Pueden citarse entre las más abundantes: la *cochlearia ánglica*, el *lychnis sylvestris* y el *chrysanthemum* inodoro. Por el otoño, cuando las flores amarillas de la última de estas tres especies se destacan sobre el verde césped, rivalizan las praderas en hermosura con las de nuestros climas y dan á la población un aspecto risueño que contrasta con la severidad de la naturaleza que la rodea. El ranúnculo glacial, el arabis de los Alpes, la saxifraga de las nieves, la diaponsia de Laponia, los sanas enanos, etc., crecen en las cercanías.»

Habiendo anclado como término de su viaje en la bahía de

Horving, al Este del cabo Norte, concluye: ¡Cuán agradablemente me sorprendió al bajar á tierra el hallarme en medio de la más hermosa pradera subalpina que es posible ver! La hierba, alta y espesa, me llegaba á las rodillas, y encontré en la extremidad de Europa las plantas que tan á menudo había admirado en los Alpes suizos: eran las mismas, más grandes, lozanas y vigorosas que en sus montañas. A la derecha erguíase la masa imponente del cabo Norte, negra, escarpada, inaccesible. Al frente una rápida pendiente, cubierta de verdura, permitía subir á la cúspide, costeando la base del promontorio. Me apresuré á recoger todas las plantas que se presentaron á mi vista; figurábaseme que ofrecían particular interés, pues eran, por decirlo así, las más robustas y atrevidas de sus hermanas europeas. Me complacía encontrar entre ellas plantas de los alrededores de París; creíalas fuera de su patria, como yo, sobre aquella roca azotada por el oleaje. Sentía tentación de preguntarlas por qué habían abandonado las cercanías de los campos cultivados y la tranquila sombra del bosque de Meudon, para vivir tristemente entre extranjeras, pues allí dominaban las plantas alpinas. Al final de la pendiente se encontraba una meseta desnuda con abundantes charcos de agua. A lo lejos, hasta perderse de vista, se descubren llanos sucesivos, grandes ondulaciones de terrenos uniformes, poco quebrados, que separan lagos ú hondonadas pantanosas: todo está frío, inmóvil, triste. Mientras se hallaba tranquila la hermosa pradera que he descrito, impetuoso viento Norte barría la meseta del Cabo y nos dificultaba la marcha. Esto no obstante, avanzamos hasta llegar á la extremidad. Nunca olvidaré la sombría grandeza del espectáculo que se presentó ante mis ojos. Delante de mí extendíase el Océano glacial, cuyos límites tocan al polo, agitándose bajo espesa capa de nubes que parecían pesar sobre él; á la izquierda, una punta de tierra, larga y baja rodeada de espuma; á la derecha algunos islotes innominados.

Inclinándome al borde del precipicio que termina el Cabo, contemplé cómo se estrellaba el mar en la base del escarpe á una profundidad de mil pies debajo de mí. Vistas desde esta altura, las olas que llegaban en línea recta de Groenlandia,

del Spitzberg ó de Nueva-Zembla, parecía que al estrellarse no formaban más que un fino bordado de espuma, cual las ondas de pequeño lago impelidas suavemente hacia la orilla por un ligero soplo del viento.

El pico más elevado del Cabo Norte está, según mis observaciones, á 308 metros de altitud; sobre un pedrusco que hay en él graban su nombre los viajeros. Allí he leído con respeto el de Parrot, célebre por sus excursiones en los Alpes, el Ararat y el Cáucaso. Hasta en dicha roca se muestra la vegetación: pequeñas placas circulares de parmelias y umbilicarias negras como la roca, hallábanse adheridas á ella, y un musgo microscópico (*Orthotrichum Floerkianum*) se ocultaba entre las hendiduras. Sobre la meseta había también algunas plantas, miserables, destrozadas por los vientos, tendidas en el suelo buscando un abrigo tras los pliegues del terreno que las protegiera de las continuas ráfagas que barren el Cabo Norte.»

Región media.—En esta región de Europa el clima es más templado, y en los montes dominan los robles, hayas, carpes, alisos, abedules, etc., siendo las más características las numerosas especies del género *Quercus*. Comprende las provincias meridionales del Imperio ruso, Alemania, Suiza, Holanda, Bélgica, Tirol, Gran Bretaña, la mayor parte de Francia y la Italia alta. Una línea que pasa por entre los paralelos 47 y 48 divide esa región en dos zonas: la *septentrional*, en la que la vid y la morera no resisten los fríos del invierno y cuyos montes se hallan constituídos por coníferas principalmente; y la *meridional*, que caracteriza el cultivo de la vid, la morera y el maíz. Las rosáceas y crucíferas son en menor número y aumentan, por el contrario, las labiadas.

Desde muy antiguo excita la curiosidad de los naturalistas, un monte, el más elevado de todos los de Europa, el Mont-Blanc; Santiago Balmat fué el primer hombre cuyas pisadas se imprimieron en la nieve aún virgen de la cúspide de aquél, perdiendo la vida el año de 1834 en los glaciares que dominan el valle de Sixt. Horacio de Saussure fué á su vez el primero que en 1787 subió al expresado monte con objeto de efectuar sabios experimentos. Natural de Ginebra, se avivó

su deseo de intentar la difícil ascensión al contemplar el gigante que á toda hora veía desde su casa, próxima al lago Lemán. Sus observaciones barométricas le sirvieron para, mediante la fórmula de Duluc modificada por Schukburgh, calcular la altura del Mont-Blanc, que resultó ser de 4.824 metros sobre el nivel del mar, valor que sólo excede en 14 metros al obtenido empleando instrumentos más precisos y las fórmulas más perfeccionadas de Laplace y Bessel. Aun cuando de Saussure no logró, según él mismo declara, todo lo que se propusiera al proyectar la ascensión, es muy digna de perdurable memoria, tanto por los datos que recogió, como por haber trazado el programa de las experiencias que debían practicarse, observaciones que convenía hacer y problemas á que era preciso encontrar solución.

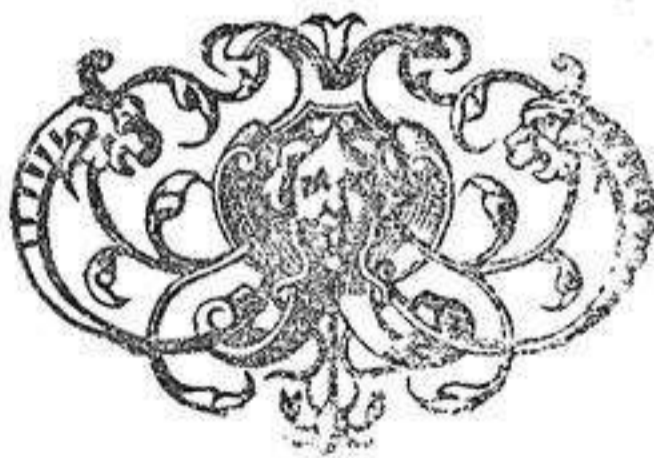
Aunque en los cincuenta y siete años siguientes sé hicieron algunas ascensiones—27—ninguna puede llamarse propiamente científica, porque el principal móvil había sido el de visitar aquel mundo de nieve y contemplar uno de los espectáculos más grandiosos que en nuestro planeta existen. En julio de 1844, Bravais, Martins y Lepileur emprendieron, provistos de multitud de instrumentos de física y meteorología, una nueva ascensión al Mont-Blanc. Después de atravesar diferentes glaciares, llegaron á la roca denominada *Grands-Mulets*, cuya base está á 3.050 metros de altitud y la cima á 3.470. En las porciones descompuestas por los agentes atmosféricos viven preciosas plantas alpinas, que recorren en algunas semanas todas las fases de su vegetación, calentadas por el sol que se refleja en la roca y humedecidas por la nieve.

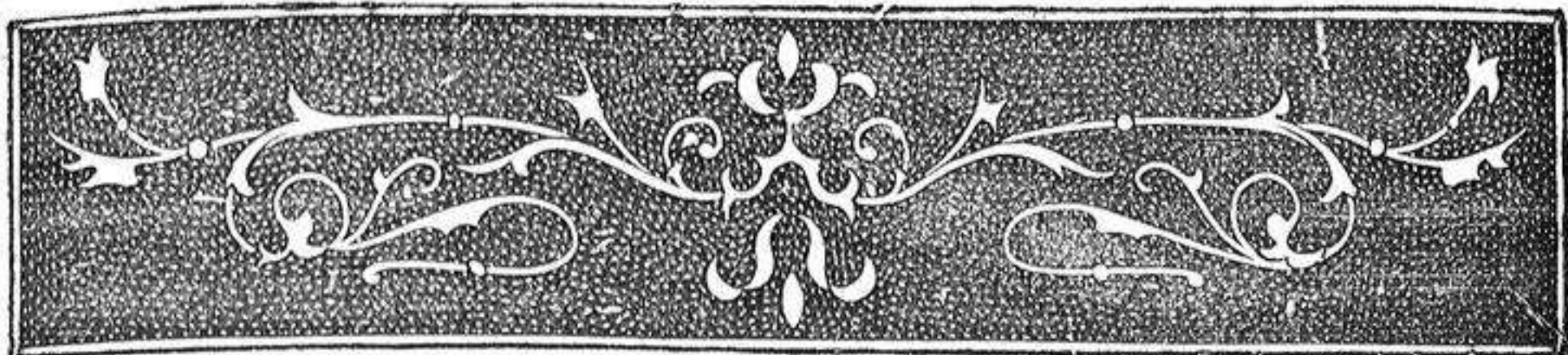
En los *Grands-Mulets* hay 26 especies de musgos, 2 hepáticas y 30 líquenes, entre las criptógamas, y 24 fanerógamas, es decir, con flores visibles. Son, pues, 82 las plantas que crecen en aquellos peñascos aislados, en medio de un mar de hielo y desprovistos, al parecer, de toda vegetación. ¿Quién lo creería? Esas plantas sirven de alimento á un roedor, el *Arvicola nivalis*, Mart., animalillo muy parecido al ratón, que se encuentra también en los altos Alpes, sobre el Finsteraarhorn á 3.900 metros de altitud. El barómetro acusaba, se-

gún Martins, una presión de 529,69 milímetros, y el agua entró en ebullición á la temperatura de $90^{\circ},17$. Ocupáronse también los expedicionarios en medir las variaciones que con la altura experimenta la intensidad magnética, medidas que servirán en su día para conocer las misteriosas leyes de las corrientes que circulan alrededor del mundo. Continuando la penosa ascensión, llegaron por fin á la cima del coloso, y en dicho punto permanecieron cinco horas. El barómetro marcó, por término medio, 424,27 milímetros; la temperatura era de $11^{\circ},8$ bajo cero; el psicrómetro, que sirve, como es sabido, para determinar la humedad atmosférica, indicó que el aire de aquel sitio estaba seco, pues sólo contenía 57 centésimas del vapor de agua necesario para saturarle á aquella baja temperatura. Delcros, fundándose en las observaciones barométricas hechas por Martins, calculó que el Mont-Blanc tiene 4.810 metros de altura sobre el nivel del mar Mediterráneo.

RAFAEL ALVAREZ SEREIX.

(Se continuará.)





ESCARAMUZAS

CONTINUACIÓN (I)



ERO bajo la apariencia fría de aquella muchacha, se ocultaba un temperamento todo fuego, todo pasión, y como la instrucción subjetiva que había recibido alimentara los vuelos de su imaginación en esferas puramente ideales, adquirieron éstos, por su mismo alejamiento de las cosas de la tierra, alcance peligroso. El día que sintió amor por un hombre, que fué el mismo en que conoció y habló á Manolo Castro en una comida, creyó haber encontrado la encarnación de todos sus ideales, el hombre exprofeso criado por Dios para ser el único objeto de su cariño y el compañero de su vida.

María estaba virgen de todo juego de coquetería, no por la austeridad en que había sido criada, porque sabemos que esto no es bastante para impedir el espontáneo desarrollo de las travesuras de una muchacha, sino por su natural severo y soñador á la vez. Si en alguna ocasión el uso de una imagen poética está disculpado, es al comparar la fragante rosa que abre su capullo bien formado, rico de savia y de perfume,

(I) Véase la pág. 217 de este tomo.

con la expansión del sentimiento de la felicidad en el corazón de María.

Manolo era muy guapo y estaba por entonces empleado en el Ministerio de Estado.

María no era hermosa; pero la distinción de su persona era tan marcada, su elegancia de tan buena ley y tenía tanto entendimiento y tanta gracia, que no era extraño causase amor.

Manolo se mostró enamorado desde el primer momento, y no cabe inteligencia más perfecta que la que se estableció entre ellos; parecían efectivamente nacidos el uno para el otro. Tardaron en escribirse y casi nunca se hablaban; sin embargo, él sabía la iglesia en que ella había de oír misa al día siguiente, si el paseo sería á pie ó en coche y si habría alguna salida extraordinaria á tiendas ó á visitas.

Estos amores no vivieron sin oposición. Por muy dominado que el Conde de Casal estuviese por el cariño su hija; por más que de antiguo se hubiese formado á una suave dependencia que le librara del molestísimo trabajo de pensar, había, sin embargo, un punto en el cual se atrincheraban todos los restos de iniciativa y los conatos de independencia: sus blasones de familia. Hacer comprender á este señor que los casamientos eran otra cosa que alianzas de conveniencia entre dos casas, era pensar en lo excusado, y aunque la casa de los Sres. de Castro era de las buenas de Galicia, no era uno de sus individuos el marido que había soñado para su hija, el linajudo Conde, al cual tal vez daban sus millones tanto aplomo como sus abuelos.

Como quiera que sea, se pasaron meses y aun años sin querer oír hablar del pretendiente; pero al fin cedió á la inquebrantable firmeza de la hija, que no le permitía otra esperanza de dejarla establecida antes de terminar su ya larga vida.

Cedió, pues, sin rencores, aunque no sin pesares, el buen señor; preparó bien los asuntos en favor de la hija predilecta y le prometió no separarse de ella. Con efecto, la siguió á Italia, á cuya Embajada fué Manolo de agregado, y pudo morir tranquilo en la Ciudad Eterna estrechando la mano de su hija y en la seguridad que aquella mano le cerraría los ojos.

María se portó como quien era: buena, piadosa y fuerte, y cuando después de haber cumplido todos los deberes y de haber satisfecho todas las excentricidades, donativos y penitencias á que su idealismo le inclinaba, tuvo por necesidad que tranquilizarse, se horrorizó al ver el hueco que había quedado en su vida.

No nos pararemos á hacer aquí la historia de las desilusiones de María; esa historia es fácil de reconstruir.

Manolo no era malo; pero era un muchacho hecho de la arcilla común. Inclinado á todo placer legal, bien avenido con sus semejantes, bien hallado en la tierra sin ninguna gana de remontarse con la fantasía á otras regiones, se había casado con María, tratándola muy poco, y en lo que menos había pensado era en la necesidad ó la conveniencia de estudiar su carácter. Sabía que era muy buena, que era muy rica y que le gustaba. ¿Qué necesidad había de meterse en otras averiguaciones? Así, él se casó con ella teniéndola por una mujer común y corriente, y ella considerándole, porque sí, como el resumen y compendio de todo lo ideal y sublime en cuestión de sentimientos.

¿Sería el primer desengaño el día del primer bostezo? ¿O aquel en que le vió ir á una diversión en la que ella no tomaba parte? ¿Quién sabe? Y ¿quién sabe lo que entre ellos pasaría para venir tan pronto á parar en aquel desabrimiento de vida en que los dos se hacían tanto daño?

Esa llaneza brusca de la vida de familia que es de tan buen tono en la alta sociedad, degenera, no en descortesía, sino en grosería en el momento en que hay el más ligero choque de caracteres. En estos casos sale la mujer herida porque no lucha con armas iguales y, ó esgrime tarde ó temprano las suyas, que es lo más general, ó se guarece en el propio fondo de sus ideales, tratando de buscar fuerzas para la lucha, en la religión que santifica el sacrificio.

Manolo, tan oportuno, tan excepcionalmente agradable con todo el mundo, era descortés y brusco con su mujer á todos los momentos del día.

María, por impulso de su carácter seco y por orgullo, estaba tan dura con su marido como él con ella, y más desde-

ñosa. Pero decidida á soportar con energía su desgracia, no dejaba traslucir ninguno de sus pensamientos, salía siempre con él ó sola en su carruaje, y se hizo más indiferente para la sociedad y más árida que antes.

A su casa no iba nadie; ella huía de las diversiones que gustaban á su marido, y éste se negaba por completo á participar de los goces artísticos que agradaban á su mujer.

¡La estancia en Italia pudo dejar bien poco gratos recuerdos en la memoria de los recién casados!

Así se explica que un día, y después de recibir una carta muy cariñosa de su suegra, á quien había conocido en la época de su casamiento y que le había gustado, propusiese María á su marido que dejara la Embajada, que no halagaba en ellos ninguna ambición, y que se fuesen á vivir á Marineda, estableciéndose, bien entendido, en casa propia; pero provisionalmente hasta ver si le agradaba aquéllo, para en caso que así no fuese, volver definitivamente á Madrid.

Manolo acogió la idea con entusiasmo porque se aburría mucho en aquella vida que tenía para él todos los inconvenientes de la falta de libertad sin las ventajas de la familia.

María había pensado muchas veces en dar aquel paso, y obedecía esta inclinación á la idea que se había formado de la vida de provincia.

Veíase en su imaginación instalada en un pueblo ignorante é ignorado, rodeada de personas sencillas, buenas, de costumbres patriarcales, inclinadas á la verdad, gentes en suma que no le causarían la aversión que le inspiraba la frívola y falsa sociedad en que siempre creía haber vivido, y que tal vez serían buenas para ella, la querrían, ó por lo menos la dejarían en paz. Añádase á esto una esperanza secreta y casi no confesada de que el cambio de clima trajese también á su naturaleza un cambio que modificando su vida y su sér, le hiciese mirar sin aversión la vida, y sin envidia la muerte; ¡que la hiciese madre, en fin!

María está en Marineda hace más de un año. Se encontró que el pueblo no era ignorante ni ignorado. Se encontró en medio de una sociedad, que era la de su suegra necesariamente, calcada sobre aquella sociedad de Madrid de que que-

ría huir, y se encontró con otra porción de desilusiones. Sin embargo, no pensaba moverse, porque algo había ganado en el cambio. En primer lugar, Manolo estaba de mucho mejor humor y la molestaba menos. Después, había encontrado una amiga, Luisa, á quien había tenido el tacto de distinguir entre el grupo de personas que más veía en Marineda.

Este sentimiento de la amistad era también nuevo en su corazón, y á él se entregó con toda la pasión de que se sentía tan rica. Esta vez no le esperaba decepción alguna. Luisa era recta y buena, y aceptó aquella confianza y aquel entusiasmo con el corazón abierto, y si no respondía con los mismos extremos de exclusivismo, se creía en cambio muy capaz de hacer á su amiga más bien del que ella misma pretendiera, y con efecto, desde el tiempo en que entre ellas se estableció aquella relación que indujo á María por primera vez á mostrar al descubierto su corazón lastimado, Luisa no dejó de pensar en los medios de remediar aquellos desarreglos, cuya causa principal ella veía en el desequilibrio de imaginación de su amiga. ¿Sería este desequilibrio defecto orgánico? Entonces no había que pensar en la cura. ¿Sería, al contrario, como esperaba, efecto de una educación falseada? Entonces todo se podía emprender.

Luisa observaba, pues, constantemente, y para ella ninguno de los detalles de la vida pasada de su amiga era insignificante. A veces veía en ella rasgos tan marcados de penetración y buen sentido, que se ponía contenta y esperaba hacer milagros; otras, las más, veía la idea fija absorbiendo todas las facultades y anulando todas las impresiones beneficiosas que á fuerza de industria lograba hacerle sentir.

—¿No te parece, María—dijo Luisa á su compañera tan pronto como se hallaron solas,—que sería bueno escribir á Manolo para que viniese? Él, que es tan amigo de bromas, se incomodará tal vez cuando sepa las que aquí hayan pasado sin que se le hiciese participar de ellas.

—¿Y quieres tú que sea yo quien se lo proponga? Era capaz de contestarme que conmigo ni á la gloria.

—No tal, no exageres; ¿qué te había de contestar semejante cosa? Yo creo que eso, al contrario, le halagaría.

—¡Pero como yo no quiero halagarle! Lo único que yo quiero es tranquilidad, y lo que es como tranquila, lo estoy aquí incomparablemente más sin él; hasta creo que voy á ponerme de buen humor.

Tú no sabes, Luisa, tú no puedes saber, porque nunca lo has visto, lo desagradable que es Manolo conmigo...

—Pues mira, tienes razón dijo Luisa cortando cuanto antes la conversación;—mejor es no decirle nada; si se enfada tiene dos trabajos. ¿Y qué te parece de mi ingeniero, no me dices nada?

—Me gusta, es muy simpático—respondió María,—y parece delicado. En las bromas de anoche, en que esas chiquillas se metieron demasiado á fondo, estuvo muy comedido y no se excedió en lo más mínimo.

—¿Y cómo querías tú que yo hubiese consentido esas bromas si no supiese á quién se daban? No puedes imaginarte nada más delicado, ni más atento, ni más lleno de recursos para agradar, que Lérída; ya sabes que es una de mis pasiones. Yo le trato con un cariño como si le hubiera conocido toda mi vida, y no me fijo en que casi no sé quién es. Tiene tanto talento, tanta instrucción, que cuando viene aquí y se está con nosotras dos ó tres días, yo no hago más que pensar lo feliz que sería si tuviese un hermano así ó un hijo; creo que es cuando únicamente se me ocurre sentir el no haberme casado. ¡Qué feliz sería la madre de semejante hijo! Él no ha conocido á la suya.

—¿Y tiene hermanos?

—No, sólo tiene padre, y según creo no debe llevarse muy bien con él; por lo menos se escriben poco, y me parece que el padre, que debe ser joven, tiene proyectos de volverse á casar ahora que el hijo está ya en carrera. Como estas son cosas delicadas, yo no hice sino escuchar sus insinuaciones un día, y no le pregunté nada; después no volvimos á hablar. ¡Adiós! ya están otra vez de broma—exclamó al oír el ruido de voces y risas que en la sala de las bordadoras se hacía.

—Yo no puedo estudiar, Luisa—dijo Alfredo entrando con un puñado de madejas de estambre y seguido de las muchachas,—ni tampoco puedo estar sin ellas; vengo á proponerles

que les ayudaré á bordar y no me quieren admitir; conque, á ver si pone V. orden en esto y nos da permiso para hacer diabluras, porque así no podemos vivir.

Mera formalidad fué la tal petición de permiso, porque sin oír la contestación de Luisa, desaparecieron los tres alborotadores camino de la aldea, donde buscaron no sin trabajo quien les vendiese algunos cuartillos de leche, y donde además husmearon la tienda de la buena Lorenza, y tan visibles se hicieron y tan oíbles, que de todo el *roeiro* salieron los chiquillos, y aun es fama que acudieron corriendo los del monte y los de la Babilonia, y regocijados al ver espectáculo tan nuevo, vinieron dándoles escolta hasta la misma puerta de casa. Allí siguieron las bromas unas sobre otras, terminando el día con un poche que dió lugar á episodios graciosísimos que no se relatan porque nos están llamando acontecimientos de más trascendencia, y porque, además, sería el cuento de nunca acabar. Bástenos decir que el tal poche se concluyó á las dos de la mañana.

CAPÍTULO XI

Que era la del 28 de mayo y se presentaba espléndida de luz y de pureza pocas horas después.

Refrescábanla brisas salinas, armonizábanla cantos de alegres pájaros, y la vestían de ricos y variados matices, flores que prometían frutas, brotes tiernos, hojas nuevas, setos nevados y esa riquísima alfombra verde que es del color de la esperanza, porque de ella espera dorado grano el paciente labrador, que es el ecónomo de la sociedad.

Esperanza y amor es el himno que cantan en primavera las flores, las hierbas y los pájaros, y también el corazón del hombre cuando late en contacto con la naturaleza.

Codiciosa de luz y de espacio, henchida de vagos deseos, rica de vida y animación, bajaba María á aquella sazón la cuesta que conduce á la playa de Bastiagueiro.

Era de suyo diligente, y acostumbraba siempre á levantarse temprano; pero en el campo madrugaba, y después de minucioso aseo, salía á impregnarse de aquel aire fresco y húmedo cargado de agrestes é indefinidos aromas, á hacer ejercicio y dar rienda suelta á la imaginación que se desbocaba por los espacios de Dios, mientras las pollas soñaban dormidas y las personas de juicio dormían sin soñar.

Digo, pues, que bajaba María á cosa de las ocho de la mañana del 28 de mayo la cuesta que conduce al arenal de Bastiagueiro. Si por aquellos lugares hubiese un punto de horizonte más ilimitado que el del Océano atlántico, á él hubiese ido nuestra heroína; pero no lo había; por eso iba allí, y también porque le gustaba mucho el cuadro que presentaba la tejera que en primer termino al llegar al arenal se encontraba. Impresionaba su vista aquella reunión de tonos térreos, sorprendente por la exclusión del verde en aquel país de follajes y praderas. Primeramente estaba la explanación hecha en la tierra arcillosa para la pequeña industria, y en ella extendidas muchas filas de teja sin cocer en alineados grupos ligeramente angulados unos con otros y que formaban caprichoso moaré, determinado por los diversos tonos de los grupos, desde el gris plomo al amantecado, según el sol había ido secando las más antiguas. A veces éstas se veían de pie apoyadas de dos en dos por la parte superior *enganchadas*, para que el aire acabase de secarlas. En otro sitio estaban apiladas ó estivadas en *camas* cubiertas con un tejadillo de teja cocida para garantizarlas de una lluvia intempestiva.

A la parte de la derecha, en esta explanación, tenía el maestro tejero su mesa, que era una especie de tablado sostenido por toscos pies á la altura de la cintura del hombre, más alta en la parte opuesta al cuerpo. En aquella mesa trabajaba incesantemente un hombre que ganaba su jornal, según el número de tejas que moldeaba, y los diestros llegaban á hacer hasta 3.800 por día. Un hombre, en una carretilla le traía el barro ya amasado. Espolvoreaba la mesa con tierra de monte, tomaba la cantidad precisa del barro de la carretilla, y colocándolo encima de la mesa, precisamente en el centro de un marquito de hierro que era el molde, extendía

la masa con un rollo de madera, como hubiera hecho un pastelero, y alisándola con la mano, la pieza quedaba formada dentro del molde que la contenía. Después, separando éste y los restos de barro suelto, depositaba la teja en una pieza de madera convexa, que un niño, el *tendedor*, le presentaba en el momento oportuno, yendo luego á colocarla cuidadosamente al lado de la anterior, fila por fila, y al tenderla en el suelo y retirar la teja de madera quedaba la de barro formada ya, y así se conservaba sin sufrir ninguna variación en su convexidad.

A la derecha del tejero y bastante desviado, estaba el hoyo donde un pobre caballo pisaba constantemente el barro que un chico mojaba con baldes de agua. Este barro ya amasado, *sobado*, era llevado, como hemos dicho, en una carretilla al maestro tejero, y en el último término de la derecha estaba la excavación de donde se extraía la tierra que servía para el caso.

Detrás del maestro se alzaba el horno, que era un rectángulo á manera de torrecilla de ladrillo, al cual se ponía fuego por una mina debajo de tierra.

No sé si eran una ó dos hornadas las que se hacían todas las semanas; pero sí sé que una vez lleno todo el hueco del horno con ladrillos ó tejas endurecidas al sol, y prendido fuego al combustible hacinado debajo, que era generalmente leña de tojo, tardaba el cocimiento en estar terminado veinticuatro horas, y esto se conocía cuando el *fuego salía por arriba*, es decir, cuando no teniendo ya el barro ninguna partícula de humedad, el vapor que de aquella masa se desprendía era rojo ó ígneo.

Aquello tardaba luego tres ó cuatro días en enfriarse y se dejaba estar; pues claro es que no podía tocarse hasta que estuviese frío. Entonces desocupaban el horno, y la *obra*, ya terminada y dispuesta para la venta, era colocada simétricamente en sólidos macizos detrás de la explotación, entre los montecillos de arena todavía trabados por la escasa y especial vegetación que se resiste á la falta de humus y de agua.

A la derecha del horno, y siguiendo la misma línea que hemos descrito al explicar el terreno de los trabajos, se alzaban

las chozas provisionales que servían de guarida al personal de la explotación y fabricación, que venían á figurar, poco más ó menos, como un reducido aduar de gitanos.

Una murallita de tres cuartas de altura formada de ladrillos rodeaba en desiguales curvas, protegiéndolo todo, el tendadero de teja tierna, y como tampoco los ladrillos de este pequeño recinto estaban cocidos, sino endurecidos por el calor del sol, aguardaban su turno de ir al horno, coronados de tejas protectoras.

La brillantez de las tejas alisadas del momento, la segura graduada de las otras, el recinto de los adobes, los macizos de ladrillo cocido destacándose entre las dunas, las toscas achaparradas construcciones, y detrás de todo eso, aquel arenal tan largo, tan ancho, tan llano, terminado por soberbio oleaje, y por fondo, á cuatro millas de distancia la ciudad de Marineda, formaba un cuadro por todo extremo original é interesante para la mirada del artista.

Pero más interesante, si cabe, era para el pensador que no observa indiferente la condición de sus semejantes.

El oficio era tristísimo; ni el ruido de herramientas contra el suelo, ni la vida que representan los animales en los campos, ni variedad en los trabajos ni en la posición siquiera del cuerpo del obrero, nada ofrecía interés ni distracción. El implacable trabajo á destajo del hombre, tenía ligado de la manera más inicua al niño que debía tender una teja mientras el maestro modelaba otra, y que por precisión había de presentar su molde convexo en el momento mismo en que la ligera operación estuviese terminada, y todo tan acompasadamente como si, no manos de hombre, sino máquinas, lo hiciesen.

Lejos de las ciudades y de la vida fabril, esto entristece, porque en los campos, la variedad del trabajo y el fondo de libertad de la vida, compensan al pobre de la miseria á que vive condenado.

Todas estas consideraciones se las había comunicado Luisa á su amiga, y ésta, para quien era una novedad el observar con conocimiento y sacar las deducciones que sugiere la atención, se complacía, como hemos dicho, en aquel cuadro,

y aun solía entrar en conversación con las mujeres que en las chozas aderezaban la comida, que todas la conocían porque habían alcanzado, más de una vez, para sus niños chicos, algunas de esas prendas de ropa hechas á la aguja, en que muchas señoras emplean sus ocios, costumbre que tenía desde soltera María, y que no les parecía sino una manera de ganar el cielo, á los pobres de la aldea de Luisa.

Aquel día, sin embargo, no se detuvo nada allí, cruzó la playa y principió á escalar el grupo de peñas de la izquierda, que se prolonga por toda la costa hasta el Pasaje, avanzando en el mar á manera de promontorio unas veces, rodeando mansas playas otras; pero siempre quebradas, informes, incrustadas de mariscos y resbaladizas; imponentes muchas veces, siempre peligrosas para el pie breve é inexperto de una madrileña.

Pero María no paró, saltando aquí, ingeniándose allá, ayudándose con las manos á lo mejor, hasta que alcanzó la más alta y la más saliente de aquel primer grupo; allí se quedó quieta, plantada, mirando al mar, respirando con delicia, apartando con energía de su pensamiento todo lo triste, para bañarse en la indecible voluptuosidad de lo vago desconocido, con ese impulso que en la fuerza de la vida nos empuja á la dicha.

María era esbelta; su estatura, proporcionada á la finura de líneas de su cuerpo. La costumbre del bien vestir, el instintivo alejamiento de lo desaseado que hace tan graciosa la manera de andar de algunas mujeres, su exquisito gusto, la sobriedad de sus movimientos, todas estas partes reunidas eran causa para haber hecho su excursión por las peñas muy graciosa, y para presentar ahora en aquel promontorio bañada por los oblicuos rayos del sol su silueta, como la cosa más bonita que se pudiera imaginar.

Eso venía pensando y sintiendo Antonio Lérída al bajar la trinchera tapizada de césped que desde los campos vecinos conduce á las peñas en cuestión, y tan embelesado le tenía la contemplación de aquella preciosa figura, que se estuvo quedo, una vez en el arenal, para no disminuir, por algún movimiento intempestivo, los momentos que el ensimis-

mamiento de la soñadora le hiciese gozar de aparición tan de su agrado.

Y con efecto, pudo contemplarla á su sabor bastante tiempo, porque antes de volverse por completo, María examinó todos los puntos del horizonte, con los brazos caídos y las manos cruzadas, entregada al goce que, combinado con el bellísimo espectáculo de la mar, el fondo de sus sensaciones le proporcionaba.

Por fin se volvió lenta y perezosamente, y se apercibió en seguida que no estaba sola y que había sido observada. Una emoción súbita, y mucho más fuerte de lo que venía al caso, se apoderó de ella y la puso sofocadísima.

El observador, sorprendido infraganti, se adelantó con ligereza, y sin mirar lo dificultoso del sitio, con la misma seguridad que si por camino llano anduviese, fué á ofrecer su mano á la que, por la repentina turbación, tenía de ella mucha necesidad.

—No sabía yo que iba á ser tan afortunado esta mañana, señora—dijo Lérica estrechando la mano cubierta de finísima piel de Suecia, que se le tendía.

—Ni yo sabía que me hacía V. competencia en excursiones matinales—contestó María.

—Yo las hago siempre, es uno de mis mayores goces; pero en mí no es extraño porque necesito, por vocación y profesión, hacer mucho conocimiento con la naturaleza; pero en usted es muy de admirar.

—¿Quiere V. que nos sentemos un rato?—dijo María.—Ahora conozco que estoy en pie hace dos horas—y fué á sentarse en una peña acomodada para el caso.

Lérica también tomó asiento en otra, un poco más baja y desde donde la podía ver á su placer.

—Me gusta muchísimo andar por el campo—dijo María,—y sobre todo, la mar; por eso cuando vengo á casa de Luisa hago una vida medio salvaje y desafino con la gente que se divierte de otra manera.

—A mí me pasa lo mismo; encuentro tanto gusto en andar al azar por los campos y por los senderos, sorprendiendo un sitio pintoresco, una piedra rara, una fuente escondi-

da, que realmente voy olvidando que los hombres viven en sociedad.

—¿Sin duda por eso no va V. á Marineda?

—Por eso precisamente. Después de tantos años de escuela y de encerramiento, todo el espacio me parece poco, y en cuanto me veo entre gentes, se me figura que me falta la libertad. Verdad es, que como conozco allí á muy pocas personas...

—Lo que le sobraría á V. sería gente; por lo menos eso es lo que á mí me sucede.

—Quizás tenga V. razón.

—¡Qué hermosa es esta playa! ¿verdad?—prosiguió María, —no hay ninguna como ella en Biárritz; si estuviese en Marineda, sería una fortuna para la población; la de El Sardine-ro no se le puede comparar.

—Efectivamente, es una playa muy hermosa; pero como otras muchas riquezas de este país, perdida. No tiene ni un mal desembarcadero. ¿Le gusta á V. navegar?

—Le diré á V.; me gusta andar por mar, andar en bote; pero no me gusta viajar por mar, porque me mareo horrorosamente; amo al mar de la manera más platónica.

—Sí, pero bien se ve que admira V. lo que ama, como hacemos algunas veces en el mundo cuando no podemos hacer otra cosa—dijo Lérica mirando muy fijamente á María, pero como ella permaneciese impasible, cambió de conversación.

—¿Cuántos días va V. á estar con Luisa?

—¡Oh! muy poco tiempo; nos iremos mañana ó pasado. Si Luisa estuviese sola, no me iría tan pronto y le diría á mi marido que se viniese unos días; pero con la algazara de todos los momentos que forman esos muchachos, no se puede vivir; apesar de que á veces hacen gracia, ó por lo menos se contagia uno.

—Yo no me parezco el mismo en cuanto me veo entre las danzas que arma el curita; cuidado si es animado.

—Es muy agradable—repuso María,—y sobre todo tanta alegría unida á una vida tan intachable, es una mezcla muy interesante.

—Eso me ha dicho Luisa; pero como ella todo lo encuentra bueno.

—Pues yo, que no encuentro bueno casi nada, le digo á usted lo mismo—dijo María levantándose.

—¿Tan pronto?—suspiró Lérica;—¡se estaba tan bien aquí!

—Si es tardísimo; ya habrán dicho la misa y por lo menos hay que llegar al desayuno, si no nos van á echar los perros.

Cruzaron el arenal lentamente, siempre hablando de las cosas que pueden tratarse la primera vez que se hablan dos personas, que aunque en el campo valga como la cuarta ó la quinta, nunca son de gran sustancia.

Al llegar á la tejera salieron á saludar á la señorita una mujer con dos niños; allí hicieron una detención que permitió á María decir todo lo que sabía sobre la melancólica industria, y resultó que á Lérica también le impresionaba el cuadro ya descrito, que se pararon á considerarla un buen rato antes de volverse, y que Lérica aseguró no se borraría nunca de su memoria. Y como para grabarlo sin duda con otro trazo, dió un duro al mayorcito de los niños que les había seguido, y que se quedó estupefacto, sin saber si aquello era para él, ó si sería falso, ó si se lo quitarían otra vez. Es posible que esta idea fuese la más luminosa que atravesó su mente; pues pasado el primer momento de estupor, sin haber pensado siquiera en dar las gracias, apretó á correr hasta que llegó junto á su madre, la cual un momento después alzaba los brazos y cruzaba las manos á tiempo que ya los dos rezagados iban dando vuelta y tomando la de la granja á paso algo más acelerado que lo que la comodidad de la empinada cuesta aconsejaba.

Pero ni aun entonces cesaban de hablar; verdad es que María había aceptado el brazo de su acompañante, y éste llevaba además la no muy ligera sombrilla, que como el traje de la poseedora, era azul marino exteriormente, y por debajo de hilo crudo.

Muy pronto llegaron á la casa; muy pronto á su parecer, porque el de los que les estaban aguardando, era que debían dejarles sin bolla fresca por lo menos, y aun alguno proponía que debía de dárselos café de segunda.

—¡Vaya una gracia!—decía Alfredo, todo amostazado.—Aquí sí que viene bien aquello de «Más vale llegar á tiempo que rondar un año.» Nosotros, poco menos que nos tenemos que poner de rodillas para que esta señora se digne acompañarnos, y este caballereite, como César, viene, ve y vence. Bien podía V. al menos traerla menos sofocada, mire usted, no puede respirar.

—Es de emoción—dijo María, dando por terminado el episodio.

CAPÍTULO XII

Una joven montada en una burra, detrás otra muy esbelta á la inglesa en un caballo de poca alzada; más atrás otras dos señoras á pie seguidas de dos curas, y cerrando la marcha un criado sin librea.

He aquí cómo se inauguraba la expedición á San José, cuyo objeto principal era hacer una visita á aquel señor cura párroco, persona muy atenta y de conocida liberalidad.

Antonio Lérída se había excusado de ir, porque tenía, por precisión, que visitar á uno de sus jefes en las cercanías; pero prometiendo volver á la hora de la cena, para participar de los comentarios de tan atractiva expedición.

Iban los peatones en fila y subían penosamente la empinada *corredoira* de la iglesia. Había cesado por el momento toda hilaridad, y no se oía más ruido que el de las respiraciones algo agitadas.

La amazona también callaba, y aunque en Clotilde no era cosa desusada, en la ocasión aquella el silencio era muy natural.

Las sensaciones de la joven que por primera vez de su vida se encuentra á caballo, montada á la inglesa, deben ser por todo extremo seductoras. Esbozadas imágenes de fantásticos placeres, ideas de escenas más ó menos realizables, pero en las que toman parte personajes muy vivos y muy

reales; recuerdos que sonríen, aspiraciones que cautivan, todo muy vago con la noción ya más determinada de la propia imagen, en la posición esbelta que la equitación le señala; esto debía ser, punto más, punto menos, lo que la imaginación de la rubia cubana fuese bordando con los colores apagados ó vivos de su fantasía.

El viaje no era largo; por eso no se creyó necesario aumentar los medios de locomoción de que disponía Luisa, con algún burro más, única comodidad que los recursos del país y los malos caminos permiten.

Hízose la primera etapa hasta la casa del Conde de Fraga. Alfredo no había visto esta posesión, que es la más notable de las cercanías, y era natural proporcionarle este placer. Pero si el Conde de Fraga no hubiese de encontrar más entusiastas admiradores de su finca que nuestro simpático canónigo, mal hubiera hecho en gastar tantas talegas, y en llevar á cabo tantos desmontes.

—Yo no le encuentro á esto ningún chiste—decía mientras recorrían los recién trazados jardines y la suntuosa casa.—¿En qué se habrá fijado este buen señor para haber gastado tantos millones aquí?

Y principió á hacer la descripción del chalet que la Medinaceli tiene en las Navas, y á sacar á relucir cuantos primeros había visto en las fincas de Andalucía. Ayudábale en la censora tarea Clotilde, que, llena todavía de las fantásticas escenas que en ella despertara el paseo á caballo, no decía nada cuando la cosa era correcta, pero si tenía el más ligero punto débil, al instante lo notaba con perspicacia y desdén.

Por fin dejaron la casa del Conde, despidiéndose del hortelano, que con muy pocos remilgos aceptó la propina de Alfredo sin despreciar después la de D. Juan.

Y gozosos y bien esperanzados, emprendieron la caminata á San José, recreando la vista en el gracioso paisaje que atravesaban.

Estaba el cura de San José en la sala de su casa. Acababa de recibir á una feligresa que le traía los huevos de la doctrina, y después de rehusarlos y cruzar muchas palabras de agasajo con la mujer, que debía ser de las de importancia

del lugar, la invitó á tomar con él una taza de café, cosa que la mujer aceptó muy satisfecha y agradecida.

Acercábase entonces á la casa la caravana que venimos acompañando, y, sea que su vista inesperada sobresaltase á la sobrinita que se hallaba cosiendo en la misma sala, sea que la máquina de coser al pasarla del velador á la consola tuviese la culpa, ello es lo cierto que hubo un cataclismo del cual resultó un florero roto en muchos pedazos y alguna otra avería de menor consideración.

En este momento tan crítico y tan inoportuno llamaron á la puerta, y D. Juan tuvo la honra y el gusto de presentar á su amigo y compañero toda la distinguida compañía.

Preciso es confesar que los primeros momentos fueron de estupor para el sorprendido San José (así se dice entre curas). Y, aunque hacía los honores y tenía sonrisas y aun frases galantes, aquello era algo automático y en su frente había una nube.

Pongo por testigo, no al cielo, porque nadie se lo había de ir á preguntar, sino á todos los que fueron á San José y presenciaron lo que voy á referir, que todos viven y beben, de que para nada tiene parte en este verídico relato el recuerdo ni el ejemplo de D. Serafín Balduque, sino que el cura con quien estamos empezando á intimar, tenía la especialidad de dar á su gorro—que se volvió á poner con permiso de las señoras—todos los movimientos que juzgaba característicos para dar fuerza de expresión á aquello de que se tratase. Sólo que D. Serafín Balduque, si no recuerdo mal, conseguía los efectos con sólo el movimiento de la cabeza, y en el caso presente era la mano la que cambiaba en un momento muchas veces la posición del gorro; pero era tan rápido el movimiento empleado, que nadie se daba cuenta de cómo aquello había sucedido, y cualquiera podía creer que era solamente la cabeza la que imprimía los vaivenes al gorro bailarín.

Luisa, sin dejar de observar las preocupaciones de San José, hablaba cuanto podía y de lo más reciente y saliente aquellos días; de las bromas que el pobre D. Juan aguantaba con tanta paciencia. Cuando de pronto, como si la idea

brotase ya luminosa de la nublada mente, puestas las dos manos en los muslos, con el cuerpo echado hacia adelante y el gorro á manera de solideo en la coronilla, exclamó el espléndido anfitrión:

—¿Qué les parece á VV. de la idea de tomar café, eh?

—¡Magnífica!—contestó Alfredo con apresuramiento; y aunque nadie le afirmó, todos sonrieron.

—Tengo unas latas de higos migueliños, que no sé lo que serán: tenemos que probarlos—continuó frotándose las manos después de una nueva seña al gorro. Y como contestando al murmullo aprobador que se levantaba sin saber de dónde, se puso de pie, y en el colmo del entusiasmo,—una piña—dijo;—comeremos una piña.

¡Cómo describir las miradas de satisfacción y las señas picarescas que se cruzaron!

—Ya tenemos la piña, señores; vamos al comedor. A ver, Elvirita, prepáranos el café, ¿eh? Vamos, me parece que está buena; huelan VV.; ¿no es verdad?

Y la lata abierta fué pasando de mano en mano y de nariz á nariz, entre los convidados sentados ya alrededor de la mesa.

—Está muy buena; riquísima: ¡qué buen olor!—y todos se despepitaban por parecer amables.

—A la cubana le daremos una buena ración.

—Al contrario—dijo Alfredo;—precisamente porque ella debe haber comido muchas, no hay que darle ahora tanto como á los demás.

—No, señor; no: á la cubanita una buena ración. Tome usted, señorita... ¿Y tú, no tomas?—prosiguió dirigiéndose al cura de Lains.

—No; ayuno—dijo el aludido.

—¡Hombre, también ayuno yo, y otro pecado más grande sería capaz de hacer por estas señoras! Vaya; esta tajadita es parvidad de materia. Ahora van á beber VV. una cosa buena; una botellita de vino tostado de mi cosecha. Este vino se hace en enero, cuando la uva colgada está ya casi hecha pasa; así que, como ven VV., es un néctar.

El vino fué encontrado exquisito, y efectivamente lo era.

—Pues este coñac, vean VV., tiene la marca inglesa. Sin pagar derechos cuesta cincuenta reales botella. VV. que son inteligentes, me van á dar su opinión.

—Por Dios, señor cura; no abra V. esa botella; ya hemos bebido bastante—decía Luisa.

—A ver, á ver. Echeme V. á mí una copita—saltaba Alfredo cubriéndole la voz.—¡Cosa buena! Se conoce que tiene usted una bodega bien surtida.

—Pero, ¿y Elvirita?—decía de nuevo Luisa.—¿Por qué no viene junto á nosotros? ¡Qué trabajo le hemos venido á dar á la pobre!

—Déjela V.; está tostando el café para que lo tomemos más aromático. Ahora nos faltan los higos. Mira, Elvira, que traigan más platos.

—No, señor; no abra V. esa lata; es demasiado—y esta vez casi pugnaba Luisa por evitar aquel nuevo despilfarro; pero el espléndido señor se empeñó en que lo habían de probar, y Luisa, por complacerle, sirvió, con efecto, un higo á cada uno, porque, aunque eran muy pequeñitos, como prueba bastaba. Pero fué el caso que, distraidamente, tal era su aturdimiento, ella se sirvió tres, y aunque después volvió á ofrecer y á dar otro higo más á cada uno de los golosos que la miraban, éstos nunca le quisieron perdonar la equivocación primera, y con poca generosidad se la estuvieron echando en cara toda la tarde y toda la noche.

La casa del cura de San José era pequeñita, y aunque cómoda para su dueño, no representaba talegas ni presumía de primores; pero de seguro, á todos los que salían de ella aquel anochecer, les pareció sublime: á ninguno se le ocurrió compararla con el chalet de la Medinaceli ni con los palacios de Sevilla; pero si alguno hubiese hecho la comparación, los demás votarían en pro de la hospitalaria morada.

Por tres cosas ganó particularmente el cura de San José plácemes y alabanzas sin cuento. Por su bodega, pequeña y aseadísima, llena de estantes para lo escogido, dividida en dos partes por un tabique de madera con puerta y llave, y cuya parte anterior estaba dedicada al baño del cerdo, donde, ainda mais que tocinos y lacones, atraían las miradas y so-

licitaban el apetito sendos barreños con lomo asado y frío en su grasa. La segunda cosa notable era la patriarcal cocina, cuyo enorme hogar, bajo por supuesto, estaba flanqueado por cómodos bancos de castaño, altos de respaldo y anchos de asiento, á todo lo cual cubría, á manera de dosel, monumental campana.

Por último, el cura de San José... ¡si sabría vivir! ¡tenía un criado mudo!

CAPÍTULO XIII

A las siete de la mañana ya estaba Antonio Lérica en el molino del viento. Desde la elevada plataforma donde se asienta el enorme y jubilado cilindro de piedra que aún como bravata echa fuera un aspa, carcomida é inmóvil, veía él en su conjunto la granja. No había escape; todo el que saliese por cualquiera de las muchas puertas de la casa, lo mismo que el que cruzase las dos exteriores, la que daba al camino ó la que salía á las viñas, tenía que ser visto por el vigía á quien la corta distancia permitía conocer asimismo las personas.

Antonio Lérica tenía mediana estatura y era delgado; pero mayor gallardía y más valiente musculatura, eran difíciles de encontrar. Tenía el movimiento pronto como el pensamiento, y la seguridad y firmeza con que se fijaba y se mantenía como y donde quiera que fuese, debía ayudar sin duda á la especie de atracción que ejercía. Vestía con cierto descuido, que más tenía de arte que de abandono, puesto que todo lo que se ponía era de irreprochable elegancia y trascendía al olor de hulla especial con que nos llega lo de Inglaterra. Era moreno de rostro, de espeso y fino bigote, la frente despejada con algún rizo indómito sobre la ceja izquierda. Los ojos eran muy particulares, no sé si hermosos ó feos: eran dos enigmas que fascinaban: de aquellos dos ojos, por lo menos uno, veía sin mirar.

Claro se está que lo que á tales horas movía á nuestro joven á apostarse de centinela avanzada, era el deseo de ver á María. «Salgo todas las mañanas,» le había dicho la anterior, y él había afirmado que «paseos semejantes, eran su mayor placer.» ¿No había aquí casi un cita? Con toda seguridad ella sabía que le iba á ver, que él la esperaba. ¡Qué mujer; cuánto le había interesado! ¡Qué poco se parecía á esos tipos vaciados en la misma turquesa, vestidos con las mismas modas, saludando, riendo, moviéndose, empolvándose y prendiéndose todo por un compás! Esta mujer, ¡qué diferencia! Cuanto se pone, es distinguido. ¡Qué elegancia en aquel pie largo y estrecho calzado con una piel tan fina y tan lisa sin adornos! Aquel calzado es de París, de fijo. ¡Qué cabeza tan pequeñita! ¿Cómo hará para colocar tanto y tan hermoso pelo negro en tan poco espacio con cuatro pinzas de concha? Él, todo lo había reparado; el talle, flexible; debía de tener un corsé sencillo y no máquina de atormentar; y luego, los trages ¡eran tan armónicos y tan apropiados para el ejercicio del campo! No hubiese miedo que se prendiera en una zarza flecos ni encajes; podría emprender la excursión más atrevida sin hacer modificaciones. Sus manos eran de una suavidad como no había estrechado otras, pero respondían con energía al amigable saludo; ¡y qué expansión cuando sonríe en medio de aquella seriedad que raya en esquividad! ¡Qué alma y qué corazón deben encerrarse en aquel cuerpo que tiene altiveces de reina y movimientos de niña! ¡Oh! ¡Es necesario verla, hablarla muchas veces, sentir aquel aroma que no es de ninguna esencia exótica, sino del conjunto de todos los refinamientos de una mujer elegante que jamás ha sufrido en contacto con su cuerpo nada que no fuese muy fino y muy blanco!

Acelerada era la respiración del espectador, y sentía su cabeza pesada y ardiente; quitóse el sombrero y estuvo largo rato alborotando más con los dedos sus siempre rebeldes rizos; pero sin dejar de mirar hacia la granja, hasta que, al fin, lo que con tanta ansiedad deseaba apareció; salió María, no como tenía de costumbre por la puerta de la viña, con dirección al mar, sino por la del camino cerquita de Lérída, cuyo

corazón latía aceleradamente al salir al encuentro de la que tan ocupado traía su pensamiento.

—Aquí me tiene V. esperándola—dijo sin más preámbulos.

María, que le había visto desde el momento en que cerró la puerta, apenas había tenido tiempo de vencer la fuerte emoción que aquella vista le había causado. Y no porque no la esperase; instintivamente, sin preguntárselo ni responderse, sabía que había de encontrar al joven, y sin saber por qué, tuvo impulsos de no salir; pero no nacidos aún tales impulsos, estaban ahogados con un imperioso mandato de la voluntad cubierto por un ¡qué ridiculez, qué tontería! Pero francamente, verle ya tan pronto y tan decidido, es con lo que no había contado; no fué dueña, pues, de dominar una muy fuerte emoción. Húbola de conocer el que la causaba y alegróse de ello; pero por una táctica muy poco de esperar en quien tan pocos años y tan pocas de aquellas batallas contaba, exclamó tendiéndole su mano y saludándola con la mayor inocencia:

—¿Me permite V. acompañarla en su paseo matinal? ¿Quiere V. enseñarme algo tan interesante como la tejera de ayer, ó quiere que yo también le enseñe los sitios que más me gustan?

En María habían operado estas palabras gran reacción.

—¡Qué ridiculez!—volvió á decirse burlándose de sí misma, y contenta de no ver ni sentir nada sospechoso en aquel encuentro que, aun previsto, la había turbado, deseosa por otra parte de desorientar á Lérica por si había podido adivinar algo de su turbación.

—¡Cuánto me gusta la proposición!—dijo;—guíe V. y enseñeme algo interesante.

Y Lérica contento, mostrando el mismo aspecto de sencillez y expansión que pudiera haber mostrado Alfredo, estrechó ligera y amigablemente el brazo que había enlazado en el suyo su compañera, y después de esta cariñosa manifestación de agradecimiento, tomó el sendero que frente al molino se ofrecía, y sin perder de vista al mar, señaló por meta una casita aislada que al final del extenso *agro* se distinguía, y atravesando campos y cruzando riachuelos, sin hundirse nun-

ca en oscuras *corredoiras*, guió bien por sitios amenos risueños que convidaban á la expansión y á la confianza que capciosamente se iba estableciendo entre los dos.

No; lo que es de geología y de topografía no aprendió nada María en aquel paseo; pero en cambio supo muchas cosas que impresionaron vivamente su alma y que no volvió á olvidar. Supo que Antonio no había conocido á su madre, muerta, siendo él de muy tierna edad; que el padre no simpatizaba con el hijo, y que éste, ansioso de sacudir su dependencia, había hecho incalculables esfuerzos para salir pronto y bien de la carrera que había elegido. Dueño ya de su porvenir, su primer cuidado había sido alejarse lo más posible de su provincia, donde temía llegar á tener madrastra, porque su padre, que no era viejo, hablaba de volverse á casar. Supo también que si no iba á Marineda era porque no le gustaba la sociedad y tenía horror á las pollas pretenciosas y á las mujeres vulgares. Que él conservaba su ideal puro, ideal de afecto único, revestido allá á su manera de formas que él había creído imposible encontrar en Marineda. Por eso prefería vivir con sus ideales donde la naturaleza sirviese para depurarlos, y el trabajo y una vida exenta de todo exceso le permitiesen fortificar diariamente cuerpo y espíritu. ¿Cómo podía imaginarse que precisamente en el campo había de haber encontrado la dicha de abrir su corazón tan por completo? Porque él jamás había tenido un amigo. Juraba por su honor de caballero, que era su religión, que jamás había encontrado un sér que le hubiese inspirado el deseo de mostrar su alma, hasta que la había visto á ella. ¡Si tuviese la dicha de merecer su amistad! ¿Qué no haría él por alcanzarla? ¿Estaba siendo tal vez molesto? ¿Querría ella descansar?

En la casita, que fué término de su paseo, había un cober-tizo ó *alboyo*; allí jugaban varios niños y había mucha paja esparcida, cuerdas, *fouciños* y una piedra de pisar tojo. En aquella piedra, cubierta con almoadillados de paja, hechos por Lérida, descansó María, y los niños, ganados por los cuartos que les dió el hombre galante, vinieron á hacer corro en derredor suyo y la divirtieron con sus caritas curiosas y sus graciosas

actitudes. También el previsor acompañante, antiguo conocido de los dueños de la casa, hizo traer leche fresca, que su compañera bebió con placer. En suma, él estuvo tan amable, tan expansivo y tan discreto, que supo interesar á María, hacerle comprender que el sentimiento que había inspirado, si expresado por los labios entraba en la categoría de los clasificados entre los más comunes y corrientes de la amistad y simpatía, percibido por la mente en las regiones de aquel ideal puro, era grande, potente y tenía algo que satisfacía aquel anhelo de su alma, tan desamparada de cariños.

Ella habló muy poco; apenas contestaba á las preguntas que él le hacía sobre su vida actual y pasada. También había perdido á su madre antes de estar en edad de apreciar su cariño. También había vivido aislada. El recuerdo de su pobre padre era su consuelo y su tortura. Tampoco ella gustaba de la sociedad, porque bajo sus fórmulas banales se ocultaba siempre la mentira.

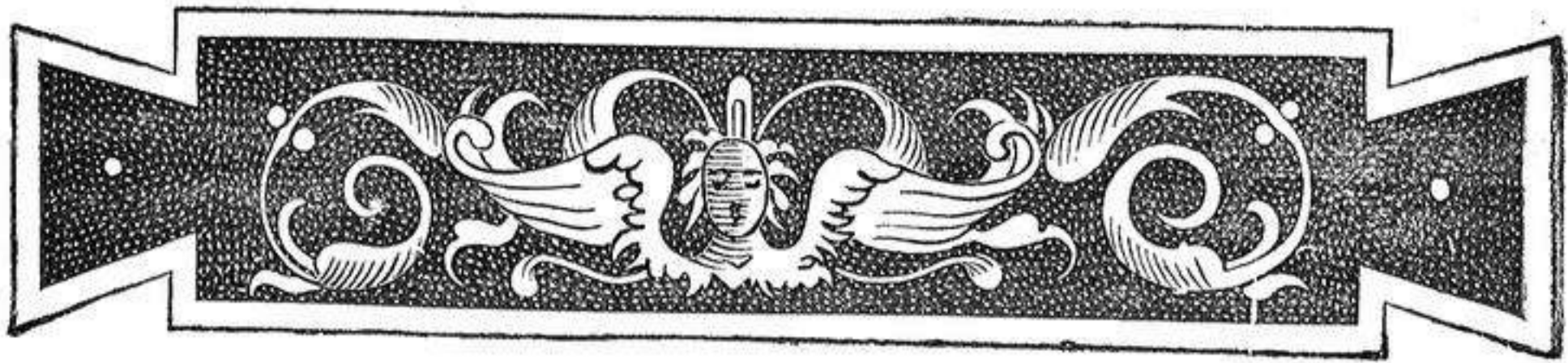
¡Cuántas coincidencias, qué casualidad! Hay almas gemelas en el mundo, y si se llegan á encontrar alguna vez... ¡la felicidad suprema!

En resolución. María se quedó de aquel coloquio vivamente agitada; necesitaba estar sola para pedirse y darse cuenta de lo que sentía. Al volver á la granja tuvo grandes inquietudes de que la viesan entrar con Lérica, y al mismo tiempo no quiso darle á entender á éste que las sentía. Estuvo distraída durante aquellas horas de la mañana en que se veían todos y se hablaban, y cuando llegó el rato que solía pasar sola con Luisa, se fué á su cuarto y se encerró con llave.

EULALIA DE LIANS.

(Se continuará.)





REVISTA DE TEATROS

SI después de trascurrido un siglo algún aficionado á la literatura—que si Dios no lo remedia no habrá muchos—examinase el movimiento que ha experimentado en el presente la dramática española, se haría cruces al contemplar la fecundidad de nuestros contemporáneos y el sinnúmero de comedias, sainetes, dramas y revistas que se han producido con incansable afán, dejando muy por debajo la inagotable pluma de Lope, Calderón, Tirso, Moreto, Bretón y otros mil que desde entonces á ahora han venido abasteciendo el teatro de producciones de todos géneros y condiciones, y que pasarán á la posteridad acompañadas de elogios exuberantes y pomposas alabanzas insertas en críticas, gacetillas y bombos confeccionados para todos los gustos y en todas formas y maneras.

Y que no es exagerado nuestro juicio, se comprueba fácilmente con sólo decir que en lo que va desde 1.º de octubre hasta hoy 11 de diciembre, día de la fecha, van estrenadas en los teatros de segundo y tercer orden—porque en los de primero la musa anda más premiosa y reacia—cuarenta y siete obras, número que anuncia una cantidad excesiva al final de la temporada, y que asusta y sorprende á primera vista, por más que después la realidad venga á demostrar

que no están los dramaturgos en relación con los productos de su ingenio, ó si se quiere más claro, que hay muchas comedias, muchos dramas, muchos sainetes y muchas revistas; pero que el barómetro de autores está bajo cero, esto es, que no hay ninguno; milagro patente y claro que se verifica en este siglo de las luces ante un público que acude á los teatros por razones con el mismo propósito que á una función de fuegos artificiales, y si aun cabe duda, los estrenos que hemos visto en esta semana son testigos irrecusables de la veracidad que encierran nuestras palabras.

En Variedades *El campo*, de Eusebio Sierra; *Frutos coloniales*, letra de D. Gabriel Merino y música de Arnedo; la *repressi* de *Así en la tierra como en el cielo*, desenmascarada, sin acotaciones, reticencias ni enmiendas, y que ha valido un segundo y colosal triunfo á los autores de la letra Lastra y compañía, esto es, Prieto y Ruesga, y á los de la música, á los inseparables Chueca y Valverde, café con leche musical parecido al de Rubio y Espino y Retes y Echevarría.

En Lara, *El niño Jesús*, de Felipe Pérez, y *Gente menuda*, de Sinesio Delgado; en Eslava, *El Vermut de Nicomedes*; en Martín, *El Muchacho* (parodia de Bocaccio), el reestreno del *Puesto de las castañas*, retirado al ostracismo por los conservadores, y vuelto á la vida cómica por los fusionistas, y *La carabinera*, estrepitosamente silbada; en Novedades, *El foco del torbellino*, de Torromé, y *Diga el mundo lo que quiera*, de don Juan José Chavarri; embriones de drama que no dejan otras huellas en los espectadores sino el deseo de no volverlas á ver, y en los actores el sentimiento de haber perdido lastimosamente el tiempo, y en la empresa la satisfacción de presentar lo que la presentan, sin opción á escoger, y sin otro remedio que echar mano de la fruta del tiempo.

En cambio, ha logrado el mismo éxito que en su estreno *El drama nuevo*, y mejor aún *El drama único* de la época moderna, dirigido por el caduco Valero, recuerdo glorioso y vivo de las antiguas y clásicas eminencias del arte, y tuvo una acertada interpretación en el Teatro de Novedades.

La Srta. Guillén y los Sres. Cachet, Casañé, Capilla y Díaz, siguiendo las inspiraciones de Valero, desempeñaron

la obra con verdadero tino y acierto, haciendo resaltar el verdadero mérito y las imponderables bellezas de la obra.

Qué sencillez en el argumento, qué lógica en su desarrollo, qué verdad en los caracteres y en las situaciones, qué sobriedad en todo el curso de los sucesos, qué frase tan galana y tan bella, qué imágenes tan delicadas, qué ideas tan sublimes, qué moral tan patente y qué ingenio tan envidiable y peregrino.

Sin echar mano de recursos extremos y absurdos, sin alardear de un misticismo reducido, sin empavonarse con un ateísmo procaz, sin apelar á conceptos altisonantes, frases gongorinas ni ideas disolventes, sin salirse de los estrechos límites de la acción principal, sin dar gusto á los caprichos de la sociedad, sin fomentar las malas pasiones, sin declararse el protector de los extravíos del corazón y de la cabeza, sin que el autor deje de serlo para convertirse en adulator propagandista de ideales políticos y de escuelas filosóficas y sociales, y con un perfecto conocimiento del corazón humano, desarrolla una tesis encarnada en la pasión más hermosa, cual es el amor, y sin rehuir los escollos que á su paso se oponen, con una naturalidad admirable, con una dulzura más admirable aún, llega á la catástrofe, venciendo dificultades y salvando obstáculos, sin fatigar al público, que aplaude conmovido, á la par que satisfecho, por el placer de rendir culto al ingenio y al talento, no como en otras obras, dominado por un sentimiento desconocido, fatigado por una serie de emociones que no se explica, y anhelando descargarse de un peso que le abruma. Nosotros, que no pecamos de aduladores, pero que somos esclavos, si se quiere, de los hombres que valen, hemos querido, por más que sea ya tarde, ocupar nuestra humilísima pluma en un asunto que constituye una de las columnas más firmes y estables de la dramática contemporánea, en compensación de las muchas y repetidas veces que la ocupamos en engendros monstruosos y bufonadas ridículas, en las que campea el orgullo y el amor propio, que hace el vacío en rededor del talento y el arte.

*
* *

Y ahora que nos ocupamos del arte, vamos á apuntar un hecho al parecer insignificante, pero que redundará, á no dudar, en beneficio de los actores, de los autores y del público.

Cumpliendo nuestra misión, acudimos alguna vez que otra al teatro por la tarde, patrimonio á esas horas, según la opinión general, de niñeras, chicos y soldados; pero según algunos, patrimonio también de personas ilustradas y serias que no pueden ó no quieren asistir por la noche, por impedírsele, ya sus inveteradas costumbres, que constituyen una segunda naturaleza, ya sus ocupaciones, ó bien, si se quiere, su capricho, siempre digno de respeto en todo el que paga, por más que pague menos por la localidad en la función de tarde que en la de la noche, cosa con la que no estamos conformes, porque siendo los mismos actores los que toman parte en ambas funciones, cumpliendo con su deber con la misma buena fe é igual deseo, no vemos motivo para la alteración de precio; pero lo que sí vemos es sobrada razón para que los actores no decaigan y se descuiden en el desempeño de sus respectivos papeles en estas funciones; porque no tiene nada que ver el público que paga lo que se le exige, con que en su contrato no entren las funciones de tarde, que aunque no tenga por ellas un aumento de sueldo al escriturarse, ya lo tendrán en cuenta para pedir su retribución.

Nos han sugerido estas consideraciones el haber observado que en todos los teatros, incluyendo los de primer orden, los primeros actores trabajan, y trabajan con fe, por la tarde; por lo que nos sorprendió que en el de Variedades, trabajando con solícito afán Luján, Vallés, Rochel, Ruesga, Pontes, Videgain, y las Sras. Espejo, García y Rodríguez, que valen mucho, muchísimo más que el Sr. Castro, *tenorino* como dijo Luján en la zarzuela *De la noche á la mañana*, tenga dicho artista cierta displicencia y cierta indiferencia al desempeñar sus papeles por la tarde, no parece sino que hace un favor al público y le dispensa un honor en lucir sus facultades, las que no son muy envidiables, y en caso de que lo fueran, en el Real hacen falta tenores, y si él cree que ese es su puesto, vaya allí á que recompensen y hagan justicia á su

mérito y no haga responsable al público que lo entiende y que aplaude lo justo y deja á la claqué que aplauda lo injusto de las injusticias humanas, que no dan valor á lo que según su juicio lo merece.

*
* *

La presentación en el regio coliseo del tenor Gayarre ha sido sin duda uno de los acontecimientos más salientes de la quincena teatral que hoy termina.

Aparte de los que, doblégándose á las leyes de la moda y del buen tono, acuden sin otro objeto ú otro fin que el de exhibirse y cambiar sus impresiones sobre los asuntos del día, los verdaderos aficionados y los inteligentes ven en nuestro compatriota la síntesis, digámoslo así, del arte.

Su voz, dulce y armoniosa, su maestría en emitirla, su inteligencia en la escena, su talento artístico y su modestia le conquistan cada vez más simpatías; su mérito atrae, como el imán, á cuantos blasonan de entender lo que el arte es en sí, y nuestro pueblo en general, que como todos los pueblos, ven en la música y en la poesía la manifestación más genuina de nuestros afectos, y en el teatro el trasunto fiel de nuestras costumbres y el espejo de las acciones y los hechos de pasadas épocas y añejos tiempos, le aplaude entusiasmado en la *Lucrezia*, le admira en *La Favorita*, y raya en delirio, en entusiasmo, en *Los Hugonotes*.

Y no nos sorprende que así sea; Gayarre, según de público se dice, no es el artista vulgar que sigue su instinto, y canta y habla sin darse cuenta de lo uno ni de lo otro; todo, por el contrario, suma un caudal de instrucción nada común que no es propio ni de los cantantes ni de los autores españoles, y que para los unos y los otros deseamos de todas veras.

El actor instruído no está nunca solo ni jamás está parada su inteligencia cultivada por el estudio; no es el campo estéril y baldío donde en vano arrojan sus preciosas semillas el genio del poeta y del músico; es el hombre que camina

con su talento y con su estudio por el inmenso mundo de las ciencias y de las artes, buscando un más allá desconocido que descubre en alas de su trabajo incesante y de su insaciable deseo de saber envuelto en la prodigiosa nube del adelanto y del progreso que se presenta trasparente y diáfana en el limpio cielo de la civilización y de la cultura.

El que nada sabe vive siempre solo y parado, la inercia es su centro y se desliza por el mundo como las aguas del tranquilo arroyo, claras y hermosas, pero que no salen nunca de su cauce ni tienen nunca fuerza para traspasar el dique que las aprisionan y no saben cuál es su fin ni su destino.

Gayarre, además, es compatriota nuestro, y sin que nosotros pretendamos, ni por un momento, suponer que esto aumenta su mérito, pertenece á esa raza que canta en sus penas, en sus alegrías, en sus hechos heroicos y en sus tristes amarguras.

Pertenece á ese pueblo que conserva en cada una de sus comarcas un canto especial *sui generis* que refleja su situación topográfica, sus afectos, sus pasiones y el temple de alma de sus moradores; oír cantar un zorcico á Gayarre es el sumum de la ilusión, según dicen los que le han oído y le tratan, placer uno y otro que nosotros no hemos logrado todavía.

Los cantos nacionales son nuestro tesoro, son nuestro retrato, son, en fin, el cristal trasparente por donde se asoma el alma; los de cada localidad nos entusiasman como si fueran los de la nuestra; por eso nuestro compatriota añade á su incontestable mérito artístico el no menos envidiable, el de conmover con cada una de sus notas la fibra más delicada de nuestro amor patrio, hacer brotar en lo más íntimo de nuestro corazón los más tiernos afectos y un entusiasmo noble y sublime.

*
**

Del Circo de Price nada diremos, pues seguimos viendo *Los mosqueteros grises*; sin duda la compañía teme que sea nuestra opinión desfavorable en otras obras, á las que pro-

curaremos asistir por nuestra cuenta y emitir acerca de ellas nuestro juicio imparcial y sereno.

Tampoco hemos visto *El regalo de boda*, estrenada en el Teatro de la Zarzuela; pero no dudamos que será justo y merecido el ruidoso triunfo que han obtenido los Sres. Zapata y Marqués, autores de la letra y de la música.

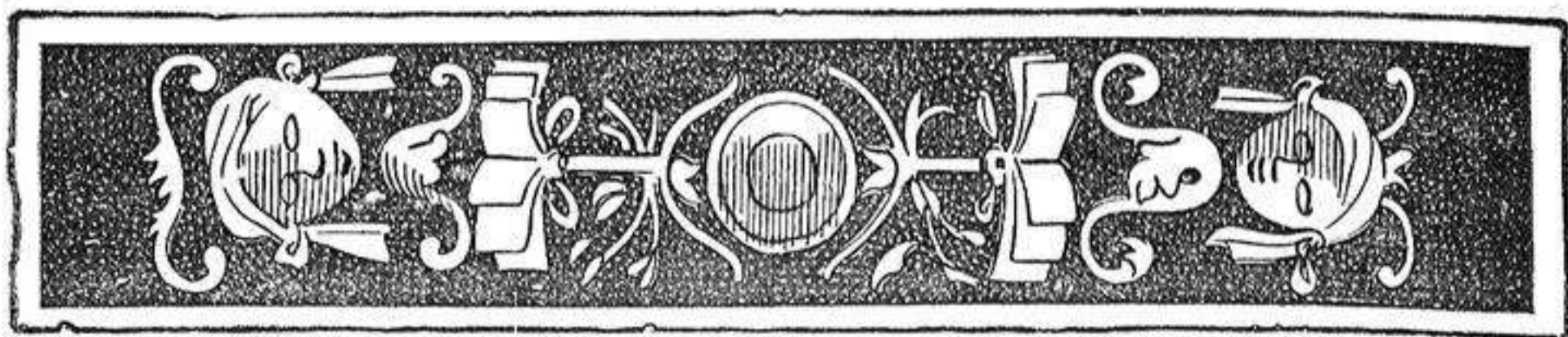
Cuando la veamos daremos nuestra opinión, que, á juzgar por lo que hemos oído, no podrá menos de ser favorable.



En el Español se han reanudado las representaciones con la de la *Almoneda del diablo*, en la que Mariano Fernández canta, baila y representa. El público, que llena el teatro, le aplaude con fe, y nosotros también, porque al cabo y al fin si las locuras de la juventud se toleran, ¿por qué no se han de respetar las escentricidades de la edad caduca?

RAMIRO.





CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR



PAGÁRONSE los últimos ecos del canto religioso que en la magnífica iglesia de San Francisco el Grande se dirigían al Eterno por el alma del difunto Monarca.

Al pie del túmulo real, cubierto con el histórico paño de seda y oro que se estrenó en las exequias de Felipe III, y junto á la corona y al cetro de los Reyes de España, se han depositado cien coronas, entre ellas las que á Alfonso XII dedican Soberanos y Príncipes poderosos que así expresan su cariño al finado y respeto á la nación cuyos destinos re-gía. Ya ha hecho Europa pública manifestación del interés que le inspiran nuestras desgracias, acudiendo á las suntuosas exequias el Príncipe D. Augusto de Portugal, el Príncipe de Baviera, los Archidukes de Austria Eugenio, Fernando y Federico, los Embajadores Extraordinarios Duque de Wéllington, General Schuvakoff, Príncipe Hohenlohe, Barón des Michels, General Garavaglia, Mr. Stuers, General Guzmán Blanco, Duque de Usell, Ministros de los Estados Unidos, del Japón, de China y otras eminencias en la diplomacia, en las armas y en las letras, reuniéndose para la fúnebre ceremonia con los altos representantes del Poder, los

dignatarios palatinos y Cardenales, Arzobispos y Obispos españoles.

Aquel acto de religiosidad, cortesía y noble deferencia, inspirando en el alma un conocimiento profundo de lo que España representa y vale todavía, debe también armarnos para arrostrar serenos y prevenidos las contingencias del porvenir, que muchos tienen gran empeño en presentar sombrío y azaroso.

*
* *

Por lo mismo que han solido ser ocasionadas á turbulencias las minoridades, puede y debe España sacar provechosas lecciones de su propia historia. La unión entre hombres que han bendecido los incomparables beneficios de la paz, único y precioso don del cielo con el cual puede desenvolverse el bienestar, la cultura y la pública riqueza, se impone hoy de una manera absoluta. La concordia entre los políticos que lucharon por los ideales de la monarquía moderna, es ahora de una necesidad absoluta.

Por esto lamentamos una escisión reciente. Al decir de la prensa política, una encumbrada personalidad del partido conservador, una de las que tuvieron hace poco las riendas y han regido los destinos de esta nación, desapruéba los últimos actos del mismo Gabinete que presidió el Sr. Cánovas del Castillo. Es en extremo lamentable, porque se trata de una eminencia de distinguidísimas dotes, se trata de un hombre de Estado de vigoroso aliento y altas miras, se trata del ex-ministro de la Gobernación, Sr. Romero Robledo. Pero una opinión personal no puede ser objeto de quebranto alguno en las ideas. Podrá haber apreciaciones distintas respecto de un acto, modos de apreciar de diversa manera una conducta; pero seguro es que la integridad de los principios ha de seguir ilesa, y las fuerzas políticas de un partido de orden no consienten ni consentirán disgregaciones que pudieran argüir vacilación ó impotencia en los momentos más solemnes. De todos modos, es muy sensible que la prensa haya tenido que poner en tela de juicio, según la manera de discu-

rrir de cada cual, dos notabilidades legítimas que, lejos de repelerse, se atraen. No cabe discusión acerca de jefaturas, siendo la del partido conservador indiscutible. Esta es la razón que hace prever que las divergencias puramente personales ni tienen la importancia que se les ha querido dar, ni pueden menos de terminar de la manera satisfactoria que el patriotismo demanda.

* * *

Precisamente el partido conservador de España ha merecido en estos días críticos las alabanzas de la prensa europea por su sentido político y su probado patriotismo. «En el acto mismo en que el Rey había muerto, dice *La Liberté*, y en el instante que este suceso producía en el país entero una emoción que los partidos enemigos del orden y de la monarquía podían fácilmente explotar, los jefes de la mayoría conservadora no titubearon ni un minuto acerca de los deberes que la situación imponía. Juzgando á mayor altura que sus intereses personales y las pretensiones de su partido el verdadero estado de las cosas, han comprendido que su presencia al frente del Gobierno podía provocar por parte de sus adversarios políticos movimientos propios para crear en el país y en las Cámaras una agitación capaz de complicar sin duda alguna las dificultades de la trasmisión del poder soberano... Podían ciertamente los conservadores haber retenido en sus manos el timón del Gobierno. Las Cortes eran suyas; el ejército estaba á sus ordenes, dispuesto á defender el trono en caso de amenaza, y tenían al frente de todas las administraciones á funcionarios fieles. Los conservadores eran, pues, bastante fuertes para dominar en caso necesario los sucesos y mantener el orden público en todas partes. Pero han preferido pacificar los partidos antes que verse en la necesidad de contenerlos ó combatirlos; han pensado, como verdaderos hombres de Estado y buenos patricios, que más vale calmar las pasiones que excitarlas, aun teniendo la certidumbre de poder reducirlas á la impotencia; y con un gran acto de ab-

negación, han desarmado á los jefes de la oposición liberal, entregándoles el poder cuando en sus manos estaba el conservarlo. Han hecho mucho más todavía, y en esto brilla principalmente su talento político, han prometido y dado sin reserva su concurso á los adversarios de la víspera; y gracias á este compromiso de honor, la minoría de ayer está segura de tener en el Parlamento á la mayoría conservadora y poder gobernar libremente, para la salvación de la monarquía, el afianzamiento de las instituciones y el bien de España. Con estos actos es como se honra á sí mismo un gran partido, poniendo de manifiesto que su más noble ambición no es conservar el poder, sino servir al país.» Así se juzga en el extranjero á nuestros hombres y á nuestros partidos, y la verdad es que hay en todo ello frases bastante lisonjeras para enorgullecer á los estadistas á quienes van dirigidas.

*
* *

El periódico *Le Gaulois* ha publicado una correspondencia de Madrid, en la que el conocido escritor español, Sr. Ferrari, reproduce una conversación que dice haber tenido con el Sr. Cánovas del Castillo, á quien fué presentado el día 10 del mes actual por el Sr. Conde de Miranda.

Según dicha carta, el Sr. Cánovas opina que nada puede comprometer en estos momentos la suerte de la dinastía. Los partidos hostiles son impotentes y sus tentativas improbables; pero si se produjesen, serían rápidamente castigadas, y la legalidad triunfaría. Los republicanos no pueden atreverse á nada, mientras que se mantenga la unión de las fuerzas dinásticas, que forman la inmensa mayoría del país. Esta misma unión imposibilita también toda tentativa carlista; porque D. Carlos obraría tan sólo en el caso de que los republicanos triunfasen, contando entonces reunir al rededor suyo á la totalidad de los monárquicos. Puede contarse absolutamente con el ejército, si no se cambia la organización actual de los principales mandos, pues el ejército está disciplinado, es afecto á la dinastía y no se hará instrumento de ambicio-

nes revolucionarias. Respecto de los rumores de matrimonio entre el hijo mayor de D. Carlos y la joven Princesa de Asturias, hija de Alfonso XII, es absurdo aventurar suposiciones, cuando tendrían que pasar diez años antes que tal matrimonio fuese posible.

Preguntado el Sr. Cánovas acerca del apoyo que los conservadores han de prestar al Gabinete Sagasta, añadió que sería completo siempre que no atacase con sus leyes los principios esenciales de los conservadores. «Dando nuestra dimisión mis colegas y yo, dijo el ex-presidente del Consejo de Ministros, y al aconsejar á la Regente que llamase al poder al Sr. Sagasta, hemos hecho un servicio á la paz pública y á las instituciones. Presentamos nuestra dimisión, en primer lugar, por respeto á las reglas constitucionales, y luego porque, gastados por sucesos imposibles de prever, como habían sido las inundaciones, los terremotos, el cólera, el asunto de las Carolinas, la muerte del Rey, etc., no teníamos la lozanía gubernamental que necesita un nuevo reinado. Se nos acusaba de gobernar con tiranía, y se rebuscaban frases de efecto para hablar de la libertad de la prensa, del derecho de reunión, de asociación y de manifestación, aunque estas libertades eran más completas bajo nuestro Gobierno que lo son hoy en Francia, como puede convencer la lectura de los periódicos. Pero nuestra patriótica retirada nos valdrá y nos vale ya el respeto, la popularidad y el prestigio que la sinceridad política merece.»

Atribuye luego el corresponsal al Sr. Cánovas del Castillo cuatro pinceladas que retratan de una manera gráfica y perfectísima á nuestros principales hombres de Estado. Afirma que el Sr. Castelar es un teórico de utopias, lleno de buenas intenciones, pero sin ninguna influencia sobre las masas. El Sr. Pí y Margall es un abogado culto, y de talento muy firme; pero carece de base, porque España no sufre todavía por la cuestión social. El General López Domínguez es incapaz, al parecer, de lanzarse á revolucionarias aventuras. El Sr. Ruiz Zorrilla es impotente, si los monárquicos son cuerdos y gobiernan con vigilancia y firmeza; es un D. Carlos sin pasado y sin fanáticos. Finalmente, terminó la conversación el jefe

del partido conservador, según el Sr. Ferrari, afirmando que la reciente disidencia en las filas conservadoras es muy sensible por la personalidad del Sr. Romero Robledo, pero que no puede tener ni tiene ningún alcance político.

Será más ó menos exacta esta relación; pero preciso es confesar que es atinada. Bien puede aquí decirse con acierto que si no resulta verdadera, encaja perfectamente en el cuadro del actual estado de cosas.



Han dado estos días los periódicos en suponer un hecho la conciliación tanto tiempo anunciada entre fusionistas é izquierdistas. La alianza, negociada por D. Manuel Becerra, de quien se había hablado para sustituir en Lisboa al señor Méndez Vigo, decíase que sería sellada con el nombramiento del General Bermúdez Reina para la Subsecretaría de Guerra, en cuyo puesto ha demostrado otras veces su ilustración y competencia el amigo de confianza del General López Domínguez.

Dos días hace, en todos los círculos políticos no se hablaba de otra cosa, comentándose mucho la discrepante actitud en que á última hora se presentaba D. Manuel Becerra, que después de ser á los ojos de todos el factor de la alianza, el padre de la conciliación, se mostraba sumamente disgustado por la actitud de franca inteligencia con el Gobierno en que se había colocado el General López Domínguez, nombrado por fin Embajador en París. Varios entusiastas llegaron á proponer en el Círculo izquierdista la clausura de éste y su fusión con el de la calle del Príncipe, proposición que tuvo pocas simpatías.

Sin embargo, *El Resumen*, que lleva la voz de la izquierda, y principalmente de su inspirador el Sr. López Domínguez, se descuelga á última hora con la siguiente andanada de estribor en toda regla:

«Después de leer atentamente lo que anoche y esta mañana dicen casi todos los periódicos de Madrid acerca de la ac-

titud de la izquierda liberal, y de oír cuanto se habla sobre la conducta de nuestros amigos, sobre el porvenir de *El Resumen*, sobre si salimos de aquí tales ó cuales redactores, y sobre todo lo que se refiere á una supuesta abdicación de nuestro partido en favor de la situación actual, nos será lícito consignar el profundo asombro que en presencia de esto nos embarra, á la vez que protestar contra la sin razón y ligereza de los juicios formulados en las columnas de la prensa, en las conversaciones de los círculos políticos y en las tertulias de los cafés.

»No queriendo que nadie pueda interpretar nuestro silencio como una confirmación, ni tampoco como una reprobación tímida de esas especies con que el gran galeoto alimenta su insana voracidad, lo menos que por el público y por nosotros mismos hemos de hacer, es declarar sinceramente que la causa y motivo principal de este silencio nuestro consisten sólo en que nosotros no sabemos nada nuevo.

»Y como no saber nada nosotros, que llevamos en la prensa la representación y la voz de la izquierda liberal, equivale á que no hay nada que saber, nos basta con oponer esta afirmación clara y precisa á cuanto oímos y leemos desde hace cuarenta y ocho horas.

»No conocemos en el seno de nuestro partido ninguna disidencia, ni colectiva ni individual.

»No conocemos ningún cambio, ninguna modificación de conducta en aquellas ilustres personalidades que por razón á su autoridad y prestigio dirigen nuestra política.

»No sabemos de otra actitud de la izquierda liberal respecto del Gobierno y del partido en cuyas manos está hoy el poder, que la actitud anunciada ya solemnemente desde los escaños del Congreso por el General López Domínguez; la que el voto unánime de nuestros senadores y diputados afirmó de nuevo en la reunión del día 26; la que *El Resumen* viene reflejando en sus columnas, desde que el General López Domínguez, el General Bermúdez Reina, el diputado Sr. Dávila y algunos de nosotros, á quienes ahora se atribuye equivocadamente el propósito de abandonar nuestra obra, fundamos este periódico para sostener la política propia de la izquierda, lo

mismo frente á los conservadores que frente á los amigos del Sr. Sagasta.

»Corresponde esto perfectamente á las últimas impresiones que nosotros hemos recogido de autorizadísimos labios. ¿Qué ha ocurrido después? ¿Han aceptado los fusionistas la bandera y el programa de la izquierda? Ciertamente que no. Y como esa es la única manera, el único procedimiento que podría confundirnos con el partido dominante y con el Gobierno del Sr. Sagasta, porque de nuestro pensamiento y de nuestra conciencia está irrevocablemente excluído el otro, que sería plegar nuestra bandera los izquierdistas, no necesitamos saber ni decir más para tener por dicho y por sabido que nuestra posición es la misma que era el 28 de febrero último, al salir á luz el primer número de *El Resumen*.

»Insigne ligereza es propalar otra cosa, é inferir á prestigios y caracteres dignos de consideración el agravio de esas supuestas abdicaciones, sin más fundamento que la noticia de ofertas que no están aceptadas, de pactos imaginarios, y de candidaturas entre las cuales sólo hay una que no sea enteramente fantástica.

»Ningún hombre civil de la izquierda ha contraído ni puede contraer como tal izquierdista el menor compromiso que coarte nuestra independencia y nuestra libertad de acción y de oposición respecto del Gobierno actual.

»Y si todo lo que oímos se funda en el nombramiento para la Subsecretaría de Guerra de nuestro amigo el digno é ilustrado General Bermúdez Reina, nosotros entendemos que de ese nombramiento de carácter facultativo, que lleva al General Bermúdez Reina á desarrollar, en provecho del ejército, ideas y proyectos que no son patrimonio de ningún partido, ni afectan á los programas políticos, nadie tiene derecho á deducir que la izquierda sacrifique el suyo al Gobierno del Sr. Sagasta, sino más bien que la situación actual acepta las reformas y planes militares de nuestros jefes, permitiendo esto que noble y desembarazadamente vaya á la Subsecretaría de Guerra el General Bermúdez Reina.

»Todo lo demás es para nosotros pura novela. Con especialidad el epílogo, en el que aparece de cuerpo presente *El*

Resumen, que gracias al favor del público, tiene y se promete larga vida.»

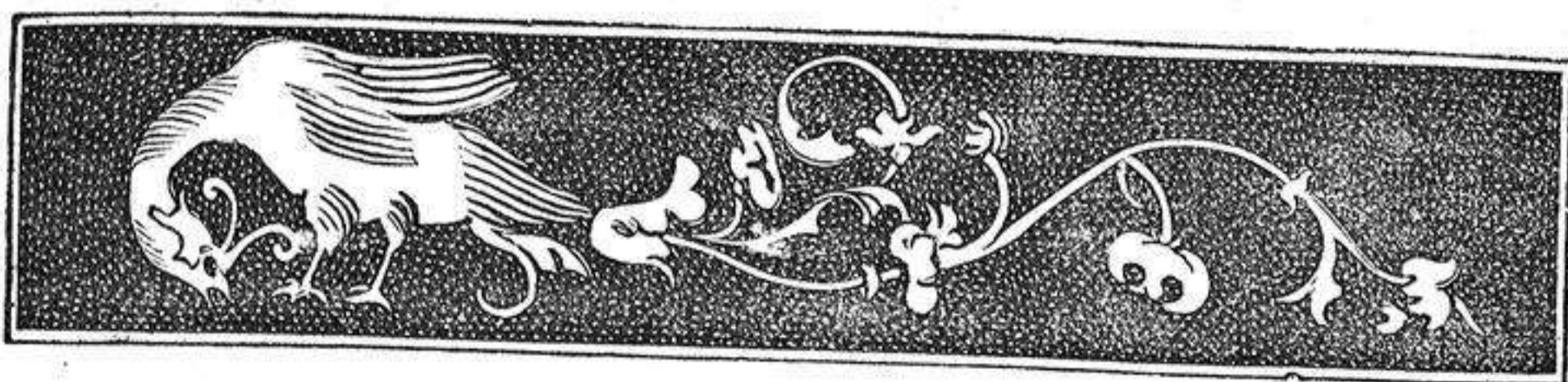
¿Qué es esto? ¿Qué ha sucedido?

Sentimos que los partidos liberales no se entiendan y no formen por esta vez siquiera un haz compacto, como hoy se dice. No es hora de restar, sino de sumar elementos de valía. Las actitudes deben sobre todo ser francas, á fin de que ninguna dé pie á los revolucionarios para sospecharla favorable á sus proyectos.

No podemos ciertamente poner en duda el patriotismo de nadie, y antes al contrario nos parece seguro el perfecto acuerdo, en días no lejanos, entre monárquicos de una y otra procedencia en todo lo fundamental y trascendente.

A.





REVISTA EXTRANJERA

BULGARIA y Servia continúan dando ocupación á la diplomacia, sin que esta última acierte á inclinar la cuestión de Oriente hacia soluciones que aseguren definitivamente la paz en la perturbada península de los Balkanes.

Tuvo el Gabinete de Viena que intervenir de una manera decisiva y vigorosa para obtener un armisticio del Príncipe Alejandro de Battenber, y éste se vió en el caso de publicar una proclama anunciando que salvaba su responsabilidad y sólo cedía ante las perentorias intimaciones de Austria, que no le dejaba más camino que la obediencia ó la guerra. El Gabinete de Viena quería así amparar el trono del Rey Milano y su propia influencia en Servia, aun á costa de su popularidad en la Bulgaria.

Por otra parte, parece que los conferenciantes de Constantinopla no han podido entenderse, y que los órganos del llamado concierto internacional son también en esta circunstancia incapaces de producir la armonía necesaria. La conferencia suspendió sus trabajos, y aun en una de sus últimas sesiones puso en descubierto la hostilidad latente entre Rusia é Inglaterra, cuando el representante de la primera potencia, Sr. Nelidoff, acusó directamente al de la segunda, señor William White, de todos los obstáculos con que tropeza-

ban los plenipotenciarios. Nadie sospechaba hace algún tiempo que los arranques búlgaros pudieran llegar á ser un simple episodio de la lucha anteriormente entablada en el Asia central acerca de las fronteras afganas.

El Príncipe Alejandro, á quien se ha calificado repetidas veces de osado aventurero, parece obtener á última hora mayores simpatías, y son ya del todo ociosas las tentativas hechas para restablecer el *statu quo ante*. Mucho ha contribuído á ello la actitud de Inglaterra, disputando á Rusia el prestigio en Filipópolis y en Sofía. Pero si, como es ya lícito suponer, llega la paz á ser un hecho, ¿bajo qué condiciones podrá existir avenencia entre Inglaterra, por una parte, y los tres Imperios, por otra, ante el problema de la constitución definitiva de la Rumelia, problema que se ha complicado con las recientes victorias alcanzadas por el Príncipe Alejandro y su pueblo en los campos de batalla? ¿Puede Rusia permitir que Inglaterra le suscite dificultades en la península de los Balkanes? ¿Se concederán á los rumeliotas compensaciones pecuniarias ó acaso territoriales, á expensas de la vencida Servia?

*
* *

Complicadas fueron siempre las cuestiones de Oriente. Parecen en vísperas de un arreglo, y surgen de improviso obstáculos nuevos que todo lo enmarañan. A la impresión optimista que causaba la noticia del armisticio arrancado por el Conde de Khevenhueller al Príncipe de Battenberg, sucedieron las divergencias de apreciación entre Rusia y Austria. Mientras que el Gabinete de Viena se presentaba como tomando á su cargo el empeño de vengar las derrotas de los servios y las humillaciones del Rey Milano, mandando á Nisch para dirigir los preparativos militares al inteligente General austriaco Albori, el Emperador de Rusia felicitaba en un orden del día á los ejércitos búlgaro y rumeliota por su valor, abnegación, constancia y amor al orden, poniendo en evidencia el antagonismo de intereses, que para nadie era un miste-

rio y que agravaba la diplomacia del Gabinete de Londres y la indecisión ó la torpeza del Gobierno de Constantinopla.

Las reclamaciones vagas é improcedentes, y el envío de comisarios á Filipópolis han sido, entre otras, las graves faltas de Turquía, irritando á los búlgaros sin ninguna ventaja propia para el Imperio turco. Por otra parte, daba la misma Turquía orden á su Gobernador de la isla de Creta de expulsar al Canciller del consulado helénico, Sr. Zygomalas, arrojando de nuevo el guante al patriotismo de los sobreescitados griegos, y jugando realmente con fuego, es decir, con la susceptibilidad poco tolerante del Gobierno de Atenas. No será extraño que á la corta ó á la larga pague caro el Sultán las faltas de sus desacertados consejeros.

*
* *

Dícese ahora que la cuestión rumeliota entra en una fase nueva; que los triunfos del Príncipe Alejandro le han conquistado consideraciones y derechos que antes no merecía; que las grandes potencias han rectificado su acuerdo, y que la unión búlgara servirá de punto de partida para las futuras negociaciones, siendo el Rey Milano la víctima expiatoria en estas circunstancias.

Varios periódicos de primer orden afirman que el Canciller Bismarck ha tomado por su cuenta este asunto y que la paz ha de ser muy en breve un hecho. Ya era tiempo, cuando tanta impotencia viene manifestando la diplomacia. ¿Podemos esperar al fin que las combinaciones de la política alemana den soluciones definitivas á los conflictos de actualidad que amenazaban la tranquilidad de Europa? Mucho lo dudamos, y nada extraño sería, en nuestro concepto, que no bastase la influencia del Emperador Guillermo ni el talento de Bismarck para evitar una conflagración en la próxima primavera.

Todo induce á temores. Apenas acababa de firmarse el armisticio entre Servia y Bulgaria, armisticio á que tanto se

resistió el Príncipe Alejandro cuando el ejército servio, atacando de nuevo á Widdin, y los búlgaros, avanzando desde Pirot á Nisch, dieron motivo á mutuas acusaciones del rompimiento de esta tregua y á comunes amenazas de continuar las hostilidades.

Para evitar este conflicto, la conferencia europea que el 30 de noviembre había virtualmente terminado sus infecundas sesiones ante el desacuerdo del representante de Inglaterra con los de los tres Imperios, volvió á congregarse por deseos del Sultán. Los plenipotenciarios otomanos dieron cuenta en esta postrera reunión del proyecto de proclama que los delegados imperiales, enviados á la Rumelia oriental y acogidos con ciertas consideraciones por sus habitantes, debían fijar en los muros de Filipópolis. En esta alocución se anunciaba el restablecimiento del *statu quo* existente antes del movimiento de setiembre, si bien el Sultán se dignaba conceder plena amnistía á los que habían tomado parte en aquellos sucesos, y ofrecía examinar las quejas y deseos de los pueblos de la Rumelia, cuando una comisión internacional hubiese estudiado la situación de aquella provincia otomana.

El Embajador de la Gran Bretaña declaró que el envío de un Valí como Gobernador general de la Rumelia, y el restablecimiento del antiguo orden de cosas, sin ir acompañado al propio tiempo de la satisfacción ofrecida á las aspiraciones del pueblo rumeliota, eran un acto lleno de peligrosas eventualidades, á las cuales Inglaterra, aun reconociendo la alta soberanía del Sultán, no podía dar su asentimiento, deseosa de preservar la paz en la Península de los Balkanes. Prescindir del voto por la Rumelia expresado, cuando miles y miles de sus hijos habían vertido su sangre, á la par de la de los búlgaros, en defensa de su patria, agredida por la Servia y abandonada por la Sublime Puerta, era correr á peligros que el Príncipe Alejandro había señalado á los Ministros otomanos y á la sabiduría del Sultán.

Parece que á las protestas de Sir William White unió sus reservas el Marqués de Noailles, Embajador de Francia; y la última sesión de la conferencia tuvo término sin que el protocolo de sus trabajos llevase otras firmas que las de los

plenipotenciarios otomanos y la de los Embajadores de los tres Imperios é Italia.

Fueron recibidos con cortesía en Filipópolis los delegados de Turquía; pero una gran reunión de notables rumeliotas, congregados en Asamblea nacional, manifestó á los enviados del Sultán serles imposible autorizar la publicación de la proclama imperial, añadiendo que los comisarios otomanos debían trasladarse al cuartel general del Príncipe Alejandro y discutir en él la misión que la Sublime Puerta les había encomendado. Por su parte, su decisión era que, habiendo defendido la independencia de la gran Bulgaria contra las agresiones injustificadas de la Servia, aún abandonados por la potencia soberana, buscan en su patriotismo los elementos necesarios para resistir la vuelta al estado de cosas establecido por el tratado de Berlín, negativa de sus aspiraciones más legítimas. En vano el cónsul de Rusia en Filipópolis afirmó la decisión de los dos Imperios á favor del restablecimiento del antiguo estado de cosas. Los rumeliotas pudieron contestarle con el reciente manifiesto del Czar Alejandro, elogiando el heroísmo desplegado por los búlgaros en la campaña contra la Servia.

Tal era la situación en la primer semana de diciembre. El comisario imperial turco, Valí de la Rumelia oriental, no había á dicha fecha emprendido su viaje á Filipópolis; en cambio el General Muslín, que manda en Andrinópolis, y que es uno de los mejores caudillos del Imperio, tenía escalonados en toda la frontera, hasta Mustafá-Bajá, no menos que 70.000 hombres, próximos á entrar en campaña; y los preparativos que hace la Turquía en la previsión de una guerra son tan considerables, que se acaban de llamar las terceras reservas del Asia.

Por otra parte, no es tranquilizadora la actitud del Príncipe Alejandro. Rebelde ayer, sumiso hoy para volver á la rebeldía mañana, es el Príncipe de Bulgaria la viva imagen de las vacilaciones de esa informal diplomacia moderna, á la que parece haber tomado por modelo. ¿Quién ha de preocuparse ahora por el respeto debido á los tratados, ni por cuestiones de derecho? Dice que habiendo combatido al lado de

los rumeliotas en defensa de la patria común, y para salvar al territorio búlgaro de una agresión extranjera, no le es dable mostrarse sordo, y mucho menos hostil á los votos de la Rumelia oriental.

Los telegramas, sin embargo, siguen siendo optimistas. El Gobierno servio ha enviado últimamente una nota á los Ministros de las potencias extranjeras anunciándoles la ruptura de las negociaciones del armisticio. Esa ruptura está basada en consideraciones militares y diplomáticas. La nota declara que, habiéndose reservado la Puerta sus derechos señoriales sobre la Bulgaria, la Servia, respetuosa hacia la voluntad de las grandes potencias, y apesar de lo ambiguo de la situación militar, no provocará la ruptura de la suspensión de hostilidades, y se prestará á toda solución que las potencias puedan aconsejarle, si esa solución es compatible con sus intereses y su dignidad.

Resulta, pues, que apesar de la ruptura de las negociaciones para el armisticio, no se renovarán las hostilidades, pues el Príncipe de Bulgaria, gracias á la presión diplomática, ha declarado á su vez que tampoco tomaría la ofensiva, y que apelaría á la mediación de las potencias para arreglar el conflicto servio-búlgaro. Por otra parte, anuncian de Londres que, contra lo que repiten con insistencia ciertos periódicos ingleses, la unión de los tres Imperios, lejos de haberse debilitado, ha salido más completa y más fuerte de la prueba por que acaba de pasar, y que Italia se ha asociado á la opinión de los tres Imperios.

Va adquiriendo probabilidades el proyecto de un nuevo Congreso de Berlín, del que podría resultar la creación de un reino de Bulgaria.

* * *

Los liberales consiguen, según el telégrafo, alguna ventaja en las elecciones generales de Inglaterra. El voto de las ciudades había dado el triunfo á los conservadores, que van perdiendo terreno en los distritos rurales. Es lo contrario de lo que suele pasar en España y en otras naciones.

El sistema electoral es hoy nuevo en Inglaterra, donde el derecho de sufragio se ha extendido á dos millones de electores; pero estos dos millones los constituyen los hijos menores de la aristocracia y los miembros de la alta burguesía que confina con la nobleza. El régimen del pueblo inglés no se ha modificado, es el oligárquico, y no lo abandonan allí los liberales tampoco, porque á él debe la Gran Bretaña las más hermosas páginas de su historia, su supremacía en el mundo y el desarrollo inaudito de su comercio y de su industria.

Para el aldeano inglés es cosa indiferente la política, y vota por los que le prometen mayores ventajas en la explotación de las tierras que hasta aquí solo ha labrado en beneficio y á cuenta de sus señores.

*
* *
*

No es muy halagüeña la situación política en Francia.

El Gabinete presidido por Mr. Brisson se encuentra en una situación difícil. Colocado entre la cuestión del Tonkín y la proximidad del Congreso, querría verse desembarazado de la primera antes de la reunión del segundo. El Presidente del Consejo está decidido á plantear la cuestión de confianza, á propósito de la votación de los créditos para el Tonkín, y no está menos resuelto á retardar cuanto pueda la reunión del Congreso si la Cámara, por su parte, retrasa la solución de los asuntos tonkineses.

También en Alemania ha principiado á discutir el Parlamento la interesante cuestión de la duración del mandato legislativo, cuyo debate entraña en el fondo una cuestión de confianza ó de falta de confianza respecto del Canciller, cuya mano se deja sentir pesadamente sobre el ejercicio regular de las instituciones parlamentarias en Alemania. Presentáronse dos proposiciones contradictorias, una de los conservadores pidiendo que se extienda á cinco años el mandato de diputado, y otra de los progresistas proponiendo que se reduzca á dos la duración actual del mandato de diputado para el Parlamento alemán es de tres años.

Ambas proposiciones serán discutidas en segunda lectura.

Otra noticia que á los españoles nos atañe en parte, ha circulado por Europa. Dícese que el hermano del Rey de Portugal va á dirigirse á Berlín con objeto de pedir para su sobrino el Infante D. Carlos, heredero de la corona del vecino reino, la mano de una hija del Príncipe Imperial de Alemania. Varios periódicos extranjeros discuten ya con este motivo la importancia de tal enlace entre las familias de Braganza y de Hohenzollern, y aun algunos aventuran cábalas y discurren sobre eventualidades del porvenir que podrían resultar más ó menos probables en determinadas circunstancias de España.

Para tan aventuradas profecías es más indispensable que nunca la antigua frase de nuestros creyentes abuelos:

«Dios sobre todo.»

S.





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

La Opera española y la Música dramática en España en el siglo XIX.—*Apuntes históricos, por ANTONIO PEÑA Y GOÑI.*—*Un tomo en 4.º mayor de 680 páginas, impreso en bellos caracteres y esmeradamente correcto.*—*Editor Zozaya, en cuyo almacén de música, Carrera de San Gerónimo, 34, se hallará.*—*Precio, 15 pèsetas.*

Aventurado parece que sin dotes y conocimientos que autoricen su opinión, haya quien se atreva á juzgar una obra musical. Error funesto, origen de lamentable indiferencia al verdadero objeto del arte, que no es otro que propagarse entre la multitud, recrearla y cultivar su espíritu, en vez de limitarle á servir de admiración ó enseñanza á los pocos iniciados en los misterios de su culto.

No; el arte se inspira, se siente, conmueve, y para expresarlo así en toda su fuerza, los antiguos griegos,

artistas por excelencia, imaginaron á los muros de Tebas alzándose á los compases de la lira, y las melodías de la de Orfeo, suficientes á suspender los tormentos del infierno.

El arte es como el sol, alumbra y vivifica á la naturaleza, ya sea abrasando los áridos peñascales de Golconda ó las llanuras de Arabia, ó bien escatimando sus resplandores en las heladas latitudes del Polo; pero no hay que temer, cada país sacará de la influencia solar la existencia y vida propia de su condición; así en Oriente los diamantes y olorosos perfume como en Laponia suaves y regaladas pieles, y sobre todo una parte de felicidad para sus habitantes, que trasladados á regiones tenidas por dichosas, jamás han podido resignarse á la pérdida de aquellas tierras hiperbóreas que nos admiramos puedan considerarse cual una patria.

Y la ventaja es que el astro del día

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

luzca para todos los países; que no hay hombres que puedan señalar á cada territorio la suma de luz y calor que debe gozar, sino que cada uno se asimila la cantidad que le conviene, y llega hasta lo sublime con arreglo á sus medios y facultades.

El hermoso libro del Sr. Peña y Goñi es el primero, que sin dejar de ser profesional en sumo grado, se ha escrito en España acerca del divino arte de la música, puesto al alcance de todas las inteligencias. Libros buenos de música no han faltado nunca; pero todos ellos docentes, reducidos al corto número de afiliados que poseían la clave de la misteriosa lectura, para cuya interpretación hasta solía prescindirse de la multitud ignorante de las bellezas, que mal podrían apreciarse enseñadas sólo de lejos y á largos plazos, sin hacerlas resaltar con explicación propia, como también ha solido hacerse, aunque sin afán, y pocas veces.

La Música dramática en España en el siglo XIX es la primera obra de su índole escrita en nuestro país, y aumenta su importancia, que la comprenderán cuantos la lean; los inteligentes, si no necesitan aprender, en cuanto al arte, encontrarán en ella valiosas noticias recogidas con harto trabajo y dificultad, como siempre sucede en tales empeños, tan importantes para su conducta artística, que sin ellas mal podrán evitar los escollos en que muchos naufragaron, ni correr los vientos que á otros llevaron á seguro puerto, y en cuanto al público, por quien el arte vive, se engrandece, y á quien debe consagrarse en primer término, pues sin esto carecería de objeto; el público, en fin, sabrá, enseñado por el Sr. Peña y Goñi, que en España ha existido

siempre afición musical. Recordarán cuantos conocieron los principios de la Opera en Madrid, después de la guerra de la Independencia, la exactitud con que el autor describe sus principios, el entusiasmo con que la recibieron todas las clases, y si es preciso, citarán los escasos contemporáneos, las frases de ópera que han quedado en el idioma castellano como propias, merced á la boga que alcanzaron.

Por lo que hace á la época moderna, probado tiene el Sr. Peña y Goñi su acertada crítica, y de ella darán testimonio fehaciente los que han presenciado los hechos que refiere, personajes que cita, y obras sobre que recayó en ocasión oportuna la atención pública, si por acaso fuera posible olvidar las censuras pasadas, una vez leídas, muchomás cuando las presentes de tan acreditado censor se relacionan como consecuencia de las anteriores.

De hoy más la música dramática española tiene su historia científica, profesional, verdadera, como las lecciones de un buen maestro, pintoresca cual las costumbres que en ella se describen. A la mayor parte de los personajes hemos conocido, á muchos tratado; el eco del nombre de algunos es como el ritmo de las obras que les dieron fama; una melodía sobrevenida de no sabemos qué región ideal, que dulcemente nos lleva á lo desconocido. No pensemos, pues; goce-mos el encanto de la ilusión, antes de entrar en consideraciones críticas acerca de las azarosas contrariedades con que lucha la música nacional. Quédese para mi buen amigo el señor Peña y Goñi esta penosa tarea. La ciega preocupación á favor de los cantantes extranjeros, tan apreciables

unos, apesar de esto, como no fueran otros escuchados si algo se les comprendiera, y quédele en cambio la satisfacción de haber demostrado, sin que nadie pueda contradecirle, que siempre en España hubo gusto músico, aun entre la gente vulgar; pero la música es cada día más carísima hasta rayar en lo fabuloso con arreglo á la fortuna pública, y de ahí que la afición popular manifestada en calles y plazas por toda clase de gentes, allá en los tiempos de los Caños del Peral y el Coliseo de la Cruz, ha decaído en términos de parar en lo *flamenco* y las *habaneras*.

Esta y otras cosas más hallará el lector en el libro del Sr. Peña, pues si algo encontrare impertinente en la breve reseña que acabamos de hacer, atribúyalo á ideas especiales nuestras, jamás á defecto de tan privilegiado ingenio en cuanto á música se refiere.

* * *

El poder civil en España.—*Memoria premiada por la Real Academia de Ciencias morales y políticas, en el concurso ordinario de 1883, escrita por el EXCMO. SR. D. MANUEL DANVILA Y COLLADO, individuo de número de la Real Academia de la Historia.*—Tomo I.—*Se hallará en las principales librerías de Madrid y en la de D. Eduardo Puig, de Barcelona.*—*Precio, 10 pesetas.*

Empresa difícilísima y de gran trabajo se ha considerado siempre escribir la historia del poder civil en España; prueba de ello que hasta ahora no se habían escrito, y mucho menos determinado sus vicisitudes y las causas á que fueron debidas. Había, sí, antiguos testimonios, multitud de falsos documentos recibidos como au-

ténticos por respetables historiadores, considerados por la costumbre como única autoridad á que atenerse, y hasta la tradición con fuero de verdad inconcusa, dificultaba encontrar el origen de nuestro poder civil en los diversos reinos en que se dividió la Península después de la invasión sarracena. De algunos de estos hasta se dudaba la existencia; el origen de otros más parecía romance, producto de la imaginación, que severa crónica apoyada en documentos admisibles para un juicio recto.

Esta falta de comprobantes, el temor de convertir la historia en leyenda, ocasionó la crítica de algunos escritores del siglo pasado, fundada especialmente en negarlo todo, cayendo en los mismos errores que trataban de evitar, ó acaso mayores, arrastrados por su incredulidad á dudar de cosas, hechos y personajes, tan enlazados con la historia nacional, consignados en monumentos é instituciones que imposible fuera no hubieran pasado y existido, sin algo y aun mucho verdadero, á través de las sombras que los oscurecían.

A disipar éstas acudieron notabilísimos escritores modernos en nuestros días, y lo han conseguido á fe; en gran parte, mas sólo con respecto á comarcas y asuntos determinados, testigo los orígenes de la monarquía aragonesa, la más embrollada de todas, pero también la que más señalados ilustradores cuenta, y no pocos la monarquía asturiana, de quien hasta se llegó á dudar hubiese vivido su heroico fundador. Celebremos que el docto análisis haya puesto la razón en su lugar.

Una obra abarcando en conjunto la historia de nuestro poder civil, estaba reservado componerla al señor

Danvila; obra tan difícil de llevar á cabo, que sin la brillante reputación del autor, justamente adquirida en obras anteriores, pudiera temerse no correspondiera á su objeto. Mas la duda no existe después de premiada aquélla por la Real Academia de Ciencias morales y políticas, y comprueba lo acertado del premio el tomo primero de que damos cuenta, libro que apesar de sus 716 páginas en 4.º mayor, parecerá corto al discreto lector por su oportuno razonar, fluído y castizo lenguaje, acertada crítica, recta filosofía y hasta por su excelente impresión, como salida de las oficinas de D. Manuel Tello.

* * *

Italia desde la batalla de Pavia hasta el saco de Roma.—*Reseña histórica escrita en su mayor parte con documentos originales, inéditos y cifrados, por ANTONIO RODRÍGUEZ VILLA.*—*Un tomo en 8.º—Precio, 3 pesetas.*

Cada vez que se anuncia una obra del laborioso autor que dejamos nombrado, es para los eruditos la buena esperanza de comprobantes de interés acerca de puntos incógnitos de nuestra historia, y como son tantos los que lleva esclarecidos el Sr. Villa, aumenta la curiosidad saber cuáles serán y el vacío que vendrán á llenar en nuestros anales patrios.

Nunca fué defraudado el deseo de nuevas aclaraciones; la dificultad es clasificar, entre muchas buenas, cuáles son las mejores. Y en verdad que para salir de tan agradable confusión, el ánimo no encuentra medio, sino considerarlas todas excelentes.

Porque después de las *Memorias del saco de Roma, de la Campaña de*

1647 en Flandes, del Ensayo biográfico de D. Cenón de Somodevilla, y tantas otras, que fuera importuno citar, ¿quién creyera que nada menos que la publicación de documentos inéditos relativos á la batalla de Pavia vinieran á disputar la preferencia á las ilustraciones anteriores? Disputarla podrá ser, mas conseguirla será difícil, que puntos oscuros hay en nuestra historia, que sin el brillo del triunfo obtenido como en celebridad del cumpleaños del Emperador, son de importancia bastante para España, y difíciles de averiguar sus móviles secretos, según el mismo Sr. Villa nos ha dado á conocer.

Si el activo y digno oficial del cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios, excede la misión de su cargo, con tan buen éxito como hasta aquí, prepárense cuantos á estudios históricos se consagran á recibir nuevos auxilios en su noble y difícil tarea, pues el tomo que anunciamos es el primero de una serie de *curiosidades de la Historia de España* reunida y comentada por quién tanta modestia indica en el título como de inteligencia y erudición ha dado muestras en obras de este género.

* * *

Discurso leído en la Universidad central en la solemne inauguración del curso académico de 1885 á 1886, por el doctor D. MAGÍN BONET, catedrático de Análisis Químico en la facultad de Ciencias.

Discurrió el reputado profesor sobre las relaciones que existen entre la química analítica y las demás ciencias, y sobre los servicios que presta á las llamadas naturales en particular, y á las que tienen un carácter técnico ó

de aplicación, con gran satisfacción de los aficionados á los conocimientos químicos y enseñanza general de cuantos oyeron su discurso, más bien como lección digna de conservarse en la memoria, que documento obligado del acto solemne que se celebraba.

*
* *

Real y pontificia Universidad de Santo Tomás de Manila.—

Discurso leído en la apertura de sus estudios, el día 2 de julio de 1885, por el R. P. FRAY EVARISTO F. ARIAS, del orden de predicadores, profesor de la misma Universidad.

Para comprender la importancia de la disertación que anunciamos, bastaría saber que se propone manifestar lo absurdo y anticientífico del llamado *Sistema Positivista*, porque los principios en que se funda repugnan á la sana razón y ciegan las fuentes de toda ciencia.

Pero sin leer la multitud de pruebas consignadas en apoyo del tema, sin estudiarlas, con espíritu verdaderamente filosófico, en la sana aceptación de la palabra, sin consultarle de nuevo en su texto original, así como las copiosas notas puestas en el propio idioma de los escritores adversos á las religiones positivas, sin todo esto, no es posible apreciarle en cuanto vale.

Sucedería lo que con un precioso collar del que se arrancasen algunas piedras; si bien ellas diesen á conocer su riqueza, jamás podría valorarse el precio del conjunto.

Sin embargo, aun reconociendo lo imposible de romper la travazón lógica de unas partes del discurso con otras, sin falta grave contra la unidad de plan que presidió á su composición,

permítasenos advertir que por una consecuencia natural de su irrefragable argüir, se combaten las ideas del más ilustre talento de la escuela positivista, el perspicaz razonador Hervert Spenser, llamado por algunos el Metafísico del Positivismo, que á fuerza de estudiar la razón ha llegado á saber que «las últimas ideas religiosas, lo mismo que las últimas ideas científicas, se reducen á puros símbolos sin nada de realidad cognoscible.»

Mas no se contenta con esto, sino que más adelante afirma completamente seguro que «Todo lo que se ha conseguido es llegar á la negación que se acaba de formular: que la realidad, oculta bajo las apariencias, nos es, y nos será siempre desconocida.»

He ahí el Positivismo pintado al desnudo por su principal maestro: he ahí el sistema más anticientífico, el más antirreligioso y perturbador que han conocido las generaciones todas; sistema, por consecuencia, materialista y ateo, que hace de la materia el gran sér, la gran realidad, la vida del universo, y los seres todos, destruyendo la ley eterna de la conciencia y abriendo la puerta á todos los excesos, á todos los crímenes, á todas las aberraciones.

Uno á uno destruye en su Discurso los sofismas en que se apoya esa negación absoluta del entendimiento el R. P. Fr. Evaristo: ha combatido contra una sombra en que se condensan las tinieblas del error acumuladas por todos los siglos contra la luz de la razón, que sin Dios se oscurece y apaga, falta de la estrella polar que la guía por los infinitos espacios de la ciencia.

*
* *

Memoria relativa á la excursión verificada por los alumnos de tercer año de la escuela especial de ingenieros de montes á los montes públicos, dunas y alcornocales de la provincia de Gerona por el verano de 1882, escrita por D. PRIMITIVO ARTIGAS, ingeniero jefe del cuerpo de ingenieros de montes y profesor de Selvicultura, Meteorología y Climatología de la escuela especial del ramo.—Se vende en las principales lebrerías de Madrid á 6,50 pesetas y 7 en provincias.

Con dificultad creemos existan en nuestro país obras iguales á las escritas por el autor acerca del importante cultivo y fabricación del corcho, artículo tan productivo á la sazón y que puede serlo mucho más. Ya en su folleto de *El alcornoque y la industria taponera* lo demostró así el Sr. Artigas, pero en la actual Memoria excede las esperanzas que entonces se concibieron, pues abraza otras materias de grande interés en el ramo de montes, sin perder de vista el objeto principal de la excursión, que no era otro que visitar especialmente la provincia de Gerona, criadero fecundo de la riqueza de los alcornocales del Pirineo, ya conocidos desde el siglo IV antes de Jesucristo, aunque poco apreciados, en cuanto al corcho, hasta principios del presente siglo.

Con gran acierto y laudable previsión fué concebido el párrafo 5.º del art. 2.º del reglamento por que se rige la Escuela especial de ingenieros de montes, que determina, como uno de los medios de enseñanza, las excursiones á los montes públicos, leída la Memoria redactada por el Sr. Artigas.

*
* *

Academia gaditana de Ciencias y Artes.—*Certamen de 1884.*—*Memoria referente al primer tema de la Sección de Ciencias exactas, físicas y naturales, galardonada con el premio del Excmo. Ayuntamiento de Cádiz, y escrita por D. OCTAVIO LOIS Y AMADO.*

El tema era: «La atmósfera; su importancia en la vida terrestre; presión atmosférica y medios de apreciarla.»

Asunto en verdad difícil, no por desconocido, sino por lo diversamente tratado por eminencias científicas de todos siglos y naciones que ha tenido el disertante que consultar en prueba de sus afirmaciones, ó mejor dicho, que á fondo conocía, especialmente en cuanto á la moderna ciencia se refiere, desde el *Cosmos* de Humboldt, hasta el *Diccionario de higiene pública y de salubridad* de Tardieu.

Pero aún ha vencido el Sr. Lois otra dificultad no pequeña, cual es poner tan difíciles conocimientos al alcance de todos, sin confusión, en términos claros, al paso que propios del objeto, enseñando con deleite de quien ignora, y con aplauso del sabio al escuchar en breve y conciso resumen explicado lo que generalmente necesita largo razonar para comprenderse.

El aire es el océano en cuyo fondo habitamos, se dice en la Memoria; nadie habrá que lo dude, pero sí muchos que no sepan cómo llegó á esta situación nuestro planeta, por qué se mantiene en ella, y qué condiciones y elementos forman su atmósfera.

Mas los primeros principios del esferoide terrestre están envueltos en tan densas tinieblas materiales como históricas, no siendo fácil referirse á sus misteriosas evoluciones, sin incurrir quizá en múltiples conjeturas, de

más carácter poético que científico.

En la Memoria, sin embargo, se ha salvado este escollo, harto frecuente por desgracia y no poco desconocido; se acepta lo racional del pasado con arreglo á la evidencia de las observaciones actuales, llegando así á término de atenerse á principios fijos en cuanto al entendimiento humano es posible y permiten los medios de que dispone.

¿Llegará en adelante á la evidencia completa? Véase cómo termina el discurso del Sr. Lois:

«Todo nos inclina á creer que el hombre nació para vivir en *el aire*, así como el pez viene al mundo para habitar en el seno de las aguas. Quizá no ha llegado todavía para esta, aún imperfecta humanidad, el tiempo de su evolución natural en que alcance á conquisiar el cielo ilusorio donde respira. La navegación aérea no cuenta más de un siglo de existencia; la civilización lleva poco más de sesenta. Todavía estamos naciendo para la ciencia.

»¡Dichoso el que pudiera volver conscientemente á posar el pie sobre el globo terráqueo al cabo de doce siglos!»

Ninguna impugnación merecen las frases anteriores. Son la queja del observador científico aspirando á la perfección infinita. Al cabo de los doce siglos se hallarán olvidados ó resultado imposible la resolución de muchos problemas, y habrán aparecido otros nuevos.

D. CH.

* * *

La niña Dorrit, por CARLOS DICKENS, traducción de Enrique Leopoldo de Verneuil, ilustración de Ma-

riano Boix. Tomo II.—Barcelona, 1885.—Un volumen de 412 páginas.

Cuando la acreditada casa editorial de Daniel Cortezo y compañía repartió el tomo primero de esta preciosa novela del insigne Carlos Dickens indicamos ya que es una de las narraciones más interesantes y que mejor retratan las costumbres de la patria de aquel famoso escritor. También elogiamos entonces lo artístico de los grabados que la ilustran, obra del distinguido dibujante Mariano Boix, y la elegancia del libro que aparece impreso en papel excelente, con tipos claros y tapas de muy buen gusto. Todo esto es igualmente aplicable al tomo segundo, que en nada desmerece del anterior.

Al propio tiempo se ha puesto á la venta, y como perteneciente á la «Biblioteca Clásica» de la misma casa editorial, un libro curiosísimo, justamente alabado por el Sr. Cánovas del Castillo en su notable estudio *El Solitario y su tiempo*, que precede á las obras de D. Serafín Estébanez Calderón. Titúlase aquel libro *El día de fiesta* y es su autor Juan de Zabaleta, quien en estos últimos años ha sido grandemente aplaudido por los principales literatos de nuestra patria. *El Día de fiesta* es una colección de artículos de costumbres de la sociedad española en el siglo XVII, á la manera que los que más tarde publicaron Estébanez, Larra, Mesonero Romanos y tantos otros. En el prólogo que precede á *El día de fiesta* se hace notar que así como los autores dramáticos del siglo XVII nos pintan la sociedad por su lado poético, Zabaleta la presenta por su lado prosaico, pudiéndose completar así el conocimiento de la misma. «El galán, dice, no entra en escena embozado,

ni inferimos de incidentales descripciones su traje; puesto de pie, solo, como un modelo de taller, se calza, se afeita, se viste y ciñe la espada nombrando una por una sus prendas. Sale la *dama*, y deja los gimoteos y los discreteos (que seguramente, lo mismo que las de ahora, sólo usaría en el teatro), para abrir en su tocador, como si nadie la viera, la arquilla de sus *medicamentos*. El *glotón* ice o que come, l *tahur* lo que es-

tafa, el *enamorado* cómo requiebra, el *poeta* qué compone ó qué zahiere: ya no son personajes de comedia, ya son hombres.»

Infiérese de lo dicho cuán merecedor de atenta lectura es *El día de fiesta* y con qué acierto sabe elegir, de entre nuestras muchas obras clásicas, las mejores el editor D. Daniel Cortezo.

A.

